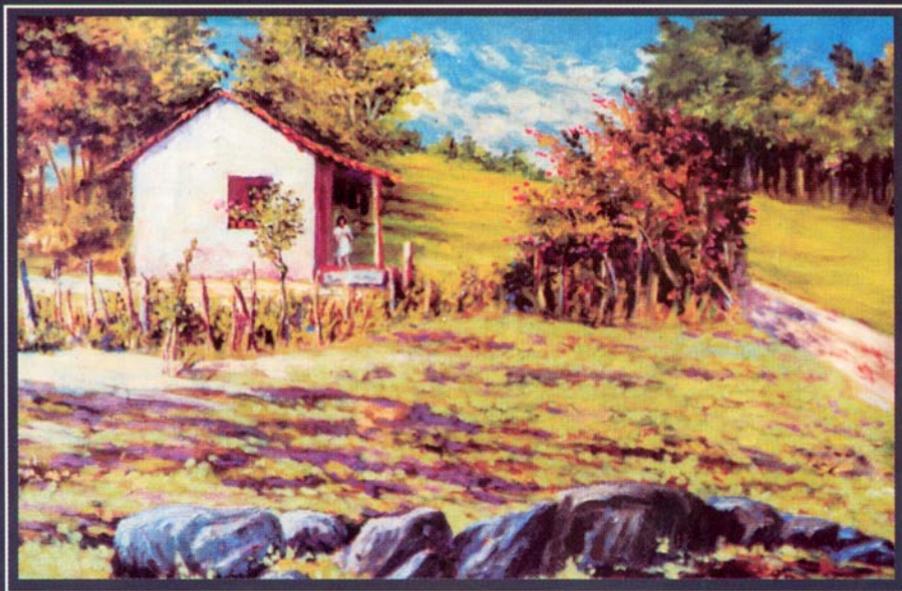


Marc Edelman
Fabrice Lehoucq
Steven Palmer
Iván Molina

CIENCIA SOCIAL EN COSTA RICA

Experiencias de vida e investigación



**CIENCIA SOCIAL
EN COSTA RICA**

**EXPERIENCIAS DE VIDA
E INVESTIGACIÓN**

MARC EDELMAN
FABRICE LEHOUCQ
STEVEN PALMER
IVÁN MOLINA

CIENCIA SOCIAL EN COSTA RICA

EXPERIENCIAS DE VIDA
E INVESTIGACIÓN





Edición aprobada por
el Consejo Editorial de la Universidad Nacional y
la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica



Primera edición: 1998

Presidente del Consejo Editorial EUNA: Dr. Miguel Peña
Dirección Editorial y Difusión de la Investigación
(DIEDIN): Mario Murillo R.

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C.

Artes finales: Víctor Hugo Navarro

Revisión de pruebas: Iván Molina

Diseño de portada: Eduardo Vargas

Ilustración de portada: Sin título. Óleo. Ezequiel Jiménez Rojas.

Colección de Julio Jiménez Pacheco

Traducción de los ensayos de Edelman, Lehoucq y Palmer: Jeanina Umaña Aguiar

© Editorial Universidad Nacional
"Campus Omar Dengo"

Apdo. 86-3000, Heredia, Costa Rica, 1998

Email: editoria@irazu.una.ac.cr

© Editorial de la Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio"
Apdo. 75-2060, San José, Costa Rica, 1998

300.922

C569c Ciencia social en Costa Rica : experiencias de vida
e investigación. — Marc Edelman... /et al./
— 1a. ed. — Heredia, C.R. : EUNA, 1998.
156 p. : 22 cm.

Bibliografía: p. 141-149

Incluye índice

ISBN: 9977-65-125-6

1. Ciencias sociales. 2. Costa Rica. 3. Biografía.
4. Investigación en Ciencias sociales. I.
Edelman, Marc.

Prohibida la reproducción total o parcial
Todos los derechos reservados
Hecho el depósito de ley

CONTENIDO

PRÓLOGO	1
DE LA FRÍA NUEVA YORK AL CÁLIDO GUANACASTE <i>Marc Edelman</i>	5
INVESTIGANDO BAJO LA LLUVIA DE SAN JOSÉ <i>Fabrice Lehoucq</i>	35
SIETE APROXIMACIONES AL ESTUDIO DE COSTA RICA <i>Steven Palmer</i>	57
DE UN OFICIO ANTIGUO Y SIN SENTIDO <i>Iván Molina</i>	91
BIBLIOGRAFÍA	131
ÍNDICE	141

PRÓLOGO

La iniciativa de elaborar este libro fue del historiador costarricense Víctor Hugo Acuña; en marzo de 1993, desde Nueva Orleans y por vía epistolar, nos propuso escribir:

“...un ensayo totalmente híbrido en donde se confundan cuestiones epistemológicas con problemas historiográficos y dificultades prácticas de investigación con reflexiones de tipo autobiográfico, confesiones y hasta ocultas obsesiones, si fuera el caso... estimo metodológicamente relevante hacer un intento de explicitación de las bases materiales, morales, psicosociales, y afectivas, y no únicamente las intelectuales, de la fabricación de conocimientos en ciencias sociales en la época actual”.

La propuesta nos interesó de inmediato por varias razones distintas y a la vez convergentes: en cuanto a Edelman, Lehoucq y Palmer, un ensayo de este tipo les permitiría explicar por qué escogieron estudiar el caso de Costa Rica (de escaso interés en el contexto de la academia estadounidense) y cómo el contacto con la cultura tica afectó sus vidas, sus métodos y sus conceptos. El caso de Molina era diferente: en tanto costarricense, se le ofrecía una oportunidad para considerar el pasado y el presente de su país

desde la perspectiva –bastante inusual– de una experiencia vivida.

El principal atractivo del trabajo propuesto era que nos convidaba a darle voz a la persona y al ciudadano que hay en todo investigador, a expresar libremente valores y juicios epistemológicos, estéticos e ideológicos, y a practicar una saludable crítica de lo tico; como lo señaló Acuña, Costa Rica

“...es un país que repele y atrae... una extraña mezcla de lo inusitado con lo anodino... [el cual] siempre necesitará fuertes dosis de espíritu crítico, humor, ironía y franqueza...”

Los invitados, una vez aceptado el desafío que Acuña nos propuso, empezamos a trabajar, una tarea facilitada (y estimulada) por la distancia: en esa época, todos estábamos fuera de Costa Rica. El ensayo de Edelman fue escrito en la muy desapacible Nueva York; el de Lehoucq en el demasiado apacible Newport News (Virginia); el de Palmer en un *finis mundi* llamado Saint John’s (Terranova), y el de Molina en el floral y alergénico Bloomington (Indiana). Los cuatro evitamos coordinar los aspectos de fondo y forma, con el fin de que cada texto conservara su particular idiosincracia.

El libro que resultó de tal esfuerzo, sin embargo, es más que un conjunto de reflexiones personales sobre el caso tico. Los cuatro ensayos, aparte de su carácter autobiográfico y emotivo, exploran los vínculos entre Costa Rica y los otros países de Centroamérica; discuten los avances y las limitaciones de las ciencias sociales en el istmo; evidencian el trasfondo teórico, metodológico y epistemológico de toda construcción de conocimiento; colocan las relaciones Norte-Sur en el terreno en extremo visible de las experiencias vividas; y evalúan las actuales políticas económicas y sus efectos en la dinámica social y en la cultura.

*

Los autores agradecemos a Víctor Hugo Acuña por invitarnos a acometer esta empresa, en la cual –desafortunadamente– él no pudo participar. La profesora Jeanina Umaña Aguiar fue una colaboradora estratégica y gentil, ya que nos obsequió la traducción al español de los ensayos de Edelman, Lehoucq y Palmer. El señor Julio Jiménez Pacheco nos autorizó a utilizar en la portada una pintura de su tío, Ezequiel Jiménez Rojas, y las editoriales de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Nacional acogieron estos ensayos “costarricológicos” con entusiasmo y simpatía.

DE LA FRÍA NUEVA YORK AL CÁLIDO GUANACASTE

Marc Edelman

Tres tendencias generales y no siempre compatibles conforman el pensamiento reciente en torno a la producción del conocimiento científico social: el modelo de “cambio de paradigmas” (Kuhn 1970), según el cual en la mayoría de las disciplinas reina una “ciencia normal” y formal hasta que resulta incapaz de responder a nuevas preguntas, dando así lugar a nuevas perspectivas y a una “revolución científica”; el modelo genealógico, que ve la producción del conocimiento como un proceso en el cual los grandes maestros imprimen sus ideas en los estudiantes y crean linajes intelectuales de clones leales y de mente similar, que eternamente y a propósito se aíslan de otras influencias y tentaciones académicas (White 1966); y la perspectiva de la sociología del conocimiento, cuyas múltiples variantes comparten el énfasis en el impacto que el espíritu de la época tiene en los individuos y en los grupos de pensadores.

Durante la última década, las ciencias sociales, en especial la antropología, se han preocupado cada vez más por estudiar al investigador en relación con los sujetos de la investigación.¹ Tardíamente, los científicos sociales hemos

1. Esta, por supuesto, es una de las principales preocupaciones del “posmodernismo” y otros “ismos” (posestructuralismo, deconstruccionismo, etc.), que cada vez más frecuentemente permean todos los aspectos de la investigación académica. La bibliografía sobre el tema es muy vasta. Las obras claves comprenden Marcus y Fischer (1986) y Clifford y Marcus (1986). Entre las críticas útiles se incluyen las de Harvey (1989), B. Palmer (1990) y Sangren (1988).

reconocido que los libros y artículos que escribimos, los cursos que impartimos y nuestras interacciones con colegas, estudiantes y sujetos de investigación están situados en lo personal y en lo político.² El problema de la forma en que esto afecta la producción del conocimiento científico social se ha convertido en punto de interés. El autor, observador o “científico”, ausente en tantos textos y en tantos análisis ya sean tradicionalmente positivistas, marxistas o de otra índole, se ha convertido en el centro de atracción en gran parte de lo escrito recientemente.

Si bien la preocupación por el papel del autor o por la “voz del autor” que se expresa en este género de estudios podría parecer un poco exagerada, es de todos modos beneficioso que hayamos comenzado a prestarle mayor atención a las circunstancias concretas de los intelectuales como influencia significativa en el proceso de investigación y de producción del conocimiento. Estas circunstancias van desde la nacionalidad y el origen étnico y de clase del investigador hasta su género e idiosincracia personal. Un factor muy importante son las instituciones donde trabajan y estudian los investigadores, todas con sus culturas académicas propias, sus costumbres y tradiciones informales, sus fuentes de financiamiento y limitaciones presupuestarias, sus reglas para el ascenso y la obtención de puestos en propiedad, y sus ortodoxias prevalecientes.

Confieso sentirme un tanto inquieto al iniciar un ensayo sobre mis experiencias personales y su relación con mi trabajo académico en Costa Rica. Atribuyo esa desazón a varios factores. Primero, un ejercicio de este tipo no puede dejar de verse como parte de un narcisismo posmodernista de moda que, a pesar de todo lo importante que puede revelar, distrae

2. A pesar de que dicen ser originales, la preocupación de los posmodernistas por situar al investigador en relación con sus propios valores y con los “objetos de estudio” no es nada nuevo, sino que repite las preocupaciones que décadas atrás habían expresado científicos sociales de diversas orientaciones teóricas (Lynd 1939: Cap. 5; Murphy 1971: Cap. 3; Myrdal 1969: Cap. 11).

la atención y la energía del estudio científico de problemas más apremiantes, lo cual es especialmente inexcusable en el Tercer Mundo de hoy, agobiado con tantas crisis.³ En segundo lugar, el visitante extranjero que presume opinar sobre la cultura de sus anfitriones, puede fácilmente ser malinterpretado y ronda peligrosamente la arrogancia y el etnocentrismo de los cronistas viajeros de principios del siglo XX o de los antropólogos coloniales.⁴ En tercer lugar, traficar con anécdotas e impresiones es siempre un asunto delicado. En especial, cuando se usan para generalizar sobre asuntos tan delicados como el “carácter nacional”, es fácil perder de vista la gran variabilidad individual, social y regional que caracteriza prácticamente a todas las sociedades contemporáneas y que las convierte en lugares interesantes en donde vivir, así como en algo cuyo estudio es retador.

Hecha esta advertencia, creo también que se pueden ampliar las perspectivas al escuchar los puntos de vista de

3. Mi incomodidad en cuanto a los posmodernistas va más allá de su narcisismo y de la atención mínima que le prestan al análisis de las historias y de las realidades contemporáneas de los pueblos donde trabajan. Gran parte de los escritos posmodernistas se caracterizan por un relativismo extremo, que problematiza el conocimiento en sí a tal grado que la imposibilidad de saber a menudo parece tener mayor importancia que la aceptación plena de sentido común de que el saber es un proceso ligado con la cultura y con la historia, que inevitablemente tiene limitaciones (algunos le llaman a este agnosticismo “hipocondría epistemológica”). Por lo general, los posmodernistas también expresan una gran preocupación por el “discurso” y el lenguaje, casi al punto de excluir otros aspectos (materiales e ideales) de la sociedad y la cultura. Paradójicamente, este centrarse en el lenguaje por lo general no los ha conducido a un estilo de escritura más exitoso ni a análisis más claros. Por el contrario, la prosa confusa que caracteriza gran parte de los escritos posmodernistas a menudo esconde más de lo que revela. Imitando a los teóricos franceses de moda, el “discurso” posmodernista en sí a menudo se torna en lo que un astuto crítico llama “un juego curiosamente competitivo en el cual las alusiones literarias oscuras y las formas retóricas barrocas son armas, un tipo de competencia verbal intelectualoide” (Murphy 1990: 332).
4. Esto puede deberse no tanto al contenido de la crítica como a la nacionalidad del crítico. Cuando se publicó por primera vez *El laberinto de la soledad* (1959), del escritor mexicano Octavio Paz, la obra fue aclamada en su país como un análisis valiente y perceptivo del carácter nacional y, en particular, de las relaciones entre hombres y mujeres y entre conquistadores y colonizados. Esto fue así a pesar de los puntos de vista políticos de Paz, por lo general reaccionarios. Cuando Alan Riding, periodista británico políticamente progresista que creció en Brasil y vivió muchos años en México, publicó un libro (1985) mucho más detallado y mejor documentado que se basaba en muchos de los puntos expresados por Paz, se le tildó de ser un gringo arrogante, aunque expresaba las mismas ideas.

quienes son foráneos en nuestras propias sociedades. Por ejemplo, en un estudio publicado recientemente sobre un barrio de clase trabajadora en Managua a finales de los años 80, Lancaster (1992), un antropólogo estadounidense, analiza con mucho detalle las conversaciones diarias sobre asuntos que la mayoría de los científicos sociales quizás consideren triviales o periféricos en relación con su “verdadero” trabajo. La narración de Lancaster me pareció particularmente sorprendente porque me recuerda las numerosas conversaciones que tuve en una zona centroamericana cercana, pero que casi nunca había puesto por escrito y mucho menos había incorporado con frecuencia en el análisis. En *Life is Hard*, las interacciones en apariencia inconsecuentes durante el trabajo de campo se convierten en prismas a través de los cuales los nicaragüenses ven los Estados Unidos y su propia sociedad.

La incredulidad de los habitantes de Managua ante los gringos que se deshacen de un televisor cuando una pequeña parte se rompe y la frustración de Lancaster al no poder convencerlos de que la depreciación, la obsolescencia planificada y el alto costo de la mano de obra hacen que esta sea una práctica lógica, revela una imagen de los Estados Unidos como una tierra fantástica en donde hay exceso de mercancías. Esta pequeña conversación se conecta luego con conversaciones estimulantes en torno a la emigración, los padres ausentes y las familias matrifocales, así como las estrategias para la supervivencia en una economía devastada. Las pequeñas interacciones y los malentendidos, en especial cuando nos involucran con personas de diferentes culturas, a menudo abren ventanas muy reveladoras, no solo hacia los otros sino también hacia nosotros mismos.

Prólogo autobiográfico

“El problema de las generaciones”, escribe el sociólogo Philip Abrams (1982: 240), “es un problema de ajuste entre

dos calendarios diferentes: el del ciclo de vida del individuo y el de la experiencia histórica [...]. Constantemente se viven nuevas historias de vida en relación con nuevas historias del mundo”. Creo que vale la pena empezar por ubicar mi selección de Costa Rica, como lugar sobre el cual escribir mi disertación doctoral, en relación con el tema más amplio de la generación política a la que pertenezco y, más específicamente, con mis experiencias previas en Costa Rica y en otras partes de América Latina.

Crecí en un lugar (el barrio de Greenwich Village en la ciudad de Nueva York), en una época (los años 60 y 70) en que los jóvenes se politizaron intensamente y en forma precoz. Esto no incluía necesariamente la adhesión a los aún existentes, pero ya desacreditados fragmentos de la izquierda tradicional,⁵ mas sí implicaba una militancia contra la guerra y a favor de los derechos civiles, la cual a menudo se inició antes de que llegáramos a la adolescencia y que, ya cuando éramos adolescentes, a veces se conectaba en forma un tanto incipiente con una rebelión cultural y una oposición a lo autoritario. Viéndolo en retrospectiva, creo que este período extraordinario de agitación nacional e internacional ciertamente nos marcó a muchos de por vida, en especial al crear sensibilidades e inquietudes en torno a la situación de pueblos en otras épocas y lugares. De suma importancia en este período, y quizás en forma especial en aquel estimulante año 1968, fue la ola de descontento que arrasó a los jóvenes de diversas partes del mundo: Nueva York, París, Tokio, Praga, ciudad de México y Costa Rica (González 1985: 267-268).

Mi primer viaje fuera de los Estados Unidos fue a México, donde fui por seis semanas con dos amigos del colegio durante nuestras vacaciones de verano en 1968.⁶ Si bien me

5. Sin embargo, algunos coqueteábamos con las versiones de la ortodoxia marxista de la “nueva izquierda” o éramos “bebés de pañales rojos”, es decir, hijos de los “antiguos” izquierdistas.

6. A los siete años, había visitado brevemente Puerto Rico y las Islas Vírgenes con mi familia y conservaba un vívido recuerdo de la belleza física y la miseria humana en ambos lugares. Una circunstancia interesante había motivado el viaje. A finales de los

las arreglé para lograr rápidamente un manejo básico del español, al principio hablaba sólo unas palabras (principalmente algunas no muy decentes aprendidas de los jóvenes puertorriqueños que vivían cerca de mi casa en Nueva York). Después de varias semanas en Yucatán, Chiapas y Oaxaca, llegamos a la ciudad de México en agosto, en medio de quemas de buses, motines y grandes manifestaciones estudiantiles. El movimiento que culminaría en octubre con la trágica masacre de Tlatelolco, ya se había iniciado. En una librería que vendía libros en inglés en la ciudad de México, compré uno que fue mi primer intento serio por aprender algo acerca de la historia de la región: *The Great Fear in Latin America*, de John Gerassi (1965), periodista de izquierda e hijo de refugiados españoles republicanos que se habían establecido en los Estados Unidos. El 13 de agosto, mientras conversaba con unos estudiantes en un parque, aproximadamente a cien metros de una enorme marcha de protesta, policías en traje de civil nos arrestaron a mis dos amigos y a mí y nos detuvieron toda la noche, sometiéndonos a interrogatorios extensos y en general estúpidos en relación con nuestros orígenes, criterios políticos y viajes a México. En vez de asustarme, el viaje a México y mis lecturas, primero Gerassi y luego otra bibliografía, despertaron en mí un fuerte interés en América Latina.

Llegué por primera vez a Costa Rica cuatro años más tarde, en octubre de 1972, varios meses después de iniciar lo que sería un viaje de casi un año por México, Centro y Sur América. Había abandonado la Universidad de Chicago después de dos años, cansado no tanto de mis estudios, sino de

años 30, cuando mi padre entró en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Cornell, las universidades estadounidenses más prestigiosas tenían cuotas discriminatorias con el fin de limitar la admisión de judíos, quienes de no ser por las cuotas habrían constituido un número mucho mayor de la población estudiantil, con base en sus méritos académicos. De todos modos, mi padre logró ser admitido a pesar de las cuotas antisemitas, pero se le asignó hospedaje con los extranjeros no europeos. Entre sus mejores amigos de sus años universitarios figuraban un oriundo de las Islas Vírgenes y un haitiano.

la violencia generalizada en el vecindario de la universidad. No me había afectado directamente, pero un amigo había sido asesinado, a otro le habían cortado la cara con una navaja y varias amigas habían sido violadas. De niño había tenido mi dosis de peleas en las calles de Nueva York, pero ahora se trataba de otro nivel de violencia que podía reconocer como enfermiza y peligrosa, de la cual valía la pena escapar. Logré un aventón de Chicago a la ciudad de México y pasé dos meses estudiando español en Cuernavaca, lo suficiente como para lograr un grado razonable de fluidez. Luego me dirigí al sur, con la esperanza de llegar hasta Chile, junto a una nueva compañera de las clases de idiomas, una vieja mochila y algo más de mil dólares en cheques de viajero que había ahorrado después de trabajar varios veranos como obrero de la construcción.⁷

Mis primeras impresiones de Costa Rica fueron matizadas por dos experiencias en el norte de Centroamérica. En Guatemala, fui a la Embajada de los Estados Unidos a votar en ausencia para las elecciones presidenciales. Esta era la primera vez que votaba en una elección presidencial y comencé una tradición personal casi ininterrumpida de votar por el perdedor, en ese caso el “candidato de la paz” George McGovern, quien perdió estrepitosamente ante Richard Nixon. Inmediatamente después de salir de la embajada, fui a recoger el correo y me encontré con un gran número de cartas y telegramas de mi madre. Parecía que el gobierno de los Estados Unidos estaba iniciando el proceso para reclutarme en las fuerzas armadas, de modo que podría ser enviado a Vietnam.⁸ La llamé a Nueva York y no pude calmar sus

7. A diferencia de la situación en América Central, los obreros de la construcción en los Estados Unidos tradicionalmente han sido muy bien pagados. Yo pertenecía a una familia de clase media, pero al igual que la mayoría de los jóvenes de clase media en los Estados Unidos, tuve varios trabajos manuales durante mis años de secundaria y de universidad.

8. El destino de los hombres de mi edad lo determinaba la fecha de nacimiento. Había recibido un número relativamente bajo en la lotería para el reclutamiento y, una vez que abandoné la universidad y perdí la posposición del reclutamiento dado a los estudiantes, era elegible para convertirme en carne de cañón. Para suerte mía, el servicio militar obligatorio terminó antes de que pudiera ser incorporado a filas en las fuerzas armadas o acusado por no responder al primer aviso.

temores explicándole que en Centroamérica nunca me encontrarían. Ya había vivido media docena de años muy intensos en el movimiento antibélico y no tenía intención de ir a Vietnam. Me consideraba afortunado de encontrarme en un lugar tan hermoso y cálido como Centroamérica, mientras tantos de mis compatriotas que se oponían a la guerra tenían que refugiarse en los helados climas de Canadá o Suecia.

A la mañana siguiente, la Policía Nacional guatemalteca irrumpió en la cabina en donde mi compañera y yo nos hospedábamos en Panajachel. Nos pidieron los documentos, alegando que la Embajada de los Estados Unidos les había pedido hacer una lista de todos los ciudadanos estadounidenses en la región, por cuanto había recrudecido el combate en Vietnam y quizás seríamos llamados a filas. Luego me enteré de que esa mañana habían acosado a todos los extranjeros en esa zona, usando múltiples excusas, desde la búsqueda de drogas hasta la existencia de comunistas debajo de la cama. La conjunción de las cartas de mi madre y la redada de la policía no fue sino casualidad, pero de todos modos fue aterradora.

Una semana después llegamos a la frontera entre Honduras y Nicaragua. Salimos de Honduras, caminamos cien metros por la carretera y nos pusimos en fila para pasar por la aduana nicaragüense. Un guardia joven metió la mano en mi salveque y sacó un libro de bolsillo, *Political Leaders of Latin America* de Richard Bourne (1970), que había comprado en algún sitio durante mis viajes. Lentamente lo tomó en sus manos y con todo cuidado examinó el índice. El enojo se le notaba en la cara. “El primer capítulo de este libro es sobre el jueputa comunista Che Guevara y no hay uno sobre el gran líder del pueblo nicaragüense, el General Anastasio Somoza Debayle”, dijo con gran seriedad y convicción mientras señalaba hacia el retrato que colgaba en la pared a sus espaldas.

En ese momento pude apreciar que la situación tenía aspectos cómicos, pero aún estaba conmocionado y ansioso

debido a mi reciente roce con las autoridades de Guatemala. “Mire”, le dije, “yo no escribí este libro. Es cierto que tiene ese capítulo que usted dice, pero también tiene uno sobre Perón y otro sobre Stroessner. Ellos no son comunistas”. Intenté una mentira leve: “Fue publicado en Inglaterra y ahí no se permiten libros comunistas. No puede ser comunista este libro”.

“Va a tener que hablar con el jefe”.

Me uní a una larga fila de personas de aspecto lastimero que esperaban hablar con el jefe. Cuando por fin llegué al inicio de la fila, un oficial barrigón levantó mi libro de su escritorio y me preguntó cuál era mi nacionalidad. Cuando le dije que era estadounidense le gritó a otro oficial que podían admitirme si portaba un pasaje de la frontera hondureña a Managua y de Managua a la frontera costarricense. Me devolvieron el libro y una visa válida por tres días. Así fue como pude ver la Managua anterior al terremoto, a diferencia de muchos de mis colegas y amigos que fueron en peregrinación a Managua después de julio de 1979. Sin embargo, la experiencia en la frontera me había dejado un sabor amargo y estaba ansioso por salir.

Entramos a Costa Rica con una sensación de alivio. Un trío de liberianos amistosos y un tanto embriagados nos recogieron en un “jeep” y nos invitaron a ir a la playa. Hicimos una parada corta en Liberia para dejar sus maletas y luego nos dirigimos a la costa, a un sitio que probablemente era Playas del Coco, según me di cuenta varios años después. De camino, cantaron canciones subidas de tono, contaron chistes y describieron a varios parientes que tenían grandes fincas en la región. En la noche, regresamos a Liberia y tomamos un bus a San José. La experiencia fue agradable, pero en su mayor parte nada extraordinaria. Ni por un instante se me ocurrió que pasaría varios años de mi vida trabajando en esa región y estudiándola.

San José me pareció un tanto anticuado y encantador, aunque no era atractivo en el grado en que lo eran, por

ejemplo, muchas de las ciudades pequeñas en México. Nos quedamos cerca del mercado conocido como la “Coca Cola”, en un hotel barato en el que, a pesar de que llovía muy fuerte, lo único que salía por los grifos no era agua, sino un fuerte ruido. La ciudad era lo suficientemente pequeña como para recorrerla a pie y parecía agradable y tranquila después de Guatemala y Managua. Obtuvimos nuestras visas ecuatorianas y colombianas y luego nos fuimos al Cine Palace a ver una película sobre nuestro país: “The Gang That Couldn’t Shoot Straight”, de Jimmy Breslin. La película era realmente divertida, pero éramos los únicos que nos reíamos en la sala de cine.

Al día siguiente tomamos un bus para el puerto de Quepos. Un grupo de colegiales constantemente sacaba la cabeza por las ventanas del bus y le gritaba “adiós tía, adiós suegra” a las viejitas en el camino. Casi todas las personas en el bus reían. Cuando el bus se detuvo, uno de los estudiantes insistió en invitarnos a una coca cola. El ambiente tenía una inocencia feliz y amistosa y una simplicidad que lo hacían a la vez muy atractivo y, para un neoyorquino acostumbrado al ritmo acelerado de la ciudad más grande de los Estados Unidos, un tanto extraño. Pasamos varios días en Manuel Antonio, que a diferencia de lo que es ahora, era una playa prácticamente desierta y de una prístina belleza. El viernes 22 de octubre de 1972 compré un periódico en Quepos cuyo titular decía: “Kissinger anuncia paz en Vietnam”. Me parecía casi imposible creerlo, pero el periódico contenía el texto completo del Tratado de Paz de París. Sentí que una época de mi vida se acercaba a su final. “Es tan extraño enterarme de esto en un pequeño pueblo de Costa Rica”, escribí en mi diario, “sin tener a nadie con quien compartir nuestro asombro y nuestras conjeturas”.

Durante los seis meses siguientes viajamos hasta el Lago Titicaca al sur del Perú, subimos a los Andes centrales, bajamos por los ríos Ucayali y Amazonas y nos dirigimos a casa vía Bogotá, Cartagena, la isla de San Andrés, Tegucigalpa y

Belice. En el contexto de este viaje épico, Costa Rica había sido un momento agradable y un alivio muy necesario, pero no una experiencia especialmente sobresaliente desde el punto de vista de la aventura ni del interés intelectual. Cuando regresé a los Estados Unidos me matriculé en la Universidad de Columbia y me cambié de historia a antropología. Como me había graduado con un bachillerato universitario en medio de la recesión de 1975, encontré empleo primero en un proyecto de historia comunal oral que rápidamente se quedó sin fondos, y después encontré trabajo como asistente de abogado. Este último trabajo era tan increíblemente aburrido que decidí nunca estudiar leyes (que en los Estados Unidos es una carrera de posgrado) y regresar a la universidad para obtener un doctorado en antropología.

La Universidad de Columbia era un lugar inusualmente estimulante para la antropología y los estudios latinoamericanos a finales de los años 70. Durante mucho tiempo el Departamento de Antropología había atraído estudiantes y profesores con un sesgo teórico materialista (véase Murphy 1991) y los que nos interesábamos en América Latina nos beneficiábamos de un programa de la Fundación Tinker, que llevó a la universidad a académicos de intercambio sobresalientes como Celso Furtado, el economista brasileño, Manuel Moreno Fraginals, el historiador cubano, Aníbal Quijano, el sociólogo peruano, y Arturo Warman, el antropólogo mexicano. La supervisión directa de nuestros profesores era mínima y nuestra formación era, en muchos sentidos, en extremo teórica y no lo suficientemente práctica, pero nos enfrentaron a una gran variedad de bibliografía y de debates. Pasé el verano de 1978 investigando sobre la tecnología agrícola y la diferenciación social en el México central (Edelman 1980).

Dos razones principales hicieron que no regresara ahí para hacer la investigación para mi disertación doctoral: estaba cada vez más interesado en combinar la investigación etnográfica con la histórica y odiaba la idea de tener que soportar la ciudad de México, con su aire contaminado, sus

burócratas malhumorados y su congestionado sistema de transporte, durante los meses necesarios para consultar ahí los archivos; además, los disturbios en Centroamérica volcaron mi atención hacia esa región en donde tenía la impresión, no del todo exacta, que a diferencia de México y sus florecientes estudios antropológicos e históricos, se había hecho relativamente poco trabajo científico social.

A finales de 1979, cuando comencé a escribir propuestas para un proyecto de investigación, Costa Rica era el único país centroamericano que tenía condiciones suficientemente estables como para que las agencias proveedoras de fondos pensarán en apoyar la investigación, y un grupo considerable de buenos científicos sociales. Uno o dos años más tarde, cuando se apaciguó el ambiente en Nicaragua, a los científicos sociales estadounidenses les fue posible trabajar ahí, pero Guatemala y El Salvador ya eran demasiado violentos y Honduras parecía lejos de tener algo de la tradición académica que existía en Costa Rica. Había comenzado a leer libros y revistas costarricenses y estaba particularmente impresionado con los trabajos de Edelberto Torres-Rivas (1971), Ciro Cardoso (1975a, 1975b) y José Luis Vega Carballo (1975a, 1975b).

Recordaba que para ser una ciudad capital latinoamericana, San José no era tan intimidante ni tan deprimente como la ciudad de México, y supuse que no sería un mal sitio para trabajar en sus archivos. También recordaba mi breve viaje de años atrás con los liberianos medio alegres que me recogieron cuando pedía un aventón al llegar de Nicaragua. ¿Por qué no estudiar la historia del latifundismo en el norte de Costa Rica? Después de todo, la imagen del país era la de una “democracia agraria”. Los científicos sociales tienden a buscar lagunas en el conocimiento existente y llenarlas es más interesante y trae más reconocimiento profesional. Así es que vine a Costa Rica a finales de 1980 con un plan un tanto simplista, iconoclasta y derrumbador de mitos. Me fui a finales de 1982 pensando que todo era mucho más complicado

de lo que me había parecido y después de haber desarrollado un aprecio profundo por la democracia social tica.

Dos años en Costa Rica

Los dos años que pasé en Costa Rica a principios de los 80 fueron a la vez maravillosos y difíciles. Alternaba entre San José, donde trabajaba en archivos y bibliotecas, y varias partes de Guanacaste, donde entrevistaba a miembros de la elite provincial, personeros del gobierno, narradores locales, campesinos y a todo el que encontrara que pudiera arrojar luz sobre la historia, las prácticas de producción, la tenencia de la tierra y las relaciones de clase en la región. En vez de referirme en detalle a la investigación en sí, sobre la cual el lector interesado podrá leer en algunas de las publicaciones que se incluyen en la bibliografía, dedicaré esta sección al examen de varios temas que conformaron mi experiencia en Costa Rica, pero que rara vez se hicieron explícitos en mi investigación o en mis escritos. Estos son: la similitud superficial entre Costa Rica y los Estados Unidos; el problema de la pequeña escala; los sesgos no mencionados de las ciencias sociales costarricenses; la hospitalidad y la división entre lo rural y lo urbano; la formalidad y la informalidad; y la actitud gringófila de muchos ticos y su efecto en el proceso de investigación.

La Costa Rica oficial, la del discurso político y los folletos para el turismo, se presenta como muy semejante a los Estados Unidos: una democracia liberal en donde a las personas les encantan los estadounidenses, son pacíficas (¿cómo los estadounidenses?!), amistosas y de piel blanca. Una guía turística dirigida a estadounidenses que leí justo después de llegar incluso hacía alarde de que “la gente aquí tiene un aspecto similar al que tienen los de su pueblo natal”. Para mí, originario de una ciudad de inmigrantes y de hijos y nietos de inmigrantes, donde una proporción muy significativa de la población es de piel más o menos oscura, esto era

en gran parte cierto. Pero la aseveración de la guía turística, que reflejaba tanto las fantasías de los costarricenses en torno a su carácter europeo como los temores racistas de los estadounidenses blancos sobre Latinoamérica, le restaba importancia tanto a la diversidad de Costa Rica como a las diferencias que la separan de los Estados Unidos.

Lo poco de cierto que hay en el estereotipo de la guía, así como la realidad histórica de estabilidad política y relativa apertura que tiene Costa Rica, hacen que el lugar sea seductor para muchos gringos. Es lo suficientemente parecido a su país como para hacerlos sentirse cómodos, y lo bastante diferente como para que les recuerde que en realidad están en un país extranjero. Este carácter de país extranjero me golpeó por primera vez cuando, pocos días después de haber llegado en 1980, fui con mi esposa (hispanohablante argentina) a ver la puesta en escena de la obra de Alberto Cañas, *Uvieta*, en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica. Era la misma experiencia de años antes en el Cine Palace pero a la inversa: éramos los únicos que no se reían. El lenguaje y el tono pachuco, los tipos sociales, el contexto de toda la obra, no nos eran familiares, sino que eran desconcertantes y apenas comprensibles. Mucho antes de haber leído la obra *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, del historiador Robert Darnton (1984), la cual describe el estrafulario sentido de humor de los artesanos parisinos del siglo XVIII, ya me había dado cuenta de que si no se pueden entender los chistes no se puede entender la cultura. Poco a poco, durante los siguientes dos años, creo que llegué a dominar las dos cosas, pero casi siempre en forma incompleta.

En 1963, el escritor estadounidense Kurt Vonnegut publicó *Cat's Cradle*, una brillante novela de ciencia ficción, cuyo título se refiere a un tradicional juego de niños (que algunos costarricenses conocen como “hamaca tejida”), en el cual se teje una cuerda entre las dos manos hasta lograr patrones muy elaborados. Vonnegut sugiere que toda persona

en el planeta Tierra pertenece a una unidad social de más o menos cien individuos, a la cual llama un *karass*. El *karass*, dice Vonnegut, trasciende las fronteras ocupacionales, familiares, étnicas y de clase, y es una especie de equipo organizado para poner en práctica el plan de Dios sin siquiera darse cuenta de lo que se está haciendo. Los miembros de un *karass* por lo general no saben quiénes son los otros miembros y ni siquiera saben que pertenecen a tal unidad; tan solo tienen la sensación de estar irremediabilmente ligados unos a otros.

Al principio empecé a creer que Costa Rica entera era un *karass*, en donde todos se relacionaban y se entremezclaban mediante lazos sociales inexplicablemente densos, distinto de todo lo que había conocido antes. Por supuesto, había leído *La dinastía de los conquistadores*, de Samuel Stone (1975), de modo que sabía que el país era algo así como una gran familia. Pero si bien estaba impresionado por la gran cantidad de datos en el libro de Stone, dudaba de su tesis de que las relaciones genealógicas implicaban la existencia de una “clase política” coherente. Después de todo, Jorge Volio y Manuel Jiménez de la Guardia eran parientes lejanos, pero sus valores políticos no podían haber sido más disímiles. El *karass* de Vonnegut me parecía entonces una metáfora más apta para el problema y la belleza de la pequeña escala.

No era tan solo el hecho de que todos parecían conocer a todos los demás (y todo lo relativo a ellos), sino las numerosas y pequeñas coincidencias en las que las figuras claves del *karass* se aparecían de repente donde yo estaba, o era yo el que me encontraba en sus oficinas o en sus salas. Una tarde regresaba de la biblioteca, donde había estado leyendo una tesis de licenciatura reciente sobre el Guanacaste colonial y, al poco tiempo, el autor, a quien no había conocido y a quien no había tratado de contactar, apareció para compartir varias horas de ajedrez y conversación con alguien a quien yo había conocido de paso en un café. Pocas semanas después, una persona conocida de mi esposa nos invitó a comer tamales, y

conocí a una antropóloga que varias personas me habían mencionado. Un amigo de San Ramón me acompañó a una pequeña comunidad en la zona alta de Santa Cruz e, inesperadamente, en la primera casa que visitamos, nos encontramos con parientes de su madre a los que él nunca había conocido.

Acostumbrado al anonimato de una ciudad de ocho millones de habitantes, Costa Rica era para mí como una aldea o un barrio urbano pequeño; después de más o menos un año, cuando viajaba a lugares remotos donde nunca antes había estado, me encontraba siempre con personas con las que me había visto en otras partes (y esto continúa sucediendo cada vez que visito el país). La pequeña escala (y los chismes que inevitablemente la acompañan) es, por supuesto, una fuerza poderosa y sofocante que propicia el conformismo. Pero también puede estimular el sentimiento de orgullo colectivo y de responsabilidad social, cualidades que encontré en abundancia en Costa Rica y cuya ausencia en un país mucho más grande como el mío, es angustiante.

Los primeros antropólogos que conocí, además de los estudiantes que eran uniformemente marxistas, eran en su mayoría estructuralistas a lo Lévi-Strauss o funcionalistas malinowskianos. Me interesaba un tipo diferente de antropología, enfocada en lo regional y no en lo comunal y arraigada en la historia, de modo que no es extraño que haya terminado teniendo más contacto con los sociólogos y, en menor grado, con los historiadores. Varias cosas relacionadas con las ciencias sociales costarricenses me impresionaron desde un principio. Muchos de los investigadores tenían una fuerte formación en métodos y teoría social y estaban llevando a cabo estudios empíricos interesantes sobre temas importantes relativos al desarrollo nacional. Tenían mucho más práctica en relacionar las preguntas de investigación con los métodos apropiados de la que yo tenía, después de mi formación excesivamente teórica en Columbia. También hablaban con gran aplomo sobre su trabajo y parecían tener pocas dudas

filosóficas, sí las tenían, sobre conceptos, métodos o procedimientos analíticos. Muchos definitivamente eran investigadores de primera clase, incluso los del nivel de licenciatura, lo cual me sorprendió un poco por cuanto había sido formado en el sistema estadounidense, donde el primer proyecto de investigación sustantivo es por lo general la disertación doctoral.

No obstante, existía también una especie de sequedad insular en gran parte del trabajo de los científicos sociales costarricenses, la cual encontré problemática. Muy pocos pensaban en Costa Rica en términos comparativos en relación con el resto de Centroamérica o de América Latina. La mayoría decían ajustarse a marcos teóricos marxistas, con lo cual no dejaba de simpatizar, pero no estaban muy conscientes de los debates que entusiasmaban y dividían a los científicos sociales marxistas en Europa, Norteamérica o inclusive México (tales como las polémicas entre E. P. Thompson [1978] y Althusser [Althusser y Balibar 1970]). Además, las predilecciones marxistas, puestas de manifiesto mediante citas copiosas de los textos sagrados (por ejemplo, *El imperialismo*, de Lenin, a veces citado en una combinación inexplicable con sus archioponentes, Kautsky y Chayanov), a menudo se anclaban en forma conspicua y acrítica en prácticas de investigación (encuestas y estudios basados en censos) y en categorías analíticas positivistas (estratos en vez de clases sociales, instantáneas sincrónicas en vez de procesos históricos).

Lo más desconcertante de todo era que muchos de los que se interesaban en la sociedad y la historia rurales parecían estar demasiado atados a sus oficinas y hogares urbanos como para salir al campo y realmente hablar con la gente rural. Así, no sólo se negaban a sí mismos el acceso a la vasta cantidad de información que reside en la memoria popular, sino que también terminaban creando caricaturas de la gente rural (“Antes de 1950, nadie en Guanacaste había tratado de mejorar los cruces de ganado”, “los campesinos guanacastecos

eran luditas”, “los beneficiarios de la reforma agraria nunca alquilan las parcelas ilegalmente”). Esto acentuaba el carácter seco e insípido de muchos de sus escritos. Algunos estudiantes de antropología que conocí pasaban años trabajando en los marcos teóricos de sus tesis de licenciatura y se quejaban de que para ir al campo necesitaban un vehículo y dinero para viáticos. Yo les replicaba que un marco teórico carente de información sobre la realidad social era de dudosa utilidad, y que a menudo se podía aprender más tomando un bus para visitar el área en estudio y paseando por ahí, aunque sólo fuera durante el fin de semana, que devorando otro texto sagrado y arcano. Sin embargo, me impresionaba la dedicación de los estudiantes y su sentido de profesionalismo; inclusive los que no habían completado el bachillerato universitario se referían a sí mismos como antropólogos o sociólogos, algo que en los Estados Unidos es considerado incorrecto para quien no tenga cuando menos un doctorado.

Confieso que el análisis y los escritos costarricenses en ciencias sociales tuvieron un fuerte impacto en mí, especialmente desde que dejé de investigar y comencé a escribir mi disertación durante mis últimos meses en el país. El lado positivo es que creo que fui más influenciado por las ideas y los hallazgos básicos de los académicos costarricenses, que lo que lo son la mayoría de los científicos sociales estadounidenses por los intelectuales de los países donde trabajan. Lo negativo es que veo que en mis escritos, al incorporar la parquedad imperante, minimizo con intención algunas dimensiones humanas que habrían hecho que mi trabajo fuera más convincente y, ciertamente, más agradable de leer. En mi libro sobre Guanacaste, por ejemplo, en el capítulo que trata sobre la modernización de la industria ganadera, no cité a don David Clachar, quien en el patio de su casa llamada “Take It Easy”, en Playas del Coco, me dijo con gran orgullo y en tono digno y serio, que había sido el primero en importar semen de toros cebú a Costa Rica. ¡Qué episodio más rico, cargado de significado cultural, de significado histórico

y, aunque don David probablemente no lo creyera así, de humor! Igualmente, en un artículo (y en una sección de mi libro sobre el latifundismo) sobre las propiedades de los Somoza en el norte de Costa Rica, omití relatar las numerosas conversaciones detalladas y a menudo divertidas que tuve con doña Carmen Carballo, una anciana nicaragüense residente en Bolsón de Santa Cruz, quien había sido la cocinera y ama de llaves de Somoza en la Hacienda El Viejo. Ella contaba cómo una vez uno de los guardias del General la encañonó mientras ella le ponía queso rayado a un plato de fideos que había preparado para el patrón, acusándola de estar envenenando la comida con el polvo blanco. En otra ocasión, el generador de la hacienda inesperadamente se quedó sin combustible y los guardias asustados, creyendo que esto era señal de un ataque sandinista, comenzaron a disparar las armas automáticas en la oscuridad.

No fue sino después de varios años, cuando regresé a trabajar en Costa Rica luego de concluida mi tesis doctoral, que comencé a incorporar de manera más integral y sistemática en mis análisis las expresiones y las palabras de aquellos a quienes investigaba, a verlos y representarlos como verdaderos protagonistas históricos, como constructores de cultura (Edelman 1991). Para esto no tuve que abandonar mis intereses anteriores, más estrictamente político-económicos, incluso cuando me desvié de manera breve hacia el más “folclórico” de los temas, las creencias de la gente rural sobre lo sobrenatural y los terratenientes que hacían pactos con el diablo a cambio de riquezas. En este último caso, descubrí que las narraciones que había recogido eran poderosamente poéticas y, sí, folclóricas. Pero también expresaban una fantasía sobre las posibilidades de encontrar riqueza y una nostalgia por la generosidad ya casi desaparecida de la clase terrateniente tradicional, deseos que eran entendibles en el contexto de la gran escasez de tierra en la zona, de los altos niveles de desempleo y de las presiones económicas que habían empeorado con las políticas de libre mercado de los años 80 y 90 (Edelman 1994a y b).

Las clases sociales llegaron a tener para mí un significado muy tangible en Guanacaste, donde con frecuencia pasaba de la humilde casa de una doña Carmen a la casa de playa elegante y bien equipada de un don David. Pero esperaba encontrar distinciones de clase social; de hecho, este era un tema central de mi investigación. Lo que más me sorprendió en Costa Rica fue la intensidad de las divisiones entre lo urbano y lo rural, en especial en relación con la hospitalidad, un aspecto relativamente mundano de la vida social, pero con respecto al cual los forasteros y recién llegados a menudo son, por necesidad, muy sensibles. Algunos extranjeros residentes en Costa Rica por mucho tiempo (incluyendo latinoamericanos) con frecuencia comentan entre sí el sentido exagerado que tienen los ticos de la casa como feudo privado, y la aparente incapacidad que tienen para lograr una verdadera honestidad o intimidad en las relaciones personales.

También me sorprendió la amabilidad de quienes me invitaban a un café o a un bar, pero que sólo ocasionalmente me llevaban a sus casas. Esto no se daba por falta de invitaciones, al menos esas seudoinvitaciones típicas costarricenses (“Te llamo y nos ponemos de acuerdo”, como me dijeron una y otra vez conocidos que, o no llamaban o no hacían una pausa lo suficientemente larga como para escribir mi número de teléfono). Esto contrastaba no sólo con la idea estadounidense de lo que es ser hospitalario, sino con lo que yo había experimentado en otras partes de América Latina (así como con los latinoamericanos en Nueva York), en donde una invitación para tomarse unos tragos o para cenar en la casa se hace rápida y cordialmente, y a menudo constituye el primer paso para establecer una amistad. “Cada uno en su casa y Dios en la de todos” parece ser aún una ley cultural en Costa Rica, tanto para creyentes como para ateos. Cuando me invitaron a la casa de costarricenses urbanos, las visitas con frecuencia tenían un tono formal y rígido, y los anfitriones parecían tener la idea de que debían de impresionarme, dejándome con el sentimiento de haber violado algún código

no escrito por el simple hecho de estar presente. Las excepciones generalmente se daban con costarricenses que se identificaban con algún movimiento de contracultura o que habían vivido en el extranjero durante algún período de tiempo, y cuyos horizontes se habían extendido con la experiencia.

Afortunadamente, la zona rural costarricense, al menos en Guanacaste, era más acogedora en este sentido. Cuando me aparecía en la puerta de casas rurales sin haber sido invitado, a menudo me convidaban a compartir comidas, refrescos, frutas, tamales, tortillas con cuajada, rosquillas, café y a veces tragos de guaro, todo preparado rápidamente, y con frecuencia en cantidades muy abundantes. Esta recepción amistosa casi general, a menudo por parte de personas con recursos muy limitados, no sólo hizo que el trabajo de investigación fuera más agradable, sino que también restauró la fe en mí mismo. Después de todo, la amistad superficial típica de la Meseta Central y los límites desconcertantes para visitar las casas de las personas, al principio me hicieron creer que yo tenía la culpa cuando no lograba establecer lazos más fuertes. En cierto modo estoy seguro que así era, pero también me di cuenta que en la Costa Rica urbana estaba tratando con un conjunto de expectativas culturales muy diferentes y que no comprendía bien, que diferían de las mías y con las cuales no simpatizaba.

Las reglas que gobiernan la hospitalidad en las zonas urbanas (o fuera de Guanacaste) parecen ser un subconjunto de una mayor afinidad del tico con la formalidad en las relaciones sociales, una posición defensiva y una ecuanimidad que me parecen muy poco latinoamericanas e inclusive poco mediterráneas. Es en sí muy difícil demostrar este fenómeno en forma empírica, y más difícil aún adivinar cuáles son sus orígenes. Sin embargo, no soy de ninguna manera el primer foráneo que hace observaciones al respecto (Láscaris 1975 y Cersósimo 1978 han hecho observaciones similares). Se podría argumentar que es un efecto de la bien

observada tendencia que tienen las sociedades a pequeña escala a imponer sanciones contra los que no son conformistas. Pero las otras repúblicas centroamericanas también fueron sociedades a pequeña escala durante la mayor parte de su historia, y a menudo estaban divididas en regiones relativamente aisladas. Sospecho, pero obviamente no puedo probarlo, que esta aversión de los ticos a los extremos emocionales, tan poco mediterránea y tan parecida a la cultura anglosajona protestante y blanca en los Estados Unidos, es parte de lo que atrae a los gringos de Costa Rica (y viceversa). A cada uno se le asegura que el otro no va a manifestar pasión, enojo, locura, ni ningún otro sentimiento extremo.

La dificultad que tienen los extranjeros para “leer” a los costarricenses se extiende al ámbito del lenguaje, incluso para quienes tienen un dominio bastante bueno del español. Algunas reglas sociolingüísticas del habla costarricense me parecen sumamente irregulares,⁹ en especial la mezcla del *usted* y el *vos* (y algunas veces el *tú*) en la misma frase o conversación, así como la frecuente ausencia de correlación consistente entre lo formal y lo informal en las distinciones gramaticales y la distancia social, tal y como se da en el resto de Latinoamérica. Algo que complica aún más la comprensión por parte de los extranjeros es el uso irónico, principalmente entre varones muy amigos, de términos sobre todo burlones (“huevoón”, “maje” y otros por el estilo) para expresar aprecio y afecto. Al igual que en el resto del mundo hispanohablante, el uso frecuente de verbos pasivos les permite a los hablantes evadir responsabilidad por sus actos (“se me rompió el chunche”, en vez de “rompí el chunche”). Finalmente, existen las categorías imprecisas (para los anglohablantes) y las convenciones sobre el tiempo (“ahorita”), con la tendencia conexas de atribuirle la responsabilidad

9. En el ámbito fonético, algunos hondureños y salvadoreños me han comentado que la “r” africada del español de la Costa Rica central hace que los ticos “suenen” como gringos. Presentan esto como una prueba más de la aparente afinidad entre ticos y estadounidenses.

de los eventos futuros no al hablante, sino a Dios (“si Dios quiere”), absolviendo así a los hablantes de toda obligación de aparecer a la hora acordada o de completar a tiempo (o de hacer) las tareas prometidas.

La falta de puntualidad, confiabilidad y eficiencia, generalizadas en los países mediterráneos y latinoamericanos y siempre irritante para los europeos del norte y para los estadounidenses, tiene un lado atractivo.¹⁰ Para los académicos de los Estados Unidos, la intensa competencia para obtener trabajo y fondos para la investigación, así como las expectativas extraordinariamente altas en cuanto a la producción académica que es necesaria para obtener un puesto universitario en propiedad, hacen que muchos de nosotros en realidad nunca dejemos de trabajar (o al menos de preocuparnos por nuestro trabajo). Se pierden fines de semana, noches y vacaciones para terminar el próximo artículo o libro, y las citas para ver a los amigos o colegas a menudo se programan con semanas o incluso meses de anticipación. Los profesionales estadounidenses fuera de la academia no están mucho mejor al respecto, aunque a menudo disfrutan de mejores salarios. El alto costo del servicio doméstico y de la atención a los niños, la división del trabajo entre los sexos en forma más igualitaria que en Centroamérica, y el hecho de que las mujeres jóvenes y las abuelas a menudo trabajen a tiempo completo, hacen que el ritmo del trabajo no profesional en la casa sea también intenso. Encontrarse con un viejo amigo en la calle y decidir espontáneamente ir a tomarse una cerveza o un café es un evento poco frecuente, un elemento humano que los costarricenses disfrutaban y que nosotros hemos perdido en gran parte, ya sea por la seriedad protestante, por el

10. También refleja el bajo costo de la mano de obra y la falta de experiencia que tiene Costa Rica con algunos tipos de fuerzas de mercado competitivas. El siguiente es un ejemplo trivial. Solía sorprenderme la forma en que, en muchos lugares de fotocopiado en Costa Rica, se copian los materiales comenzando con la primera página y no con la última. De esta forma, las copias se acumulan en orden inverso y no con la secuencia correcta. Luego, un empleado debe acomodar las páginas en el orden correcto y las cuenta, aunque estén numeradas. En los Estados Unidos, un negocio de fotocopiado que funcionara tan ineficientemente quebraría en poco tiempo.

ajetreo de la gran ciudad, o por estar demasiado expuestos a las fuerzas brutales del mercado.

La cordialidad superficial tan amplia que los costarricenses le muestran a los estadounidenses afecta el proceso de investigación en forma que merece ser comentada, y que creo les debería preocupar a los costarricenses. En las oficinas gubernamentales, muchas veces tuve la sensación de que, como estadounidense, me estaban teniendo mayor consideración y me estaban permitiendo un mayor acceso a la información que si hubiera sido costarricense. Algunas veces discutí este fenómeno con investigadores costarricenses que habían trabajado en los archivos de las mismas instituciones gubernamentales, y por lo general compartían mi opinión.¹¹ En los Estados Unidos hay leyes muy estrictas con respecto a la privacidad que limitan, al menos en teoría, la información relativa a personas que se puede obtener en los archivos gubernamentales y en las bases de datos del sector privado. Asimismo, la Ley de Libertad de Información de los Estados Unidos garantiza el acceso a la información relativa a las operaciones del gobierno, excepto en los casos en que el Estado alegue que se podría ver afectada la seguridad nacional. Si bien estas leyes a menudo no se cumplen al pie de la letra, el acceso a las dos clases de información está sujeto a procedimientos legales bien definidos y usualmente puestos en práctica. Tuve la fuerte sensación de que esto no era así en Costa Rica. Al igual que en otro tipo de interacciones con los burócratas del Estado costarricense, los contactos personales, la simpatía personal, la persistencia o simplemente la nacionalidad, parecían explicar más que cualquier derecho abstracto la cantidad y la calidad de la información o del servicio recibido. La implicación de esta arbitrariedad en

11. También los grandes terratenientes tendían a suponer que, como estadounidense, naturalmente simpatizaría con sus valores y sus creencias políticas. Las únicas excepciones a esta tendencia eran individuos que, quizás debido a que no tengo la piel clara y pecosa ni el pelo rubio que para muchos ticos son características esenciales del norteamericano o “macho”, dudaban de que yo fuera estadounidense y sospechaban que era otro tipo de extranjero, que por alguna razón me hacía pasar por gringo.

cuanto a la prestación desigual de servicios a los miembros de los diferentes estratos sociales, así como para la seguridad personal y nacional de los costarricenses, es preocupante.

Epílogo autobiográfico: el regreso a Centroamérica

Salí de Costa Rica a finales de 1982 para regresar a Nueva York al inicio de un invierno frío y gris. Durante el siguiente año trabajé como parte de un equipo interdisciplinario en Fordham University que hizo un estudio sobre la delincuencia y su ausencia entre adolescentes puertorriqueños en la parte sur del Bronx, una de las zonas urbanas más pobres de los Estados Unidos. Después trabajé durante tres años con North American Congress on Latin America (NACLA), un instituto de investigación progresista. Durante este período inicié una investigación sobre la geopolítica de la situación en Centroamérica. En vista de que muy pocos de los académicos estadounidenses que habían analizado Centroamérica en términos geopolíticos se habían molestado en hablar con sus contrapartes soviéticas, aprendí ruso, presenté una solicitud para participar en el intercambio académico oficial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y, un tanto para mi sorpresa, pues no tenía los antecedentes ni las metas típicos de un académico de la época de la Guerra Fría, fui aceptado por ambas partes. En 1986 pasé tres meses en la Unión Soviética, de donde partí dos semanas después de la explosión de Chernobyl.¹²

A mediados de la década de los 80 hice sólo dos visitas muy breves a Costa Rica. Finalmente, en junio de 1988 pude regresar con mi esposa y mi hijo para una estadía más prolongada. Acababa de conseguir un puesto académico y la publicación de mi tesis doctoral de repente se convirtió en una necesidad profesional que no había tenido durante los cuatro años anteriores. También había dejado de investigar

12. Parte del resultado de esta investigación se incluye en la bibliografía. Para una discusión de algunas de mis experiencias personales, ver Edelman 1996b.

en torno a la URSS, por cuanto me interesaba muy poco el dogmatismo tanto de los académicos soviéticos como de la mayoría de los especialistas estadounidenses en el tema, y me desesperaba por aprender ruso lo suficientemente bien como para realmente disfrutar mi estadía ahí. De modo que mi principal meta al venir a Costa Rica en 1988 era hacer el trabajo de archivo y de campo necesario para actualizar, pensar de nuevo y reescribir los últimos capítulos de mi disertación sobre el latifundismo. Pensaba que tendría diez semanas relativamente tranquilas para hablar con colegas y viejos amigos, visitar oficinas y archivos gubernamentales, hacer viajes cortos a un par de sitios en Guanacaste y pasar muchos días escribiendo en mi nueva computadora portátil. Sin embargo, algunos eventos se interpusieron en mis planes.

En junio de 1988, los periódicos costarricenses publicaban numerosas noticias sobre huelgas de campesinos, cierres de carreteras y marchas de protesta contra el programa de ajuste económico propuesto por el gobierno de Óscar Arias Sánchez. Justo antes de nuestra llegada, doscientos agricultores habían tomado el edificio municipal en Santa Cruz, cantón donde había hecho trabajo de campo en 1982, y mantuvieron el sitio tomado durante dos días. No podía evitar interesarme en lo que estaba sucediendo con los movimientos campesinos, en especial por cuanto parecía ser tan diferente de la pasividad política generalizada y deprimente de muchos de los campesinos que había conocido a principios de los 80. Sin embargo, trataba de concentrarme en mis labores y, mientras hacía trabajo de campo en el distrito de riego en otra parte de Guanacaste, en forma deliberada, aunque un tanto a regañadientes, evité ir a Santa Cruz, donde sabía que me distraería de mi “verdadero trabajo”.

Al poco tiempo de haber llegado, una vieja amiga me llamó y me invitó para que hablara con algunos de los líderes del movimiento nacional de campesinos. Todavía no creía que esto fuera directamente relevante para mi investigación,

pero decidí ir de todos modos, y al salir de la casa puse mi grabadora y unas cuantas baterías nuevas en la mochila. Era temprano en la mañana, y recuerdo que me sorprendió que me dijera que nos reuniríamos en la sede de FESIAN, que era la federación de sindicatos rurales asociada con el Partido Liberación Nacional. Una cosa llevó a la otra y al poco tiempo estaba viajando por los alrededores de Santa Cruz, asistiendo a asambleas campesinas, entrevistando a participantes en las protestas y comenzando a diagramar mentalmente un proyecto más amplio sobre la política rural y el ajuste estructural económico (ver Edelman 1991).

Mi interés en este tema era un resultado natural del trabajo anterior sobre los problemas agrarios. Pero también tenía relación con una preocupación aún más fundamental. Anteriormente mencioné que durante los dos años que pasé en Costa Rica a principios de los 80, me enamoré de forma inesperada del modelo de desarrollo socialdemócrata. A pesar de la severa crisis económica de aquellos años, el Estado seguía manteniendo una presencia significativa y por lo general muy positiva, incluso en comunidades muy pequeñas. Sé, por supuesto, que muchos de la izquierda consideraban que los esfuerzos estatales en pro de la organización comunal y la prestación de servicios eran fundamentalmente “desmovilizadores” y “paternalistas”, que no abordaban las causas subyacentes de la pobreza y de la patología social (y que los de la derecha consideraban que esto “impedía la iniciativa individual” y “estimulaba la irresponsabilidad y el desperdicio”).

Sin duda hay algo de cierto en estas aseveraciones, tanto en las versiones de la izquierda como en las de la derecha. Sin embargo, también es cierto que los niños necesitan atención en salud y una buena nutrición para aprender a leer, y que el Estado costarricense estaba llevando a cabo algunas de estas tareas fundamentales con bastante éxito, al menos en comparación con otros países del hemisferio occidental, incluyendo el mío. Incluso en comunidades relativamente

alejadas de Guanacaste, vi que los dentistas hacían visitas periódicas para examinar a la población, que en las escuelas locales los niños recibían alimentos calientes por medio de los programas de Asignaciones Familiares, que los ancianos y los discapacitados a menudo recibían pensiones y que inclusive muchos pequeños productores o jornaleros estaban asegurados con la Caja Costarricense del Seguro Social a través de sus familiares.

Vale la pena recordar que vi estas pruebas de un Estado benefactor con los mismos ojos con que había visto las condiciones deplorables de salud, educación y bienestar social no sólo en el resto de América Latina, sino en los barrios marginales de puertorriqueños, chinos y negros en la ciudad de Nueva York, donde los niños a menudo tienen los dientes podridos porque sus familias son demasiado pobres o demasiado desordenadas como para llevarlos al dentista, y porque el Estado es sumamente ineficiente, no tiene suficientes fondos o no se preocupa por llevarles un dentista al barrio.

Mi reacción positiva ante el Estado benefactor costarricense también reflejaba de otro modo lo que estaba sucediendo en mi propio país. El ajuste estructural económico llegó a los Estados Unidos a principios de 1981 con la toma de posesión del presidente Ronald Reagan y su teoría económica llamada en inglés “reaganomics”. Las llamadas políticas “de libre mercado” puestas en práctica por la administración Reagan eran casi siempre un tipo de keynesianismo para los ricos y para la industria militar. Tuvieron consecuencias sociales trágicas y nos trajeron un mayor endeudamiento, una polarización severa entre las clases y entre los grupos étnicos, así como una ética generalizada de individualismo y ambición insensibles. Cuando en los Estados Unidos se recortaron dramáticamente los programas para dar almuerzo en las escuelas (que, para empezar, pocas veces eran tan buenos como los programas de Asignaciones Familiares), Reagan tuvo la temeridad de sugerir que la salsa de tomate que quedaba en el presupuesto era un “vegetal” nutritivo.

Frente a esta sinrazón cínica y egocéntrica, la existencia de un modelo social más humano (y sobre todo en un país relativamente pobre) era una cierta inspiración, aunque obviamente muy imperfecta.

Mi interés en estudiar las consecuencias del ajuste estructural económico en la Costa Rica rural surgía entonces de un interés más amplio en torno al declive del modelo socialdemócrata de desarrollo social (ver Edelman y Monge 1993). Vengo, por supuesto, de una sociedad dañada en forma severa y probablemente irremediable por los doce años de la locura del mercado libre de Reagan y Bush, que se semeja al modelo impuesto en Costa Rica desde mediados de los años 80. No creo que sea necesario romantizar el Estado benefactor costarricense anterior a 1980 ni negar sus defectos evidentes, como lo son las burocracias desmedidas, la mediocre prestación de servicios, el sistema de pensiones tan asombrosamente generoso (para los profesionales) como económicamente insostenible, para mencionar algunos. Sin embargo, considero útil ver en Costa Rica un experimento significativo y una alternativa histórica en un mundo en el cual, para todos los fines prácticos, existe ahora un solo modelo económico, cuyo valor para la gran mayoría está aún sujeto a comprobación.

¿Seguiré trabajando en y en torno a Costa Rica? En 1988 vine a Costa Rica para terminar mi proyecto sobre el latifundismo y terminé iniciando otro proyecto sobre el movimiento campesino. Conforme profundicé en el estudio del movimiento campesino, tuve una discusión con un colega en torno a los métodos para estudiar la tenencia de la tierra y terminamos haciendo un trabajo sobre cambios en la distribución de la propiedad en Coto Brus (Edelman y Seligson 1994). Esto no significa que el proceso de una cosa que lleva a otra sea interminable ni que en lo intelectual Costa Rica sea para mí un sitio infinitamente seductor. Desde que comencé a trabajar en Costa Rica, también he investigado, aunque por lo general por períodos de tiempo más cortos, en los Estados

Unidos, la antigua Unión Soviética, Nicaragua y Honduras. Hace poco tiempo comencé a explorar varios temas de investigación que me llevarán a otras partes de América Central, pero sospecho que, *si Dios quiere*, continuaré involucrándome en asuntos ticos, al menos ocasionalmente. Después de todo, somos productos históricos y una parte suficiente de mi historia ha estado ligada con este país, de modo que se ha dado una cierta acumulación de conocimiento básico o capital cultural. Parece ser que varios de los miembros de mi *karass* son costarricenses; ahora nuestros caminos se cruzan no sólo en Filadelfia o San Pedro, sino también en Nueva York y Washington. Costa Rica sigue siendo al menos un punto de referencia importante para mí. Esto no quiere decir que Costa Rica sea el sustituto mental de una entidad mayor, como América Central o Latinoamérica o el Tercer Mundo, pero es cierto que presenta, quizás más que la mayoría de las otras sociedades latinoamericanas, una combinación de rasgos particulares y generales que sigue intrigándome.

Algunos colegas costarricenses me han preguntado si el hecho de que mis intereses profesionales me alejen de Tiquicia se debe a que el sitio es simplemente tan insignificante que un estudioso de la realidad costarricense nunca podría obtener un puesto permanente en una universidad estadounidense. Esto con probabilidad sea cierto en el caso de algunos de mis amigos latinoamericanistas en historia, sociología y ciencias políticas, donde es bien conocido el dominio que tienen los especialistas en los grandes países, como por ejemplo México y Brasil, en los niveles superiores de cada profesión. Como antropólogo, esta no ha sido una gran preocupación. Después de todo, tengo colegas muy distinguidos cuyas carreras completas se han centrado en un solo atolón en el Océano Pacífico o en una sola tribu amazónica básicamente extinta.

En una época en que las naciones son día con día más numerosas y pequeñas, quizás Costa Rica sea cada vez más típica, al menos en términos de escala (los efectos del modelo

económico que ahora goza de hegemonía también suponen una influencia homogeneizante en todo el planeta). La búsqueda de estímulo intelectual y personal más allá de Costa Rica no refleja nada sobre este país ni sobre los costarricenses, sino la atracción que ejerce la variedad de experiencias que ofrece el mundo.

INVESTIGANDO BAJO LA LLUVIA DE SAN JOSÉ

Fabrice Lehoucq

A Dana Munro, quizá el primer estudiante estadounidense de posgrado que investigó en Centroamérica.

I

Mi interés por viajar a Costa Rica se despertó cuando asistía al posgrado en ciencias políticas de la Universidad de Duke (en el estado de Carolina del Norte de los Estados Unidos) a mediados de los 80. Ya desde que era estudiante de grado sabía que quería hacer trabajo de campo sobre política en algún lugar de Latinoamérica. Dónde y sobre cuál fenómeno político fueron cosas que descubrí más tarde.

Cuando concluí los cursos de posgrado, leí varios ensayos escritos por mi tutor, Arturo Valenzuela, sobre el desarrollo de las instituciones democráticas en Chile a mediados de siglo XIX. Me cautivó el hecho de que ya en la década de 1840, los políticos chilenos habían comenzado a organizar campañas políticas para controlar la Presidencia y para llegar a la Cámara de Diputados y al Senado. Aunque la lucha por el poder estatal se veía a menudo empañada por el fraude y por el uso de la violencia –especialmente por parte de los presidentes que buscaban imponerse ellos mismos o implantar a sus sucesores en el poder–, los políticos chilenos poco a

poco aprendieron a aceptar los resultados de las urnas electorales y a otorgar el derecho al voto a amplios sectores de la sociedad.

Este proceso era en especial curioso porque la democratización del sistema político chileno se dio en una sociedad predominantemente católica dividida por luchas étnicas y de clase. Ese desarrollo de los hechos contradecía muchas teorías sociológicas y económicas sobre los orígenes de la democracia. Me llamó poderosamente la atención este hallazgo: creía que las descripciones usuales del surgimiento de la democracia eran a menudo una práctica mal encubierta del imperialismo cultural. En el lenguaje desodorizado y con frecuencia enriquecido por la jerga de las ciencias sociales estadounidenses, estas teorías del desarrollo democrático afirmaban en forma básica que sólo las sociedades blancas y basadas en el protestantismo, como los Estados Unidos y el Reino Unido, poseían poblaciones con la madurez y la educación requeridas para mantener gobiernos democráticos.

Cualquier estudiante de la política latinoamericana, como pronto descubrí, se enfrenta a numerosas teorías no políticas que tratan de explicar la conducta política. Leyendo sobre el tema de la política latinoamericana, me di cuenta de que se sabe muy poco sobre el surgimiento y la caída de los gobiernos, el papel de las presidencias y de los congresos en la elaboración de políticas y sobre la reforma electoral. Esto me pareció, y continúa pareciéndome, sorprendente. A pesar de una rica historia de gobiernos republicanos y de cambio institucional, existe escasa documentación sobre estos temas en América Latina, ya sea a lo largo de la historia o en el período contemporáneo. Aún menos comprendida es la forma en que los cambios institucionales estructuran la dinámica política en Latinoamérica y en otras partes del mundo en vías de desarrollo.

Habiendo llegado a estas conclusiones, decidí estudiar un país en la región en el cual las instituciones democráticas hubieran existido durante un largo período de tiempo. No fue

sino en Chile, Costa Rica y Uruguay (y algunos dirían que en Colombia) que las instituciones republicanas del siglo XIX se convirtieron poco a poco en regímenes democráticos en el siglo XX. Solamente en estos países estuvieron de acuerdo los políticos en reducir los poderes muy centralizados de los presidentes y en ampliar la participación para incluir a todos los adultos, independientemente de su nivel de ingresos, educación y género.

Excluí a Chile por consideración a que Arturo Valenzuela y su hermano, J. Samuel, planeaban escribir un libro en torno a los orígenes de un régimen democrático en ese país. Aunque me gustaba muchísimo la región occidental del cono sur, decidí no estudiar Uruguay porque creía que otros estaban estudiando el desarrollo de esos temas en este país. Costa Rica, entonces, se convirtió en el objeto de mi estudio. Además, conforme leía las limitadas fuentes secundarias sobre las instituciones políticas en dicho país, creía que podría contribuir al estudio de la democratización tanto en este país como en Latinoamérica en general.

Había una razón adicional para escoger un país al que anteriormente no le había prestado atención durante mis estudios doctorales. Al igual que otros estudiantes en los programas de posgrado en los Estados Unidos, necesitaba asegurarme el financiamiento para viajar a Centroamérica. Una beca, en especial de una prestigiosa fundación nacional, también contribuiría, según se me dijo, a aumentar mis posibilidades de obtener un cátedra universitaria después de defender la tesis. Costa Rica, como los otros países de Centroamérica, estaba en la mira para ser financiada por muchas agencias debido a la crisis que golpeaba al área desde la victoria sandinista en Nicaragua en el verano de 1979.

Con ayuda de muchas personas e indudablemente con mucha suerte, obtuve una beca doctoral del Social Science Research Council en 1987 para hacer investigación de campo en Centroamérica durante dieciocho meses. El Council me instó a abandonar mi plan original de estudiar Guatemala

y Costa Rica a partir de finales del siglo XIX. El profesor Lars Schoultz (de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill), me indicó, a nombre del Council, que el examen de las fuentes primarias en un país ya en sí requeriría mucho tiempo. Además, investigar en Guatemala sería más difícil debido a la desorganización de los archivos en ese país y a la falta de fuentes secundarias sobre la política guatemalteca.

En retrospectiva, me alegro de haber atendido la sugerencia del Council. Aunque, en efecto, escribí la disertación sobre un único caso, creo que mi investigación suministra una perspectiva básicamente diferente de la democratización en Costa Rica, un país cuya política no ha sido estudiada lo suficiente, así como una cantidad muy rica de nuevos hallazgos en torno al proceso. A diferencia de otros estudiantes de posgrado y de otros académicos, no escribí un estudio que analizara dos o más países. En un campo en el que hay tanto que aún no se sabe mucho en relación con la política y los acuerdos institucionales, ese tipo de estudios explícitamente comparativos sobre Latinoamérica corren el riesgo de llegar a conclusiones equívocas, cuando no conducentes a error.

El 15 de enero de 1987, me dirigí a San José, donde habría de vivir durante casi dos años. Lo que presento a continuación es una narración de los altos y bajos de mi experiencia como investigador, así como mis impresiones sobre el estilo tan propio de la autodenominada idiosincrática Tiquicia de finales de los 80.

II

Habiendo llegado a Costa Rica por razones académicas, mis impresiones iniciales sobre este país fueron de tipo político. Al igual que muchos gringos y extranjeros, me sorprendió el conservadurismo y la autosatisfacción de los ticos.

Pareciera que siempre han querido mucho a los Estados Unidos y en especial a su gobierno. Mientras otros muchos

latinoamericanos estaban disgustados con los Estados Unidos por su política exterior en relación con Nicaragua y, más en general, hacia Centroamérica, la gran mayoría de los ticos no solo apoyaba la conducta de las administraciones Reagan y Bush hacia Nicaragua, sino que también favorecía una política aún más beligerante hacia los sandinistas. Su disgusto en torno al gobierno revolucionario de Nicaragua también aumentaba un disgusto existente, raras veces encubierto, hacia lo que los centroamericanos llaman los “nicas”. Para muchos ticos, los nicas siguen siendo gente peligrosa, de piel oscura, y responsables del incremento en la violencia que aparentemente se dio en Costa Rica en la década de los 80. Como llegaba procedente de los Estados Unidos, me sorprendió encontrar un país en donde el debate público sobre los sandinistas estaba dominado por puntos de vista sumamente conservadores, y no pocas veces racistas, sobre Nicaragua.

Este conservadurismo generalizado también se expresaba en las formas en que los costarricenses le daban sentido a su pasado e interpretaban o, mejor aún, glorificaban, su sistema político. Al igual que los gringos, los costarricenses tienden a sentirse orgullosos de sí mismos. No fue difícil comprender por qué los costarricenses siguen sintiéndose orgullosos de su democracia. Desde los 50 y los 60, los políticos en Costa Rica han frenado su pasión por el poder, aceptando el terreno electoral como la arena en donde se compite por los puestos públicos. Respetan los resultados de las urnas electorales. Reconocen el imperio de la ley. Por lo menos desde mediados del siglo XX, los oficiales y policías de la Guardia de Asistencia Rural y de la Guardia Civil no han tratado de derrocar presidentes ni han ejercido su influencia para manipular el proceso político.

La larga existencia de la competencia electoral en Costa Rica ha permeado las concepciones populares de la política. Los chismes relativos a los principales políticos rápidamente se difunden y todas las personas conocen las intrincadas

conexiones de las relaciones políticas. Los cálculos políticos, tanto de parte de los comentaristas principales como de los costarricenses de todos los estratos, han recibido la ayuda de esa maravillosa invención de las ciencias sociales del siglo XX: la encuesta de opinión pública. Periódicos como *La Nación*, *La Prensa Libre* y *La República*, contratan a compañías encuestadoras para evaluar el éxito de los posibles candidatos y la popularidad de los individuos, los partidos y las instituciones.

La creciente importancia de las encuestas electorales, junto con la importancia del Presidente en la política nacional, sirven para reforzar la naturaleza en extremo personalista de la política costarricense. Las identidades de los partidarios se conforman no con base en divisiones de clase o de partido, sino en torno a personajes populares. Ni siquiera los seguidores de Liberación Nacional, que frecuentemente se identifican como liberacionistas, se mantienen leales a un partido conocido por su adhesión a principios programáticos. Con mucha frecuencia, una declaración de fe en el liberacionismo no es más que otra forma de expresar respeto por Pepe Figueres o por otros líderes del partido.

A finales de los 80, ha surgido un consenso político en torno a los principios de la economía política liberal. La identificación que por mucho tiempo había tenido el liberacionismo con la intervención estatal en la economía, se fraccionó por la crisis de la deuda de principios de los 80 y por la creciente necesidad de cumplir con las demandas impuestas por la AID, el FMI y el Banco Mundial, como por ejemplo reducir los servicios sociales y los subsidios a las empresas locales, y establecer políticas comerciales para promover las exportaciones. Incapaces de reactivar una economía agobiada por una de las tasas de deuda per cápita más altas del mundo, los políticos tampoco tenían acceso a los recursos económicos necesarios, por ejemplo, para redistribuir el ingreso y promover la industrialización. Ya para finales del siglo XX, por lo tanto, la política democrática en Costa Rica

está desprovista de debate programático y se ha saturado con las estrategias de precandidatos ideológicamente similares, que en forma constante buscan mejorar su posición en las encuestas de opinión pública.

El hecho de que los costarricenses le dediquen tanto tiempo a debatir el ir y venir de la política revela el grado de institucionalización que tiene la política democrática en su país. Como los costarricenses gustan de enfatizarlo, la política democrática, entendida en gran parte en términos de una carrera en busca de puestos en la política electoral, parece ser una parte tan fundamental de su sociedad que es difícil concebir un sistema político autoritario en Costa Rica. Junto con una desconfianza, si no repulsión, muy arraigada hacia cualquier tendencia política teñida aunque sea levemente de cualquier tinte comunista, la popularidad de la democracia en Costa Rica explica la existencia de un pueblo que no renuncia al apego a las normas e instituciones prevalecientes.

El éxito de su sistema político ha impedido, sin embargo, que muchos costarricenses elaboren explicaciones coherentes sobre sus orígenes, acepten sus limitaciones, y además que estudien tal sistema con el rigor que se merece. Un hermoso ejemplo de la informalidad con que se trata a la democracia costarricense es la creencia casi universal de que es producto de una estructura social única, arraigada en la pobreza colonial. Según esta leyenda, una población escasa, combinada con la falta de recursos minerales, hizo que esta colonia no fuera atractiva para los españoles. Caracterizada por una igualdad relativa entre notables y campesinos, esta sociedad inevitablemente llegó al consenso y a la estabilidad democrática.

Quizás, algunos sostengan que esta es una generalización fácil de los puntos de vista que tienen los costarricenses. Aun así, mis propias conversaciones con ticos de diversas clases sociales confirman la aceptación general de este dogma. Los costarricenses de clase media, cuando están fuera de su país, dedican bastante tiempo a repetir los principios

básicos de este dogma a los extranjeros, en su afán por convencer a todos de que “los ticos somos diferentes”. En el transcurso de una agradable conversación sostenida con un abogado constitucionalista costarricense muy educado, oí cómo repetía la sabiduría aceptada y la presentaba como si fuera una interpretación muy original del excepcionalismo político costarricense. Los miembros de la clase dominante de Costa Rica también repiten esta historia de su país como si fuera un conjunto de proposiciones evidentes por sí mismas. En una extensa conversación con un hombre que se considera un miembro importante de las familias con apellidos antiguos, escuché las maravillas del igualitarismo y la democracia costarricenses mientras estábamos sentados en una residencia palaciega, construida con mármol italiano importado y decorada con reliquias del pasado precolombino. El hecho de que esos puntos de vista a menudo fueran convenientes para un fin ideológico era particularmente evidente en la elegante residencia de este caballero.

Lo que me sorprendió sobre estas narraciones de los orígenes de la democracia costarricense era la forma en que contradecían una gran cantidad de evidencia. Otras sociedades, como por ejemplo la chilena, fueron desgarradas por los conflictos étnicos y de clase que no se dieron en Costa Rica, pero aún así experimentaron el desarrollo de instituciones democráticas antes que Costa Rica. Esta imagen de la democracia costarricense también tiende a descartar los defectos históricos de la historia política costarricense. Hasta mediados del siglo XX, la mayoría de las contiendas electorales en Costa Rica estuvieron plagadas de un amplio uso del fraude y del empleo frecuente de la violencia. Esas historias de la democracia costarricense tampoco deberían ignorar el hecho de que al menos un dictador, Tomás Guardia (1870-1882), gobernó el país durante una docena de años y que algunos otros presidentes trataron de crear regímenes igualmente represivos y de larga duración.

Al llegar a San José a principios de 1988, también me sorprendió descubrir que había pocos estudios disponibles

sobre la operación del sistema democrático costarricense. Incluso, después de revisar el índice de las tesis en derecho y ciencias políticas en la Universidad de Costa Rica, encontré muy poco sobre la Presidencia o sobre el funcionamiento de la Asamblea Legislativa. Tampoco he encontrado mayor cosa sobre la forma en que los presidentes y los líderes de los partidos disciplinan a los miembros de su partido en el Poder Legislativo. Ni siquiera estoy seguro de la frecuencia con que los miembros del partido del Presidente votan según él lo solicita. Todavía hoy día me sorprende que estos y muchos otros aspectos del sistema político no reciban atención por parte de los científicos políticos costarricenses.

Al principio, me asusté por las implicaciones de esta observación. Originalmente, quería estudiar la campaña electoral de 1889-1890, la dictadura de Tinoco (1917-1919) y la guerra civil de 1948. La ausencia de fuentes secundarias confiables significaba que tendría que analizar una gran cantidad de documentos primarios con el fin de entender las leyes electorales, los debates de los partidos y las estrategias y las decisiones tomadas por los políticos de oposición y los que buscaban ser reelectos.

Afortunadamente, me las arreglé para encontrar colegas en Costa Rica que estaban trabajando en temas similares. Para entonces, el director del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Costa Rica, Víctor Hugo Acuña, me invitó a unirme al grupo del Centro que trabajaba en historia política. Durante los meses siguientes, llegué a conocer a la mayoría de los miembros de este taller y los temas de sus investigaciones: Claudio Vargas, quien estudiaba la Iglesia y el Estado a finales del siglo XIX; Mercedes Muñoz, quien estaba a mitad de su investigación sobre la declinación del ejército costarricense; Ana Cecilia Román, quien estudiaba las finanzas públicas antes de 1948; y los hermanos Salazar Mora, Orlando y Jorge Mario.

Como director del taller, Orlando Salazar Mora estaba completando un trabajo sobre la política en Costa Rica entre

1870 y 1914, su contribución a la *Historia de Costa Rica* escrita por investigadores del Centro de Investigaciones Históricas, el cual fue publicado en 1990.

Las reuniones iniciales del grupo fueron bastante útiles; periódicamente, nos reuníamos para criticar los borradores del libro de Orlando Salazar Mora. Estas reuniones servían para informarnos sobre el trabajo de los demás. En estas ocasiones, a menudo identificábamos temas que ameritaban estudio futuro, así como también áreas de interés común. Creo que comenzó a emerger un consenso en el sentido de que la historia de las instituciones políticas en Costa Rica era deficiente, tanto empírica como teóricamente.

Al leer de nuevo el puñado de fuentes secundarias sobre la política antes de 1948, personalmente llegué a la conclusión de que gran parte de la investigación existente no se basaba en una inspección a fondo de las fuentes primarias. Ningún historiador, por ejemplo, se había molestado en editar las leyes y reformas electorales de la República de manera sistemática. Si bien los hermanos Salazar Mora habían escrito visiones panorámicas de las reformas electorales, no habían analizado los debates sobre la ampliación del sufragio ni sobre las transformaciones de las prácticas electorales; sus cronologías, por ejemplo, ni siquiera presentaban un conjunto completo de los resultados electorales para los poderes Ejecutivo y Legislativo.

La ausencia de investigación sistemática sobre la política costarricense contrastaba ampliamente con el trabajo que hacían los historiadores sociales y económicos. En ese entonces, al igual que ahora, salían a la luz investigaciones pioneras sobre el comercio internacional y nacional, así como sobre la estructura de clases y la demografía de la economía cafetalera. Los académicos, tanto de la Universidad de Costa Rica como de la Universidad Nacional, no sólo estaban llevando a cabo una investigación exhaustiva de las fuentes primarias sobre estos temas, sino que además leían profusamente sobre las historias de otros países con el fin de

mejorar la forma de estudiar el pasado y de escribir la historia. Pronto llegué a la conclusión de que, con una o dos excepciones, a muy pocos historiadores les preocupaba el empleo de teorías provocativas y metodologías sofisticadas con el propósito de entender la política costarricense. La gran mayoría de los científicos políticos costarricenses también parecían estar más interesados en aconsejar a los posibles candidatos a la Presidencia o en encontrar un trabajo lucrativo, ya fuera en la política o en otro lugar, que en producir estudios sistemáticos de su sistema político.

Mientras llegaba a estas conclusiones, me sumergí en las aguas de la colección de periódicos de la Biblioteca Nacional. Decidí comenzar a estudiar la década de 1940 mediante la lectura de las actas de las sesiones del Congreso, que entonces se publicaban en *La Gaceta*. Desafortunadamente, las transcripciones hechas originalmente por escribanos legislativos no se pueden encontrar en el Archivo Nacional ni en los archivos de la Asamblea Legislativa. Después de pasar varios meses leyendo este periódico, decidí revisar *La Prensa Libre*.

En las páginas de *La Prensa Libre*, descubrí un mundo que no habían examinado quienes habían escrito libros y artículos sobre los años anteriores a la guerra civil de 1948. Las interpretaciones prevalecientes enfatizaban que la guerra era la culminación de una serie de conflictos entre los gobiernos que buscaban la reforma social y una oposición alineada con la oligarquía nacional. También tendían a suponer que la victoria lograda por Figueres Ferrer y un ejército improvisado sobre las fuerzas gubernamentales guiadas por Calderón Guardia y Mora Valverde, representaba un triunfo para las clases medias. Pronto empecé a desconfiar de estas aseveraciones, porque parten de la premisa de que los partidos son poco más que un reflejo de intereses de clase en forma pobre definidos. La tesis engañosamente simple de las narrativas existentes sobre la guerra civil de 1948, así como esta dudosa premisa, ahogan el debate sobre los orígenes de

este conflicto y cierran la puerta al estudio de la problemática relación entre los intereses de clase y la acción política.

Lo que encontré en las páginas de *La Prensa Libre* fue una gran cantidad de conflictos, pleitos y disputas en torno al control del aparato estatal. Los voceros de la oposición rara vez criticaban al gobierno por su agenda reformista. En su lugar, atacaban crudamente lo que llamaban el caldero-comunismo por valerse del fraude electoral para mantenerse en el Poder Ejecutivo y en el Legislativo. La política en la década de 1940 giraba, entonces, no en torno a proyectos de clase en contienda, sino en torno a las disputas y estrategias de facciones favorables y desfavorables al gobierno, que luchaban por retener o por ganar control del Estado.

Contrariamente a lo que dicen las narraciones de los 40 teñidas de liberacionismo, también encontré que Figueres Ferrer, el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales y el Partido Social Demócrata jugaron papeles importantes, pero secundarios, en los años 40. Los políticos claves durante esta década incluían a León Cortés Castro, Fernando Castro Cervantes, Manuel Francisco Jiménez Ortiz, Teodoro Picado Michalski, Otilio Ulate Blanco y muchos otros. Fueron estos y otros hombres los que dominaron el debate y la acción política, no los fundadores de un partido que no logró prominencia sino hasta los años 50. El hecho de que tantos estudiosos de los 40 hayan dedicado tanto tiempo a describir los ideales y las acciones emprendidas por el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales y por el Partido Social Demócrata, ambos precursores del Partido Liberación Nacional fundado por Figueres Ferrer en 1951, demostraba la forma cómo las tendencias ideológicas de los costarricenses de después de la guerra civil habían distorsionado la comprensión del pasado.

Llegué a creer que estos hallazgos debilitaban la validez de las imágenes existentes de los años 40 en Costa Rica. Su importancia, sin embargo, no surgía tan solo del hecho de que contradecían las narraciones prevalecientes. Más bien,

las páginas de los periódicos costarricenses revelaban un mundo de políticos que formaban y rompían alianzas; que atacaban y defendían partidos cuyo éxito dependía de la habilidad de líderes capaces de movilizar el apoyo de maquinarias locales y de los votantes. Pronto me convencí de que el objetivo de cualquier investigación sobre el desarrollo de las instituciones democráticas, en un sentido más amplio, o sobre los orígenes de la guerra civil de 1948, requería explicar la forma en que las decisiones tomadas por cada facción política estaban moldeadas por las decisiones que tomaban todos. También llegué a la conclusión de que la naturaleza infinitamente estratégica de la acción política en Costa Rica giraba en torno a la posibilidad de mantener o de ganar el control del Estado.

Después de leer *La Prensa Libre*, comencé a tomar apuntes de los periódicos *Diario de Costa Rica* y *La Tribuna*, los cuales revisé en el Archivo de la Curia Metropolitana. Al igual que en *La Prensa Libre*, en estos periódicos abundaba la información sobre las posiciones estratégicas que tomaban los movimientos que favorecían al gobierno o que se le oponían. A diferencia de este periódico, el *Diario de Costa Rica* y *La Tribuna* contenían mucho más información sobre política. Como principal vocero, tanto de la oposición como de Otilio Ulate Blanco, el *Diario de Costa Rica* reproducía los discursos completos de los principales críticos de Calderón Guardia, de Mora Valverde y de Picado Michalski. Como diario que favorecía al gobierno, *La Tribuna* también publicaba los discursos de todos los que hablaban favorablemente de la gestión gubernamental.

Si bien la lectura de los periódicos arrojaba mucha luz sobre los eventos de los años 40, este proceso demostró ser muy laborioso y lento. Durante la mayor parte de mis dos años en Costa Rica, me levantaba temprano, me duchaba, me preparaba el desayuno e iba a la Biblioteca Nacional o al Archivo de la Curia Metropolitana. Generalmente, leía de cuatro a seis horas diarias y recogía de ocho a dieciséis

páginas de notas. Mi tarea se hizo aún más difícil debido a que era prohibido sacar fotocopias de los periódicos, como resultado de la necesidad de conservar el registro del pasado costarricense que poco a poco se desintegraba (para un país tan preocupado por su pasado, es poco menos que escandaloso que no se haya hecho un gran esfuerzo para microfilmear la rica colección de periódicos que posee la Biblioteca Nacional). Después de meses en esa actividad, llegué a tenerles un gran respeto a los historiadores: investigar en fuentes primarias es un trabajo agotador.

La magnitud de la tarea que implicaba el tratar de entender los años 40 me obligó a modificar mis planes de investigación. Comencé a dudar de que pudiera llevar a cabo una investigación similar sobre las elecciones de 1889-1890 y sobre los orígenes de la dictadura de los Tinoco. El estar viviendo en Costa Rica durante lo que la administración de Óscar Arias Sánchez (1986-1990) y muchos otros llamaban el «Centenario de la democracia costarricense», me convenció de que la importancia de 1889 era básicamente ideológica. Aunque la administración que buscaba la reelección, guiada por Bernardo Soto Alfaro (1886-1890), le cedió en efecto el poder estatal a la oposición, lo hizo tan solo debido a que la protesta masiva organizada por la Iglesia y por varios políticos de la oposición amenazaba con desestabilizar el régimen. Considerar esta elección como un triunfo del pueblo y no como un esfuerzo fallido por retener el control del Estado, crea un mito que impide ver claramente la forma como se ejercía el poder en la Costa Rica del siglo XIX. Más aun, señalar esta fecha como el inicio de la democracia costarricense descarta el hecho de que presidentes posteriores, incluyendo a José Joaquín Rodríguez Zeledón (1890-1894), a menudo trataron, ocasionalmente con éxito, de imponer a sus sucesores en la Presidencia.

Sin embargo, existen razones legítimas para estudiar los orígenes y los hechos posteriores a la dictadura de Tinoco. De hecho, creo que tomar las instituciones políticas en serio

podría fácilmente llevarnos a la conclusión de que Tinoco Granados fue capaz de crear una dictadura de corta duración porque condujo a un grupo de personeros ambiciosos que no solo obtuvieron el apoyo de banqueros y de otros capitalistas, furiosos con el Presidente de entonces, Alfredo González Flores (1914-1917), por haber creado un banco estatal y por haber aprobado algunos impuestos directos. Creo que el golpe de Estado tuvo éxito porque Tinoco y sus cómplices obtuvieron el apoyo de miembros prominentes de la clase política, incluyendo a Cleto González Víquez y a Rafael Iglesias Castro, porque el Presidente González Flores había impedido que sus opositores lograran más que un puñado de curules en las elecciones de medio período de 1916, y porque se rumoreaba que quería postularse para un período adicional. A pesar de mi deseo de establecer un debate en torno a este período de la historia de Costa Rica, decidí no hacerlo debido a la gran cantidad de tiempo que requería el estudio de los años 40.

III

Durante el primer año y medio de mi estadía en Costa Rica un número desproporcionado de mis amigos eran gringos y otros extranjeros. Por lo general, tenían entre 19 y 30 años y estaban en Costa Rica investigando o simplemente experimentando con la vida en los trópicos. Eran (y son) un grupo fascinante de gente, aunque representativos quizás de los expatriados educados, cuestionadores y en gran parte gringos.

Una razón clave por la cual pasábamos tanto tiempo juntos era la dificultad para hacer amistad con los costarricenses. Con pocas excepciones, la mayor parte de los costarricenses se mantenía distante, aun cuando los viera regularmente. En una ocasión pasé varios días en una playa en Guanacaste con varios amigos costarricenses sin que en realidad me sintiera parte del grupo. El hecho de que me sintiera

así, sin duda, se debía en parte a que las personas provenientes de culturas diferentes siempre tienen dificultad para acercarse. También era resultado del hecho de que ellos habían sido amigos entre sí desde la infancia y respetaban las reglas de interacción social que yo apenas empezaba a entender.

Una de estas reglas era que las visitas a la casa estaban restringidas a los miembros de la familia y a los amigos muy cercanos. Me intrigaba que esos amigos que fueron lo suficientemente amables para invitarme a ir con ellos a la playa nunca me pidieron que los visitara en sus casas. A menudo, hablábamos largo rato por teléfono, pasábamos juntos noches y hasta días, pero nunca nos reuníamos en la casa de alguien. Con otros amigos y colegas también noté que, por ejemplo, la hora de almuerzo rara vez era una oportunidad para continuar o para iniciar una conversación. Al mediodía en punto, las personas se dispersan en sentidos opuestos, cada uno en dirección a una casa cuyo interior se mantenía seductoramente prohibido para todos los demás.

El carácter sagrado que tiene la casa para los costarricenses se hacía conspicuo el domingo. En este día de descanso (cuando están cerrados muchos establecimientos comerciales), los miembros de cada familia emigran a la casa de la mamá para un gran almuerzo después de ir a misa o de levantarse tarde por haberse acostado tarde después de una noche fuera. Usualmente después de almuerzo, los hombres se instalaban a ver la porción dominical de juegos de fútbol. Las mujeres, que tendían a interesarse mucho menos en los deportes organizados, lavaban los platos y luego se reunían a compartir los últimos chismes sobre los familiares y amigos. A menos que un gringo o extranjero fuera lo suficientemente afortunado para ser invitado a dicho evento o que organizara el suyo, los domingos eran monótonos y muy aburridos.

El hecho de que los costarricenses parecían comportarse en forma tan diferente de los gringos no es, creo yo, sorprendente: los miembros de ambas culturas tienden a ser amistosos. A pesar de esta similitud externa, los ticos y los gringos

son bastante diferentes. Los ticos son en general amables, introvertidos y los mueve el deseo de mantener buenas relaciones con todos los que conocen. Los gringos también son amables pero más extrovertidos y directos: dicen lo que sienten, ya sea descarada o cortésmente.

Estas diferencias entre ticos y gringos se ven reforzadas por otras más. Mientras los gringos son puntuales y directos, los ticos son impuntuales, oblicuos e indirectos. Estas diferencias se pueden expresar de otro modo: mientras los ticos son tranquilos y afables, los gringos están esclavizados por el tiempo y dominados por la creencia divertida de que la relación entre lo que se dice y lo que se hace es directa. Un ejemplo puede ilustrar estas observaciones que, si bien es cierto, son generales.

Aproximadamente en abril de 1989, la Maestría en Historia de la Universidad de Costa Rica me hizo una oferta para que diera durante el segundo semestre de ese año un curso de metodologías políticas. Yo, por supuesto, acepté y comencé a reunirme con mis estudiantes en agosto. Antes de que comenzara a impartir este seminario, se me informó que quizás pasarían varias semanas antes de que recibiera mi salario debido a la tarea supuestamente onerosa de inscribirme en la Caja Costarricense de Seguro Social, de incluir mi nombre en la planilla de la Universidad y cosas así. Yo estaba preparado para un atraso de un mes, pero no para lo que en última instancia se convirtió en una espera de tres meses para recibir un dinero que sin discusión era mío.

¿Cómo debería haber reaccionado? Todavía no estoy seguro. En ese momento, sin embargo, respondí muy agresivamente. Por ser muy gringo, traté de hablar con las autoridades del caso sobre lo que consideraba era una injusticia contra mí y contra todos los demás que eran tratados así por parte de la burocracia de la Universidad de Costa Rica. Al final, perdí la paciencia frente a una secretaria en las oficinas del Sistema de Estudios de Posgrado (SEP) después de que su superior, una administrativa del SEP, no pudo ayudarme a

resolver el problema. No podía creer que la señora administradora no quisiera ayudarme y, lo que era aún peor, que creyera que yo era impaciente y grosero.

Me sorprendió saber cuál era la idea que la señora administradora tenía de sus deberes. En vez de aceptar como obligación suya el asegurarse de que se me pagara a tiempo, alegaba que su responsabilidad había concluido en el momento en que envió los documentos sobre mi nombramiento a otra oficina para que se continuara con el trámite. Para ella era irrelevante si el proceso se cumplía rápida y eficazmente o no. También creía que el atraso en el pago del salario a un empleado de la Universidad era algo común y aceptable. Años más tarde, el recuerdo de esta falta de profesionalismo ya no me enoja mucho, pero es una experiencia que no deja de sorprenderme.

Visto en retrospectiva, este incidente me enseñó mucho sobre los ticos y los gringos. Aunque todavía creo que este tipo de conducta es imperdonable (sugiero que todos los costarricenses que se ven obligados a esperar para recibir el pago y a seguir trabajando deberían declararse en huelga o, cuando menos, acudir a la Sala Cuarta), puedo entender por qué a los burócratas de la UCR les parecía muy extraño mi enojo. Después de todo, quien haya trabajado para la Universidad o para cualquier otra institución estatal se ve obligado a sufrir esta iniquidad. Mi queja de que nadie me había dicho claramente que esto iba a pasar sin duda les parecía divertida a los ticos, que no podían creer que un gringo en realidad pensara que las labores administrativas se pudieran hacer en forma directa y rápida. Como decía la señora administradora, “las cosas se hacen de esta forma en este país”.

Nunca podría aprender a aceptar este tipo de conducta indirecta y mucho menos los atrasos interminables para cumplir tareas que deberían ser rutinarias y hacerse con prontitud. Pero entiendo por qué mi conducta no solo no tenía ningún sentido, sino que era contraproducente. A menos que todos los costarricenses estén dispuestos a cambiar

su idea del tiempo y, en forma más general, la forma cómo se hacen las cosas en Costa Rica, las exhibiciones de enojo solo hacen que las personas ofendidas se frustren más.

Estas impresiones sobre las diferencias entre ticos y gringos son, por supuesto, generalizaciones y no se aplican necesariamente a todos. Después de pasar tanto tiempo en Costa Rica, conozco costarricenses a quienes también les molestan los retrasos y las formas indirectas de comunicación. De hecho, la secretaria de la Maestría en Historia se compadeció al ver que no pude recibir mi salario y, con autorización de Elizabeth Fonseca, entonces directora de la Maestría, fue conmigo todo un día, de oficina en oficina, hasta completar el trámite que la señora administradora del SEP no había hecho. Además, muchos estadounidenses, especialmente los del sureste, son conocidos por su forma indirecta de ser y por su excesiva preocupación en torno a la etiqueta de las relaciones sociales.

Descubrir que los costarricenses eran tan diferentes de lo que yo esperaba hizo que la vida fuera en especial retardadora para mí. Creo que incluso entre los estadounidenses, soy inusualmente franco. Si bien aprendí a modificar mi conducta, sufría no sólo porque me veía obligado a negociar una nueva forma de interactuar con la gente que veía todos los días, sino también porque descubrí que mi estilo se caracterizaba por un grado de impaciencia mayor al que creía tener. También llegué a la dolorosa conclusión de que cualquier grado de franqueza a menudo raya en grosería, especialmente en Costa Rica. Descubrí que vivir en otra cultura brinda una perspectiva muy especial, pero también que eso es como pasar mucho tiempo frente a un espejo cuyo reflejo está distorsionado: todas nuestras debilidades no sólo se reflejan, sino que se aumentan. Espero que mi perspectiva de gringo les haya ayudado a los costarricenses a aprender un poco más sobre su sistema; sé que el haber vivido en su país me enseñó más de lo que quería aprender sobre mí mismo.

Todavía no estoy muy seguro por qué los costarricenses son tan pacientes y se preocupan tanto por respetar las reglas de una sociedad cortés. Quizás la respuesta surja del hecho de que la gran mayoría de los costarricenses todavía se pasan la vida interactuando con las personas que conocieron durante los primeros diez años de su vida. Además, la mayoría de los costarricenses no sólo se ven obligados a tratar con el mismo grupo de costarricenses toda la vida, sino que rápidamente aprenden cuáles son los límites geográficos de un país que se puede cruzar en menos de un día manejando a velocidad normal. Parece ser por completo posible que el darle un gran valor a la cortesía y al decoro, a costa de la franqueza y la sinceridad, es algo que se da en sociedades relativamente pequeñas con una población sobre todo inmóvil. Creo que otro conjunto de razones tiene que ver con el clima tropical de Costa Rica.

Parte de lo que también sorprende a los extranjeros es lo increíblemente larga que es la estación lluviosa en Costa Rica. Entre abril o mayo y los primeros días de diciembre, gran parte del país se ve azotado por lapsos diarios de lluvias torrenciales. Recuerdo muy bien que todos los días de la estación lluviosa era posible comenzar con mucho sol y terminar con lluvia. La lluvia de Costa Rica no es simplemente agua que cae del cielo en cantidades suficientes para llenar las fuentes acuíferas e irrigar la flora. La lluvia de Costa Rica es de tal magnitud que podría irrigar la cosecha de maíz del medio oeste de los Estados Unidos, llenar el Mar Caspio si algún día se secaa o podría suministrar agua potable durante por lo menos un año a todos los habitantes de París. Sin duda, un beduino del desierto se moriría del susto si lo llevaran a Costa Rica entre los meses de abril o mayo y principios de diciembre.

El que llueva todas las tardes constituye entonces una parte inevitable de la vida. Viajar o llevar a cabo actividades al aire libre se convierte en una empresa arriesgada y hasta tonta, una vez pasada la una de la tarde. El aire de Costa Rica

se carga de humedad, la ropa se llena de moho en los armarios y el paisaje se cubre con los efectos de los aguaceros torrenciales. La flora y la fauna rezuman con la lluvia y con todo lo que esta sustancia arrastra.

La lluvia obliga a las personas a no salir y adormece los sentidos. Durante aproximadamente ocho meses al año, los costarricenses inviernan en sus casas. Limitados a la geografía del hogar y obligados a interactuar con un grupo limitado de personas durante toda la vida, se ven obligados a desarrollar reglas de conducta social que enfatizan la cortesía y el decoro. Ambos factores también estimulan a los costarricenses a desarrollar su universo psicológico o lo que llamaré, si se me permite jugar de pesado filósofo francés, su interioridad. Imposibilitados para desarrollar su exterioridad, internalizan la comunicación, de modo que el diálogo se torna superfluo.

IV

Al igual que para muchos otros gringos, la llegada de la estación seca transformó mi existencia. A principios de diciembre, las lluvias torrenciales se acaban una vez que los vientos del noroeste del Pacífico comienzan a arrastrar las lluvias hacia el Caribe. Las densas formaciones nubosas que cubren el país rápidamente dejan de controlar el cielo para dar paso al sol y al azul de la atmósfera.

Nuestro estado de ánimo también cambió rápidamente de tristeza y resignación frustrada al clima sorprendente de júbilo y esperanza. La sequedad, los rayos del sol tropical y el azul del cielo nos hacían esperar con ansia la llegada de cada nuevo día. Es así como el funcionamiento clandestino de la Tierra se encargaba de reavivar nuestro espíritu. Nosotros, los gringos expatriados, comenzábamos a explorar nuestros alrededores, dentro y fuera de San José. El tedio de los domingos de la estación lluviosa dio paso a días de camaradería y júbilo.

Con el cambio en nuestro estado de ánimo, comenzamos a descubrir lo increíblemente hermosa que es Costa Rica.

Desde la flora y la fauna del bosque nuboso tropical hasta el ritmo tranquilizante de las olas que llegan a las playas, la geografía del país es a menudo imponente. Los fines de semana y, para algunos, hasta los días entre semana, se tornaron propicios para viajar a los volcanes, a los parques nacionales y a las playas.

Hasta San José se transformaba en algo más bello durante la época seca. Ordinariamente, la capital de la República es sucia y desorganizada. Como muchas ciudades del Tercer Mundo, San José está llena de gente que tira sus desechos por la calle; además de que la gente no tiene la costumbre de buscar basureros, en realidad son pocos los basureros que se encuentran en la ciudad. La falta de planificación urbana también crea patrones de tráfico bastante irracionales. Por ejemplo, básicamente la única forma de cruzar la ciudad de oeste a este es a través del Paseo Colón y la Avenida Segunda. Dado el hecho de que la gran mayoría de la población depende del transporte público, las lluvias incesantes y la contaminación ambiental de los buses y carros (además del ruido) convierten a gran parte de San José en una ciudad desagradable.

La ausencia de lluvias dejaba que el sol brillara. Lo mojado, lo sucio de la ciudad durante el invierno, era reemplazado por el azul del cielo y la brisa del Pacífico. En la medida en que se acercaba la Navidad, las calles se llenaban de gente debido a las demandas de Papá Noel. Aunque probablemente había más personas caminando por San José en busca de regalos para sus familiares y amigos, la llegada de la estación seca en sí misma transformaba la ciudad en algo más alegre y menos sucio y congestionado.

Mi experiencia más memorable incluye un largo fin de semana en el Parque Nacional Manuel Antonio con un grupo de canadienses, gringos y ticos durante la celebración del año nuevo en 1989. Situado en una playa de la provincia de Puntarenas, la cual cubre la mayor parte de la costa pacífica del país, Manuel Antonio ofrecía una combinación ideal de

bosque tropical húmedo, un grupo hermosísimo de playas en forma de media luna y muchas de las facilidades de la vida de finales del siglo XX. Nuestros días comenzaban relativamente temprano, abundantes desayunos con huevos, gallo pinto y café, durante los cuales comparábamos apuntes sobre Costa Rica y sobre los costarricenses, sobre los libros que habíamos leído, películas que habíamos visto y otras actividades de esa índole. Luego nos íbamos a las playas, donde pasábamos la mayor parte del día bajo los árboles, nos bañábamos y continuábamos nuestras pláticas.

La única interrupción era la llegada de monos cariblanco que buscaban lo que les ofrecían costarricenses y turistas de prácticamente todas las nacionalidades. Mi hora preferida del día siempre era el atardecer: ver cómo el sol se ocultaba en el horizonte y se producía un color brillante que aún hoy me parece maravilloso. Después de quitarnos la arena del cuerpo, cenábamos en uno de los varios restaurantes decorados con muy buen gusto que se encuentran en la montaña que domina la playa de Manuel Antonio.

Nunca dejé de maravillarnos la belleza de las playas de la costa pacífica, como Manuel Antonio, o las de Guanacaste. Si cierro los ojos todavía recuerdo el color turquesa intenso del cielo y del océano contra la arena y los árboles. No tardo mucho en recordar los ritmos hipnóticos de las olas que revientan en la playa y la tibieza del agua. Yo, al menos, nunca me cansaba de simplemente observar el entorno; todavía creo que el tiempo que pasé en ese ambiente puede lograr que el pesimista más obstinado se convenza de que es posible tener esperanza. Purificado de la corrupción del espíritu humano, cualquiera puede alejarse de un sitio así listo para enfrentar los retos de la vida.

Habiendo sobrevivido a la estación lluviosa para prosperar en el sol de la estación seca, nuestras vidas cambiaron rápidamente. Conforme desaparecían con rapidez los lapsos diarios de sol, nuestro grupo de expatriados comenzó a desintegrarse. Muchos se fueron para Estados Unidos o Canadá,

mientras otros se dedicaban a la investigación o a sus trabajos. Como lo comentara una amiga tica, la vida de los gringos jóvenes en el trópico es demasiado idílica como para que dure mucho.

Los que nos quedamos también nos dimos cuenta de que no era imposible hacer amistad duradera con los ticos. Como todo lo demás en Costa Rica, esa empresa requiere paciencia y el deseo de descifrar una cultura diferente de la nuestra. Unos pocos de nosotros pudimos romper con éxito las barreras culturales que separan a ticos y gringos. Otros aprendieron a aceptar estas diferencias y a negociar espacios que fueran comprensibles tanto para ticos como para gringos. Todos, sin embargo, quedamos marcados para siempre por nuestra estadía en la idiosincrática y particular República de Costa Rica.

SIETE APROXIMACIONES AL ESTUDIO DE COSTA RICA

Steven Palmer

Para aproximarse a algo, se requiere partir de algún punto. Sin embargo, comenzaré por confesar que realmente no soy de ninguna parte, lo cual no quiere decir que venga de la nada. El haber nacido en Montreal, Quebec, en sí sugeriría que tengo un origen, si no fuera por el hecho de que mis padres emigraron de Inglaterra (aunque parece que, por parte de mi madre, mis antepasados eran franceses). Cuando tenía doce años, nos fuimos a vivir a Saint John's, Newfoundland, en donde considero que crecí un poco. Luego asistí a la universidad en Vancouver, Columbia Británica, donde crecí algo más. Por lo tanto, no soy realmente *quebe-cois*, ni *newfoundlander*, ni inglés. Lo único que se puede decir es que soy un canadiense anglohablante de primera generación, lo cual, por supuesto, significa que no soy realmente americano (en ninguno de los sentidos del término).

Si bien algunos de mis amigos costarricenses establecen una ecuación metonímica y chistosa entre mi origen inglés y un linaje noble, desafortunadamente no puedo reclamar títulos ni propiedades, ni siquiera unos que se pierdan en la niebla de una remota edad dorada. Hasta donde sepamos, que no es muy lejos en el tiempo, las dos ramas de mi familia parecen haber sido artesanos o pequeños burgueses: taberneros, capitanes de pequeñas embarcaciones, dueños de taxis, carniceros, empleados... Mi padre es un investigador químico

que se convirtió en funcionario público y, más recientemente, en consultor económico; mi madre es una ama de casa que se hizo profesora de secundaria, profesión de la cual se jubiló recientemente. Los dos han tenido siempre en muy alta estima la educación, como ha sido el caso con la lectura, la escritura y la conversación. Esta es en realidad una de las razones por las cuales nunca he dejado del todo de estudiar. Fue durante el último año del bachillerato que decidí continuar mis estudios en el campo de la historia latinoamericana, y fue así como en el verano de 1984 tuve, sin pensarlo, mi primer encuentro con Costa Rica.

Primera (dos en una)

Viajaba de ciudad de Panamá a Managua en Ticabús, una supuesta línea de transporte, y tenía que cambiar a otro autobús en San José. Llegamos ahí con tres horas de retraso, a las dos de la mañana, y el autobús a Managua no salía hasta las diez del día siguiente. El autobús había atravesado la oscuridad, la lluvia y la neblina desde la frontera, pasando casi siempre por montañas invisibles. La estación josefina de Ticabús es un sitio lamentable, y esa noche se hizo más triste y descorazonadora conforme los pasajeros que formaban un pequeño grupo se reunían con sus conocidos y abandonaban el lugar. Supongo que me habría acurrucado ahí con mi maleta, bajo el alero de la estación a oscuras, fumando y esperando la luz del día, con la esperanza de que pasara lo mejor, si no hubiera sido por un joven panameño llamado Rubén, que había viajado en el mismo autobús. Él se iba a quedar con una amiga en San José, pero consideró que ya era muy tarde para llamarla, de modo que iba a esperar hasta la mañana. Tenía un par de maletas y bajo el brazo llevaba un gran portafolio. Había estado en San José antes y me invitó a acompañarlo a un sitio que conocía y en donde se podía comer a cualquier hora. Así, para bien o para mal, mi primer contacto con Costa Rica fue Chelles.

El sitio estaba muy concurrido pero pudimos conseguir una mesa en una esquina. Rubén examinó el lugar con un poco de paranoia y susurró que estábamos en medio de “mala gente”. Yo lo consideraba bastante acogedor, tomando en cuenta las otras alternativas. Ordenamos un emparedado y muchas tazas de café y observamos a las prostitutas que iban y venían, así como a los otros noctámbulos que entraban y salían. Rubén era artista y estaba en San José para exponer sus obras. Después de un rato abrió el portafolio y me enseñó algunos de sus trabajos. Me parecieron bastante buenos. En general, eran piezas que había hecho mientras trabajaba con niños y con pacientes con problemas mentales, así como algunos grabados de los indígenas de San Blas, que había dibujado durante una visita a las islas. Rubén tenía ojos de venado y durante toda la noche habló en voz baja, con una ingenuidad extrañamente nerviosa, sobre los ideales revolucionarios. Estuvimos ahí durante horas, e hice lo posible por seguirle la conversación a pesar de mi pésimo español. Al amanecer me regaló un grabado en cobre de una mujer cuna que exhibía su tatuaje facial y tenía la cabeza cubierta al estilo tradicional. Intercambiamos direcciones y, años más tarde, durante el preámbulo de la invasión de 1989, recibí una tarjeta postal de un barco de la marina de los Estados Unidos que atravesaba el canal, con la leyenda “No pasarán los yanquis!”, escrita con tinta sobre el barco y, al reverso, con la misma letra: “Hola, Steve. Espero que todo esté bien. Abrazos. Rubén”. Finalmente, el autobús partió hacia Managua.

¿Por qué me dirigía hacia allá? Una respuesta completa requeriría una larga incursión en temas muy complicados como las circunstancias éticas de mi crianza, o la clase de amistades que había hecho a lo largo de los años, por no mencionar el papel prominente del azar. La respuesta corta es que, al regresar de Ecuador, donde pasé el verano con la familia de un amigo chileno que conocí en Vancouver, con el fin de aprender español antes de comenzar los estudios de

posgrado en Nueva York, hice una parada en Panamá para visitar Nicaragua. Me parece que esta respuesta confunde mucho. Aunque este destino costarricense mío es arbitrario en casi todos los aspectos, quizás valga la pena tratar de aclararlo un poco mediante una respuesta intermedia.

Ninguna de las personas que había conocido en mis primeros veinte años tenía ninguna relación directa con América Latina, aunque hay unas cuantas excepciones menores. Primero, los viajes de un antepasado: mi abuelo, Harley Palmer, a quien apenas si conocí, fue uno de los primeros operadores de telégrafo que se graduaron de la escuela de la Compañía Marconi, y a menudo se detenía en los puertos de América Latina. Segundo, una curiosa coincidencia: justo antes de trasladarse a Montreal, mi padre había estado a punto de emigrar a Ecuador, pero el puesto de químico en una compañía petrolera se canceló debido a la crisis en el Canal de Suez. En tercer lugar, una consecuencia lógica del estrato intelectual de las transnacionales al cual pertenecía mi padre: el señor Bonamolo, uno de sus amigos en la planta de Gulf Petrochemicals en Shawinigan, era un egipcio, ingeniero en plásticos, que había pasado gran parte de su vida en Brasil, y recuerdo claramente no sólo que nos reunimos con su familia en varias ocasiones, y que incluso jugué con su hijo, sino también que vi la bandera brasileña en un libro y me pareció que era realmente hermosa. Su esposa se llamaba Fortuna. Ninguna de estas conexiones tenues pudo haber tenido alguna influencia formativa en mí y, sin embargo, pues ahí están.

De alguna manera, “con los años”, como dicen, había empezado a identificarme con toda clase de perdedores y a tener una actitud en extremo cínica hacia la autoridad. Quizás esto tuviera algo que ver con mi propia debilidad física cuando era niño. Puede haber sido un residuo de sensibilidad de los años 60, quizás absorbida un verano mientras veía por televisión las audiencias sobre el caso Watergate. También me siento tentado a mencionar a mis amigos de secundaria y

nuestra complacencia con Charlie Parker, Miles Davis y otros tipos de música antiautoritaria, en tanto conformábamos nuestras propias identidades en la periferia subdesarrollada de América del Norte. Simplemente la clave podría estar en que mis padres eran muy justos y honestos conmigo y con los demás. Era todo y nada, pero sí recuerdo que en el otoño de 1979 tomé conciencia de que se libraba una lucha en Centroamérica y de que los sandinistas eran jóvenes rebeldes y populares que luchaban contra las injusticias con que los tiranos apoyados por los Estados Unidos colmaban el Tercer Mundo. De repente parecía obvio quiénes eran los buenos y que la revista *Time* (edición canadiense, por supuesto), que había leído fielmente desde que tenía cerca de doce años, estaba sesgada y mentía sobre lo que había pasado en Nicaragua y sobre lo que iba a pasar ahí en el futuro. Incluso recuerdo la foto de la Junta.

En realidad, no pasé mucho tiempo con los líderes de la solidaridad con Centroamérica en la Universidad de Columbia Británica. Sí pude apreciar algo de las nuevas ideologías radicales cuando compartí la vivienda con una persona que trabajaba a tiempo completo para el periódico estudiantil y me emborraché con él en unas cuantas fiestas anárquicas posteriores a la época *punk*. La mayor parte del tiempo me la pasaba bromeando en el Café Madeleine con algunos buenos amigos que eran básicamente futuros artistas e intelectuales jóvenes, parecidos a mis amigos de Newfoundland. Como estaba interesado en la política, me matriculé en ciencias políticas y las odié. Un amigo me convenció de que quizás la historia me podría emocionar; era un punto de coincidencia más o menos bueno para los intereses dispersos que había acumulado.

Por esa época sucedieron algunas cosas que comenzaron a empujarme hacia lo que hago ahora. Una profesora realmente buena, llamada Catherine Legrand, daba un curso de historia mexicana que tomé, me gustó muchísimo y aprobé con éxito. Ese verano obtuve un trabajo de medio tiempo

como su asistente de investigación, y se me asignó la fabulosa tarea de explorar los archivos de la B. C. Sugar Company relativos a una plantación que había operado en la República Dominicana durante la era de Trujillo. También comencé a compartir la vivienda con un tipo que había pasado un año en Nicaragua y en otras partes de América Latina y que planeaba hacer estudios de posgrado sobre política latinoamericana. De hecho, varios de mis amigos estaban solicitando admisión para ir a escuelas de posgrado en los Estados Unidos, y de ellos obtuve la increíble información de que estas universidades en realidad le pagaban a uno para sacar un doctorado, con solo que uno pudiera negociar el difícil laberinto de las solicitudes, las pruebas estandarizadas y las fechas límites. A mí me pareció que esta era la alternativa perfecta en vez de unirme a la fuerza laboral.

La decisión de estudiar historia de América Latina se basaba en un razonamiento bastante amorfo. En parte era tan sólo una combinación de un interés de mucho tiempo atrás en el Tercer Mundo, quizás un impulso misionero residual, y de la feliz experiencia de haber tenido a Catherine como profesora. En parte tenía como fin diferenciarme de muchos de mis otros amigos que estaban solicitando admisión en escuelas de posgrado, la mayoría de ellos en literatura comparada o en inglés. Me intrigaba el estudio de la literatura y los nuevos y fascinantes trabajos de crítica de los que todos hablaban (esta era la época en que la academia norteamericana fue invadida por la filosofía francesa moderna), pero no era tan bueno en ese campo como todos mis amigos, y temía competir con sus cerebros en las pruebas finales de las escuelas de posgrado. Sobre todo, recuerdo que no solo estaba interesado en sumergirme en el estudio de la historia o la literatura europea o norteamericana. Tenía la idea, leve pero no equivocada, de que estos campos estaban mucho más densamente poblados de académicos y que esto significaría que tendría que hilar muy delgado en vez de navegar en aguas menos exploradas. También tenía la vaga idea de que

estudiar Europa sería retroceder, que estudiar Canadá y los Estados Unidos sería no ir hacia atrás ni hacia adelante, mientras que estudiar América Latina sería avanzar. La extraña dinámica de este diagrama mental, sin embargo, me impulsaba muy fuertemente en términos de mis propias experiencias y sesgos, y a mí me parecía que tenía sentido poético, en ese lugar y en ese momento.

El “boom” de la literatura latinoamericana estaba vigente, y comencé a jugar con la vaga idea de estudiar la historia intelectual de América Latina. Les escribí a un par de personas que estaban en ese campo, Julianne Burton y Richard Morse, quienes amablemente me respondieron dándome buenos consejos (recientemente encontré sus cartas y por fin pude entender lo bueno que había sido su consejo). Decidí que quería vivir en Nueva York o en San Francisco, y solo solicité admisión en universidades cerca de esas ciudades. Había escogido Columbia porque Jean Franco, cuyo libro sobre la sociedad y el artista había leído, estaba ahí. Estoy seguro que tuve mucha suerte al ser admitido, y sé que probablemente decepcioné a Herb Klein, mi consejero, ya que me aceptó con base en el trabajo de archivo que había hecho para Catherine Legrand y esperaba que yo fuera lo suficientemente razonable como para continuar en esa línea de trabajo. De todas formas, fui admitido y decidí ir ahí. En ese momento, no había nada más que hacer.

Durante mi último semestre en Vancouver, Catherine impartió un curso de historia de América Central; me matriculé con mucho interés y escribí un trabajo sobre Carlos Fonseca Amador y la base ideológica del FSLN. Fotocopié la colección de escritos de Fonseca Amador que tenía el novio de Catherine, que acababa de regresar de Nicaragua, luché a brazo partido con el español, reconociendo las palabras que tenían cognados de origen latino y escribí una tesis corronga. Por supuesto, parte del trato con Columbia era que tendría un cierto dominio del español antes de llegar, y Felipe, mi amigo chileno, me había invitado a pasar el verano

con su familia y a tomar clases de español en Quito. Así lo hice, pero esa es otra historia.

El boleto para mi viaje de regreso de Quito a Nueva York incluía una escala optativa en Panamá y decidí hacerla, convertirme en turista de la revolución nicaragüense y ver qué literatura sandinista podía comprar para ponerle carne nueva a mi trabajo anterior y convertirlo en una tesis de maestría. Y así, finalmente, es como me encuentro en un autobús hacia Nicaragua en el verano de 1984, y así es como llegué a pasar una noche en un sórdido restaurante en una ciudad extraña de la cual no sabía nada, en un país que entonces consideraba poco menos que un puente para mi viaje preacadémico a la tierra prometida de la salvación revolucionaria.

Por supuesto, no encontré nada, ni hice nada profundo en Nicaragua. El país estaba destrozado por la guerra y yo deambulaba estúpidamente, con muy poco dinero, un ligero conocimiento del español, sin amigos y sin capacidad de ofrecerle nada a nadie. Hubo algunos momentos agradables: comprar una copia de *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, de Omar Cabezas, y sentarme a leerlo en el mismo sitio de la plaza central de León, donde se inicia la narración; tomar tragos de ron con unos hombres desempleados en la playa cerca de Poneloya, el más viejo de los cuales se deleitaba recitando a Darío mientras nos emborrachábamos bajo el sol y yo me ponía rojo como un camarón; escribir cartas a la luz de una vela en el balcón de mi habitación en un hotel pequeño y destartado, que era una de las pocas cosas que todavía quedaban en pie en el área desolada del antiguo centro de Managua; tirarme en la playa en San Juan del Sur y ver a los beatos trabajadores de la ayuda exterior vacacionando en sus Eurovans nuevos...

Decidí regresar a Panamá en una serie de autobuses locales en vez de arriesgarme de nuevo con los horrores de Ticabús. En la frontera entre Nicaragua y Costa Rica, me encontré con un danés muy amigable y caminamos por la

tierra de nadie hasta el complejo aduanal de Costa Rica en Peñas Blancas. Recuerdo lo siguiente. Era un ardiente día de agosto. La hierba a lo largo de la carretera era alta. No había tránsito. Escuchamos el fuego de armas automáticas: un sonido inquietante que nos dio una pausa. Hicimos un par de chistes nerviosos y continuamos. Luego, una patrulla de soldados emergió de la hierba a unos cuantos centenares de metros frente a nosotros. Eran como ocho y no todos estaban bien uniformados. Nos asustamos mucho, pero no podíamos hacer nada sino continuar caminando con la esperanza de que no fueran contras que quisieran matar a un par de simpatizantes menores de los comunistas. Quizás lo eran, pero en todo caso tan solo pasaron junto a nosotros mientras sosteníamos la respiración y desplegábamos un par de sonrisas amplias y rígidas. Después, los oficiales de aduana costarricenses examinaron nuestras maletas con desgano y horas más tarde abordamos un autobús para San José, donde llegamos aproximadamente a las once de la noche. El danés me consiguió una pensión decente donde él se había hospedado antes y luego se fue donde una familia que había conocido en su visita anterior.

Al día siguiente consulté mi *Latin American Handbook* y pasé la mañana escribiendo cartas en el café del Teatro Nacional. Esta fue la primera vez que disfruté el esplendor de la época liberal. El sol que entraba por las ventanas inundaba el café, el aire era fresco y el café también; el fresco de mora estaba frío y los saloneros eran corteses. Era el primer sitio cómodo de reposo burgués que experimentaba en semanas y lo disfruté. Pero al poco tiempo ya me encontraba a bordo de otro autobús que esa noche me puso en Golfito. El pueblo estaba desierto pues acababa de pasar por la huelga y la deserción posterior de la compañía bananera. Sólo tres miserables hoteles de prostitutas y un restaurante chino estaban abiertos. Encontré un muchacho de más o menos quince años y con serios defectos físicos, quien me dijo que un doctor de los Estados Unidos le había ofrecido

hacerle gratis una cirugía reconstructiva cuya técnica apenas se iniciaba. También me explicó las recientes desgracias del pueblo. Dormí muy mal esa noche pegajosa. Al día siguiente tomé otro autobús hacia la frontera con Panamá, y unos cuantos días después iba en un avión hacia Nueva York.

Ese fue mi primer encuentro con Costa Rica. Es una historia lo suficientemente sórdida, impulsada por una curiosidad intelectual mal dirigida y de dudoso origen, y por un romanticismo un tanto sincero. No me siento orgulloso de esta primera aproximación a Costa Rica, pero me alegro de haberla hecho.

Segunda

Cuando abordé Costa Rica por segunda vez ya era un sobreviviente de la primera ronda de estudios de doctorado. No voy a imprimirle atractivo al proceso. Una educación de posgrado en los Estados Unidos es una experiencia espantosa, más aún si se cursa bajo la rúbrica inane e ideológicamente sospechosa de Estudios Latinoamericanos, un “ghetto” de “estudios de área” que le succiona parte de la energía a todas las disciplinas académicas a la vez, en tanto se asegura de que sus estudiantes mantengan una perspectiva provinciana y que sean señalados como marginales por los otros “estudios de área” (Europa occidental, Estados Unidos), que son lo suficientemente poderosos y vanos como para considerarse universalistas. Sin embargo, me mantendré en el lado positivo de las cosas. En primer lugar, estaba la ciudad misma, llena de maravillas culturales. Sobre todo el grupo de personas que conocí, provenientes de toda América Latina. Estaban mucho mejor preparados que yo intelectualmente, me gustaban mucho sus diversos estilos de amistad y fue de ellos que obtuve la mayor parte de lo que aprendí. Tuve la suerte de pasar un verano en Sevilla como asistente de investigación de un profesor canadiense; esos habían sido los tres meses más emocionantes de mi vida hasta entonces. De

regreso en Nueva York, los cursos de cultura latinoamericana con Jean Franco fueron muy sugerentes y llenos de su excelente imaginación. Tomé un curso increíblemente bueno sobre historia intelectual europea con un profesor inteligente y riguroso llamado Lawrence Dickey, quien me enseñó a escribir un trabajo de investigación. Esa era mi educación, incluyendo la inevitable lectura obligatoria sobre diversos temas, el encuentro constante con ideas aunque no se quiera, y el tratar de acumularlas en las pequeñas gavetas de la mente. Recorrí el camino fanfarronamente, en gran parte porque mi consejero decidió soltarme cuerda, pensando que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que no me ahorcara. Le agradezco que no me haya dicho lo que tenía que hacer y que simplemente me dejara vagar casi sin ninguna idea de lo que quería obtener.

Al final, decidí comenzar estos vagabundeos en San José. Esto puede parecerles chocante a los lectores costarricenses, pero la penosa verdad es que cuando llegué ahí todavía no había leído ni un solo artículo académico importante, en ningún campo, relativo a Costa Rica, excepto el libro de John Patrick Bell sobre la guerra civil de 1948. El lector podrá preguntarse cómo es posible que así fuera. La pregunta tiene muchas respuestas, comenzando con la más básica de todas, cual es que todavía era un pésimo académico, aunque quizás era tan solo un estudiante bastante malo. Mi pereza intelectual y mi preferencia por el eclecticismo se habían multiplicado con la cuestionable formación de posgrado que uno recibe como “latinoamericanista” con el fin de producir una idea desgarbada y a medio cocer para la investigación doctoral. Tenía una noción muy parcial de algunas avenidas de la historiografía de la Nueva España y el Perú coloniales, la comprensión de un principiante en torno a unos pocos clásicos de la historiografía mexicana y brasileña y una idea general de los esquemas básicos de la historia latinoamericana durante el llamado “período nacional”. Supongo que esto es bastante normal para el estudiante estadounidense

promedio que emprende la investigación para su disertación, aunque si es consciente, también hará lectura dirigida sobre el tema específico que le interesa. Yo no lo hice, y esto también tiene alguna relación con el hecho de que todavía estaba comprometido con la investigación de la historia centroamericana.

Algún día alguien debería medir y evaluar la increíble cantidad de basura pseudoacadémica que generaron los centroamericanistas instantáneos en los Estados Unidos durante la década revolucionaria de 1980. Para ser justos, hay que decir que muchos de ellos también estaban en el lado correcto (es decir, a la izquierda) de una guerra de propaganda y que sus libros promovieron buenas causas. Aun así, un gran número de publicaciones eran el producto cuestionable de buenas intenciones políticas, escasa investigación, oportunismo profesional y del espíritu comercial de las casas editoriales. Esto, aunado a una extraña y cruel obsesión por Centroamérica que compartían quienes conformaban una camarilla de cretinos malvados en la Casa Blanca, impulsó la aparentemente interminable oleada de tonterías en torno a la historia de los últimos diez minutos en Nicaragua o El Salvador. Esa corriente me aprisionó y me perdí en ella. Ante mis ojos flotaba una vasta nube de lo que se suponía era historiografía centroamericana y yo la utilicé como base para mi propuesta de investigación, sin darme cuenta de que básicamente era el humo que ocultaba un abismo intelectual.

Leer la gran mayoría de estos libros significaba tener la impresión de que en realidad existían muy pocos estudios académicos sobre el pasado histórico de los países centroamericanos. Por supuesto, esto se debía en gran parte a que la gran mayoría de los autores no sabían nada de historia centroamericana, habían visitado los países quizás durante unas pocas semanas, si es que lo habían hecho, y escribían sus obras tan rápido como podían con el fin de cumplir con los plazos de las editoriales, los cuales se ampliaban sólo si el siguiente comunicado de prensa del Consejo Nacional de

Seguridad, o si el siguiente mensaje presidencial, demostraban que todavía estaban imbuidos de esta retórica, por lo demás irrelevante. Como Costa Rica no era un gran “problema”, excepto como un posible frente sur contra Nicaragua, muy pocos se preocupaban por escribir sobre ella y era prácticamente imposible darle seguimiento a su historiografía por medio de referencias. A lo largo de toda una década, estos autores adoptaron y repitieron como loras una línea histórica estándar. Es cierto que tenía alguna relación (a menudo sin explicitar) con las narrativas históricas estándares desarrolladas por los académicos centroamericanos, pero en general era una historia tipo historieta.

Sería un error asumir una postura demasiado cínica en torno a esta ráfaga de interés intelectual por Centroamérica. Por una parte, la emergencia de tanta interpretación vagamente marxista de las bases populares de estas revoluciones, es probable que supusiera un freno para los ideólogos conservadores que entonces ostentaban el poder y los hiciera ceder un poquito a favor de los “sectores liberales medios”. Vista en retrospectiva, una invasión a Nicaragua por parte de los Estados Unidos estuvo probablemente tan cerca de ocurrir como muchos lo decían entonces. Estas publicaciones de izquierda y liberales, que fueron la sabiduría bíblica de las redes de solidaridad, ayudaron a crear una especie de baluarte. Algunas eran intelectualmente honestas y de gran calidad, tomando en cuenta las limitaciones dentro de las cuales operaban (el periodismo investigativo, bien informado históricamente, del *Report on the Americas*, de la NACLA, era muy bueno aunque, por supuesto, había precedido al auge centroamericano). También es cierto que muchos de quienes estaban cocinando estas cosas como parte de un compromiso político urgente, estaban a la vez comprometidos con un trabajo académico más sustantivo que no empezó a ver la luz pública sino en los últimos años. Por último, toda la actividad capturó la atención de una generación de estudiantes de posgrado que decidieron estudiar Centroamérica.

Los resultados de esa atracción magnética aún constituyen un signo de interrogación. Irónicamente, la mayoría de los miembros de esta generación, cautivada por las poderosas historias del pueblo centroamericano, una vez que concluyeron su trabajo doctoral, se encontraron con que no había más trabajo para ellos en las universidades estadounidenses, ahora que la renovada indiferencia del Departamento de Estado hacia Centroamérica los ha relegado a la condición de peones en el ajedrez de los estudios de área. Parece que México y Brasil están de moda ahora, especialmente la historia social de la servidumbre doméstica de color durante las postrimerías del período colonial de estos dos países, o de Argentina (y posiblemente de Perú).

En todo caso, fue con base en algunos de los mejores de estos trabajos, y en los trabajos históricos serios que citaban, que monté el esquema de una propuesta de investigación. Esto es lo que propuse. Le daría seguimiento a mi tesis de maestría sobre el sandinismo, mediante el estudio del desarrollo ideológico del FMLN en El Salvador y de la URNG en Guatemala, para ver si habían logrado elaborar nuevos nacionalismos con eco popular, como aparentemente lo habían hecho los sandinistas. Tenía algún grado de conciencia de que para lograrlo tendría que estudiar el éxito o el fracaso de sus precursores históricos. Costa Rica, supuse después de leer a Bell, sería un buen punto de comparación, por cuanto parecía que los grupos dominantes ahí habían articulado algún tipo de nacionalismo socialdemócrata exitoso. Sin duda, tendría que decir unas cuantas palabras, quizás en la introducción, sobre el período liberal de finales del siglo XIX que para mí, en ese entonces, era algo así como la “pre-historia”.

Al leer esto nuevamente, me doy cuenta que tengo que contener el deseo de esconder la cabeza por la vergüenza. Afortunadamente para mí, la agencia gubernamental canadiense encargada de la investigación en ciencias sociales hacía tiempo me había otorgado una beca doctoral, y no tenía que justificar mi propuesta ante ellos. Decidí comenzar

en Costa Rica más o menos por eliminación. Por una parte, sabía por mi viaje anterior a Nicaragua que me sentiría como un diletante investigando para algo tan frívolo como una tesis doctoral en medio de sus luchas y congojas. El Salvador me ofrecía un cuadro similar y me parecía que investigar ahí podría hasta ser peligroso. Guatemala simplemente me horrorizaba. Quizás pensaba que Costa Rica sería el sitio más fácil, social y políticamente, para empezar, y me parecería el más familiar de todos en términos de cultura académica y de aparato universitario. No sé cómo me había formado esta opinión, aunque no creo que estuviera equivocado. Después de barajar las cartas ubicándome en Costa Rica, esperaba obtener suficientes pistas y acumular los contactos adecuados para obtener entrada a estos otros países. Entonces regresé, en setiembre de 1987, a un país en torno al cual todavía era completamente ignorante.

Poco tiempo después fui a hablar con Víctor Hugo Acuña, quien fue lo suficientemente amable como para invitarme a asistir a su seminario de historia en el programa de maestría. Después de la primera lección, al escuchar su comentario erudito, y bastante hipnotizado por su actuación, me di cuenta que estaba en problemas. Fui de compras, fui a la biblioteca, regresé al apartamento y comencé a leer. Leí como veinte de las diferentes obras clásicas sobre la historia y la literatura costarricenses, leí algunas de las novelas más viejas que pude encontrar y luego comencé a leer la antología de Eugenio Rodríguez Vega sobre el pensamiento liberal. Pronto me di cuenta que los liberales costarricenses de finales del siglo XIX eran un grupo muy interesante, en extremo radicales y en busca de una sociedad disciplinada y utópica; también me enteré que ninguno de los historiadores que leí había dicho nada de eso, sino que, todo lo contrario, presentaban la tradición liberal costarricense como moderación y humanismo democrático.

Antes de llegar a Costa Rica, le había dedicado algún tiempo a la lectura y relectura de *Imagined Communities*, de

Benedict Anderson, un muy buen libro sobre el nacionalismo. Como el desarrollo del nacionalismo era el tema que había propuesto, comencé a buscar la nación costarricense en los textos liberales recopilados en la antología y honestamente no la pude encontrar, al menos no en forma clara, aunque encontré unos cuantos fragmentos de una imagen que se fundían en el último tercio del siglo XIX. De nuevo esto iba en contra de la sabiduría aceptada en los libros que tenía sobre mi mesa de noche, en todos los cuales se insistía que ya a finales del siglo XVIII se había forjado un nacionalismo costarricense, fuerte y coherente. Me convencí de que esto era un error y que había muchos secretos maravillosos encerrados en la historia de la época liberal. Finalmente, tenía una idea para una tesis, aunque todavía no tenía idea de cómo investigarla.

Me quedé ocho meses y durante ese tiempo nunca llegué a visitar ninguno de los otros países que tenía en mi pobremente planeada agenda. Pasé los primeros meses tratando, con un mínimo de éxito, de encontrar un ambiente bohemio interesante en San José. La Navidad en San Pedro, con todo cerrado y cuando todos se habían ido, fue la más solitaria de mi vida. Sentía nostalgia por mi casa y estaba confundido con casi todo. Con el año nuevo, las cosas comenzaron a tomar forma. Descifré algunas formas de investigar el nacionalismo y empecé a descubrir unas cuantas líneas de investigación que podía seguir. Pero lo principal fue que comencé a conocer más gente, mucha gente, personas excelentes, y a sentirme cómodo con el estilo social del josefino de clase media: reservado, irónico, sin miedo a la vulgaridad elegante, bastante cómico, ligeramente evasivo y superficial, pero siempre en busca de un punto de sinceridad para acercarse al otro. Me gustó eso y logré acercarme. Después me alejé, a finales de abril de 1988, a Saint John's, justo cuando tenía una buena razón para quedarme. Pero estaba sin dinero y culturalmente exhausto.

Tercera

Aterricé nuevamente en el Aeropuerto Internacional Juan Santamaría a principios de noviembre de 1988, para una visita de dos semanas. Llovió todos los días. El huracán Juana. Era lo clásico de Costa Rica: histeria de los medios de comunicación, apelación cursi (pero productiva) al patriotismo para concertar la ayuda pública y voluntarios de la Cruz Roja con la mayor excitación de su vida, desesperados por ver acción. Me había alojado en casa de un amigo que es semioticista y disfrutamos muchísimo analizando las imágenes de las noticias por televisión. Las mejores se dieron cuando la histeria de los medios de comunicación había llegado a su clímax y empezó a perder no solo *momentum* sino también autoridad. A pesar de la evacuación de Limón, el sol siguió brillando ahí y podía verse a un extraño rezagado que jugueteaba en la playa, detrás del angustiado rostro de Jorge, el de Teletica.

Parecía que Juana estaba virando de curso mar adentro y la gente de Limón decidió regresar en vez de quedarse acampando en el Parque Nacional una noche más, ¡pero los medios de comunicación todavía no les habían dado permiso para regresar! Había que darles una lección y enseñarles a tener respeto, por lo que esa tarde las estaciones decidieron inventar un huracán: comenzaron a transmitir videos de una salvaje tormenta tropical que años antes había azotado la costa de Jamaica. Si uno hubiera encendido el televisor al azar, habría creído que Juana estaba sobre nosotros, a menos que lo encendiera durante uno de los breves períodos en que transmitían la indicación: “Estas son imágenes de archivo, pero esto es lo que podría suceder si un huracán llegara a nuestras costas”. Al final de cuentas, la tormenta devastó Bluefields (en Nicaragua), y por ende fue olvidada rápidamente, y las terribles inundaciones que hubo en Costa Rica se dieron en áreas demasiado remotas como para permitir buenas filmaciones. Los costarricenses, sin embargo, adoran sus medios de comunicación.

Un programa que oí por primera vez durante ese viaje y que me llegó a gustar mucho, es la producción radial “La patada”. He trabajado como escritor en una estación de radio canadiense y he escuchado muchos programas de radio de todo el mundo, pero nunca ninguno tan constantemente humorístico como ese, ni capaz de hacer un resumen semanal de una cultura nacional. Si alguien del programa lee esto, me gustaría aprovechar la oportunidad para preguntarle si me puede dar trabajo como escritor o como actor. Como dije antes, tengo mucha experiencia en la radio, puedo hacer unas cuantas caracterizaciones y mi español es bastante decente. Si tiene interés en contratarme, quizás primero por un período de prueba, por favor déjeme un mensaje en el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Costa Rica, y le contestaré tan pronto como pueda. Gracias.

Una vez que pasaron las dos semanas regresé a Guatemala, donde había estado investigando desde setiembre. Estaba viviendo en Antigua esa vez. Quizás sea el conocimiento libresco que llevo conmigo, pero me parece que la tristeza de Guatemala es palpable en todas partes, que la lleva a flor de piel. Ahí la comunidad de historiadores es por supuesto mucho más pequeña que en Costa Rica y esto redujo mis posibilidades de hacer amistades. No hay académicos en la Hemeroteca Nacional, tan solo viejos leyendo los números anteriores de sus vidas. Cuando investigaba los volvía a ver y tenía el sentimiento sobrecogedor de que la gente que debía haber conocido ya estaba muerta o se había ido. Esta sensación no es nada placentera.

Naturalmente había ahí muchas personas a quienes debí haber conocido, sólo que estaban demasiado ocupadas en seguir vivas como para gastar su tiempo en los tipos como yo. Traté de entender eso y de agradecer cualquier ayuda o cualquier momento breve de bondad y humor que pudieran robarle a sí mismos para dármele a mí. Fue una época muy solitaria y en ese entonces parecía que no se acabaría. El vivir en Antigua, la antigua y ruinosa ciudad colonial y meca

de los turistas, tampoco me ayudó a conocer guatemaltecos. Sin embargo, tuve la suerte suficiente como para coincidir con Carol Smith, la antropóloga, y probablemente no habría podido escribir nada que fuera ni medianamente sensato sobre la historia de Guatemala si no hubiera sido por su consejo generoso y sus comentarios irónicos. Pero cuando regresé a Guatemala de mi breve visita a Costa Rica, la solemnidad silenciosa de los pobres en los autobuses realmente me impactó, pues recordaba que en San José iban llenos de conversación frívola y alegre.

Cuarta (homenaje a Vico)

En junio de 1989 Palmer estaba de regreso en Costa Rica. Nuevamente venía de Guatemala, aunque esta vez se había hospedado en una pensión barata en el corazón de ciudad de Guatemala por unos cuantos meses, y sentía todo el poder de las energías populares que bullen en esa metrópolis. Era increíble observarla, aunque difícil de sondear. Como buen historiador, Palmer se enorgullecería de contar que había dormido mientras se intentaba dar un golpe de Estado, inclusive mientras los alzados irrumpían en el cuartel general de la Policía Nacional, frente a la pensión. Afortunadamente, también había descubierto la hermosa colección de la Biblioteca César Brañas y pudo hacer el trabajo de seis meses en unas pocas semanas. Palmer se sentía acabado y, cuando llegó a Costa Rica, pasó seis semanas jugando sin ningún objetivo con unas cuantas fuentes periodísticas en la Biblioteca Nacional. Estaba hospedado en Santa Ana con dos buenos amigos y se quedaba con el resto bebiendo hasta tarde en San Pedro. Palmer pensó que ahora tenía suficiente material como para sacar algo que pasara por disertación una vez que regresara a Nueva York donde, después de todo, la verdad era que probablemente ningún miembro de su futuro comité de tesis sabría nada sobre Costa Rica. Mientras tanto, el joven y romántico estudiante sólo quería despedirse con

decencia, pensando que probablemente nunca regresaría, al menos pronto.

Palmer estaba harto de las instituciones universitarias norteamericanas y no podía soportar la idea de “ponerse en el mercado” para venderse a un trabajo en algún sitio en donde nunca había querido vivir, y verse en el torbellino que significa obtener propiedad académica mediante la escritura de veinticinco versiones diferentes de su disertación, y ser a la vez un buen empleado del departamento dedicándole tiempo al Comité Pro Fiesta Navideña y al Comité Xerox. Pensó que quizás podría escaparse de ese destino dedicándose a escribir para la radio, una profesión innoble en la que había tenido algo de éxito, y quizás para la televisión o el cine, las cuales eran aún más innobles y en las que no había tenido ningún éxito. Palmer se fue a su casa en Saint John’s e hizo un poco de eso, mientras les enseñaba “Todo lo que usted siempre quiso saber sobre la historia del siglo XX, pero tenía miedo de preguntar” a unos universitarios de primer año. Esperaba que la disertación se escribiera sola como por arte de magia, de modo que pudiera terminar lo que había empezado. Sin embargo, no se escribió sola y empezó a desvanecerse la posibilidad de futuras aproximaciones a Costa Rica. Es difícil imaginarse lo lejos que está Saint John’s, Newfoundland, de San José, Costa Rica, en términos intelectuales y emocionales; la distancia es enorme y es prácticamente imposible preocuparse por una investigación hecha a tanta distancia, a menos que dentro de uno arda el fuego, lo cual no le sucedía a Palmer, al menos en ese entonces.

La Divina Providencia intervino. Aproximadamente en noviembre Palmer recibió una carta de Charles Hale, de la Universidad de Iowa. Tenía algunos fondos para invitar a alguien para que diera un curso y trabajara como investigador y había oído que Palmer trabajaba en la historia intelectual del liberalismo centroamericano. La especialidad de Hale es el liberalismo mexicano y no hay muchas personas

trabajando en algo así, o quizás le intrigaba el trabajo del joven novato. Palmer no quería ir, pero sabía que si no lo hacía nunca tendría el dinero ni el aislamiento que necesitaba para terminar la disertación. Se fue a Iowa. Era una ganga y Palmer tuvo la suerte de obtenerla. Fue difícil terminar la disertación y el producto final fue una amarga desilusión para él (al inicio se había imaginado una obra maestra, por supuesto) pero era lo suficientemente buena para algún tipo de estándar al que se había llegado de algún modo (siendo el criterio principal si avergonzaría o no a algún miembro del comité de tesis en caso de que alguno de sus colegas leyera algún día la disertación).

Irónicamente, la disertación doctoral de Palmer nunca habría sido aprobada como tesis de maestría en la Universidad de Costa Rica. Quizás las ideas habrían sido consideradas aceptables (después de mucho debate), pero simplemente había demasiados huecos en la bibliografía: cantidades de fuentes primarias y secundarias básicas, en relación con las cuales seguía en santa ignorancia. Nunca se explicó ni se justificó la metodología, y a Palmer se le habría exigido investigar todas las posibles fuentes que se les viniera a la cabeza a los diferentes lectores de tesis. Vale la pena reflexionar sobre esto un poco más. Los estudiantes de posgrado en historia del sistema costarricense reciben una enseñanza excelente, de hecho mucho más rigurosa y enfocada que la que Palmer había recibido. Sin embargo, es muy poco probable que alguno de ellos escriba una disertación como la de Palmer, precisamente porque no se les permite adentrarse a ciegas en lecturas (equivocadas) e interpretaciones (erróneas) a las que es muy probable que se llegue si al estudiante no se le abruma con un conocimiento profundo de las obras de la historiografía en general aceptadas.

Palmer es de la opinión que la investigación que hacen los estudiantes de maestría en Costa Rica es magnífica, pero a los estudiantes se les supervisa en exceso en cuanto a la conceptualización que precede y circunscribe la investigación y

en la redacción que la sigue. Como resultado, a muchos de hecho se les reprime la imaginación histórica y quizás se les daña irremediabilmente. Por supuesto, Palmer es consciente de que este exceso de supervisión constituye una tendencia natural en un lugar que se afana de que sus especialistas en historia de Costa Rica superan en número a los historiadores de Centroamérica que hay en todo Estados Unidos, pues es un lugar en donde las tesis, publicadas o no, tienen mucho más probabilidad de ser leídas por estos mismos expertos, así como también por muchos novatos bien informados. Palmer también postula la existencia de una tendencia a sobrecompensar los sentimientos injustificados de inferioridad institucional frente a las universidades de Norteamérica y Europa, al punto de que los lectores obligan a sus estudiantes a saltar muchas vallas más, para tratar de evitar que desde fuera se les mire con desdén. Aun así, con todo y las grandes fallas y las vergonzosas omisiones de las disertaciones que, como la de Palmer, se aprueban en las insulsas instituciones norteamericanas, quizás sea necesario decir algo para que aflojen las riendas y estimulen las ideas novedosas, en vez de insistir en esquemas rigurosos de investigación y en hipótesis sólidas como una roca.

Lo mejor de la corta estadía de Palmer en Iowa fue poder conocer a Charles Hale, pues he aquí alguien que combina la investigación meticulosa y exhaustiva con la reflexión metódica, una curiosidad sin límites y un deseo de abordar nuevas perspectivas. Cuando Palmer llegó allá acababa de salir publicada la obra de Hale, *Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*, producto de la investigación y el trabajo de veinte años. Palmer la leyó y lo cautivó el despliegue de integridad y sinceridad intelectuales, tan escasas en todas las épocas pero especialmente en los últimos tiempos. El libro no es nada *sexy*, pero Palmer sospechaba que es básicamente acertado y muy preciso. Si alguien fuera a escribir algo similar en relación con Centroamérica, Palmer y otros podrían llegar a alguna parte en sus evaluaciones de la

era liberal. En todo caso, Hale era el único historiador norteamericano dedicado a Latinoamérica que le gustaba a Palmer y al cual respetaba desde que había hecho estudios de posgrado. Quizás sin darse cuenta de ello en el momento, este encuentro había restaurado la fe del académico joven y sencillo en el estudio de la historia, aunque Palmer todavía añora emprender un camino diferente, y quizás más *sexy*, hacia el conocimiento del pasado que el recorrido por el sabio de Iowa.

Anteriormente, Palmer le había solicitado una beca posdoctoral al Príncipe Canadiense, pensando que quizás sería sabio aceptar la apuesta, en caso de que no llegara el barco de Electra. Había decidido, después de una profunda reflexión, que si la Divina Providencia le enseñaba el camino, le gustaría dirigirse de nuevo a Costa Rica, el país que seguía ocupando un lugar especial en su corazón. Y antes de que se enfriara la disertación, le llegó la noticia de que se le había otorgado el patrocinio generoso por dos años, por lo que parecía seguro que haría un viaje más a esa tierra aún distante, pero ya no tan misteriosa.

Quinta

El avión salió de Miami y pronto volaba sobre la costa oriental de una isla gigante. Reconocí las colinas épicas de la Sierra Maestra, la cabeza repentina de esa tierra en forma de tiburón. Los yanquis y los ticos que iban en el avión observaban intrigados hasta que el capitán anunció que ciertamente era Cuba, una revelación que de inmediato provocó que mis compañeros de viaje estiraran la garganta y agudizaran la vista para otear el terreno distante y majestuoso en busca de señales de actividad comunista. Más tarde, mientras la tripulación retiraba los desechos plásticos de la cena, comenzamos el descenso al espacio aéreo costarricense, al principio tan solo bancos de nubes, luego montañas lejanas envueltas en cabello de ángel, hasta que finalmente volamos justo

sobre el cono magnífico y humeante del Poás, un recordatorio de la inestabilidad sísmica que una vez más había sacudido el país. A nuestro alrededor, los cúmulos de nubes coronaban las montañas que forman un anillo intermitente alrededor del Valle Central, mientras más abajo las faldas y los campos sudaban fertilidad. Era la última semana de mayo de 1991, cuando comienzan las lluvias de invierno.

Mis sueños de hacer carrera en la industria del entretenimiento se habían reducido a nada, tanto por falta de producto como por falta de talento. Sin embargo, luego de un período posterior a la disertación en el cual tan solo ver cualquier libro me provocaba náuseas, me veo ahora luchando contra un hambre subversiva de libros de historia. Finalmente, me di por vencido y leí toda clase de libros, en especial los viejos que se detienen en los detalles y los nuevos que combinan el análisis brillante con una habilidad artística para conjurar así el material de la experiencia (lo que Raymond Williams llama las “estructuras del sentimiento”). Mientras leía desde Barbara Tuchman hasta C. L. R. James, llegué a la conclusión de que nunca había leído ni escrito historia si no era con fines utilitarios. Ahora empezaba a disfrutarla y a pensar en la historia como un oficio.

Como ya una vez había vivido la existencia miserable del académico norteamericano que alquila un apartamento seudomoderno, ridículamente barato y mal amueblado y que vive en una ruta cómodamente solitaria mientras dura su estadía temporal, esta vez decidí alquilar una pequeña casa sin amueblar, pero con algo de personalidad y arreglarla, sin importarme el costo y la incomodidad iniciales. Encontré algo razonable en un barrio de clase media baja a veinte minutos a pie de la UCR. La dueña era la esposa de un miembro muy importante del gobierno y tuve que reírme al escuchar el eco de los viajeros del siglo XIX, atendidos en las tiendas por dueños astutos que también eran presidentes o ministros del exterior. Pinté el lugar y poco a poco acumulé las posesiones suficientes para sentirme cómodo ahí; a los

pocos meses inclusive, me las arreglé para lograr que me prestaran un número telefónico, y unos cuantos meses después, hasta vino el ICE y conectó la línea.

Se podría escribir todo un libro sobre el significado político y el efecto sobre la academia que tienen las condiciones de vida del investigador extranjero en el Tercer Mundo. Por ejemplo, ¿cuál es el mensaje que nos deja el arqueólogo de izquierda de una prominente universidad estadounidense, que probablemente gana cerca de \$80.000 al año, abandonado de los derechos de los indios ecuatorianos, que alquila una villa restaurada y suntuosa en el barrio colonial de Quito? Lo más común es que el profesor o el estudiante de posgrado con menos dinero que eso (aunque mucho más que el que tiene la mayoría de las personas del país que investiga) alquile una casa amueblada con teléfono y televisión por cable de los Estados Unidos en un barrio “seguro”. ¿Por qué están dispuestos a pagar caprichos por un lugar así? Se me ocurren dos respuestas.

En primer lugar, les horroriza el país extranjero y están desesperados por contar con comodidad segura. Son parte de una intervención en el extranjero y lo saben. De hecho, su educación los ha instado a verlo así y esto nos lleva a la segunda respuesta. Alquilan esos lugares porque una residencia de este tipo puede ayudar a que la intervención se dé de acuerdo con el plan; tendrán menos basura que eliminar al final, como posesiones materiales, otras perspectivas culturales, lazos afectivos, etc. Debido a la insistencia de sus consejeros, a la estructura y duración de sus becas y a la naturaleza competitiva de su profesión, tienen en mente quedarse solo el tiempo suficiente para obtener lo que necesitan para publicar cosas en el mundo en donde el conocimiento significa dinero y poder de verdad. Se puede garantizar que, una vez que los archivos hayan sido saqueados y que las brisas exóticas se vuelvan aburridas, de ninguna manera se quedarán ni un minuto más en cualquiera que sea el pozo negro del Tercer Mundo que han escogido para investigar.

No, se suben al avión, de regreso a los Estados Unidos o a Canadá, a forjarse una posición en la institución. A este tipo de investigación la llamo de “roza y quema”, aunque quizás un término más exacto sería de “voltea”.

Durante mi segunda aproximación al estudio de Costa Rica caí en este tipo de trampa en gran medida, aunque me gustaría creer que no logré que las cosas estuvieran impecablemente limpias. Recuerdo claramente que una de mis figuras de autoridad durante mis estudios de doctorado me dijo que no debería leer materiales de archivo mientras estuviera ahí. “Tan solo fotocopie esa mierda y la clasifica cuando regrese aquí”. La economía del conocimiento y de la “recuperación de la información”, como la llama el crítico cultural Gayatri Spivak, presenta una similitud espeluznante con las relaciones abiertamente militares e imperialistas entre el mundo industrializado y el Tercer Mundo.

Recuerdo que regresé a Guatemala en junio de 1991 y dejé copias de mi disertación en un instituto de investigación y en una biblioteca universitaria en donde había llevado a cabo la mayor parte de la investigación y donde me habían tratado muy bien. En cada sitio me dijeron que era el primer académico extranjero que les daba copia de su trabajo final. No escribo esto con la intención de presentar una imagen mía más noble en esto que la de otros. Si después de terminar mis estudios de doctorado me hubiera enredado en la telaraña que supone conseguir un puesto en propiedad (lo que evité gracias a la beca posdoctoral que me otorgó una pequeña potencia occidental), es dudoso que hubiera encontrado el tiempo para enviar, desde mi cubículo en el mundo desarrollado, una copia de mi trabajo a Centroamérica. De todos modos, la ética individual tan sólo juega un papel menor en esto. Es un asunto sistémico. A veces pienso que a todos los investigadores extranjeros se les debería obligar a registrarse en la Biblioteca Nacional o en el Archivo Nacional con el fin de obtener permiso para usar los archivos o las colecciones especiales. También deberían tener que hacer un depósito en

dólares (digamos \$500), que les sería reembolsado al entregar una versión completa de su trabajo final; si no lo hacen en un período de tres años más o menos, el depósito sería decomisado y traspasado a las instituciones encargadas de los archivos y las bibliotecas del país. Por supuesto, todas las posibles soluciones que he propuesto significan la creación de más burocracia y una restricción dudosa del acceso a la información. Tan sólo diré que se cuiden de los investigadores extranjeros; esperen a que demuestren primero quiénes son y eliminen los sentimientos de inferioridad académica, antes de correr el riesgo de darles el tipo de ayuda que les permitirá un saqueo más eficiente de su patrimonio cultural y de su sabiduría. Recuerden “lo Malinche” (creo que es importante mantener el género neutro para esta noción, a pesar de lo que, o quizás debido a lo que, al respecto dice Octavio Paz).

Pero, en primer lugar, ¿por qué habría de ponerle atención el investigador a Costa Rica? Para la mayoría de los extranjeros que saben algo de Latinoamérica, Costa Rica es una tierra de insufrible mediocridad cultural de pequeña burguesía, de un aislamiento feliz e ignorante y de una hipocresía farisea. No le ven nada especial al lugar, excepto una belleza natural que se extingue rápidamente. Para la mayor parte de los costarricenses, por otra parte, su país es una tierra edénica y privilegiada de libertad, democracia, pacifismo laborioso y moderación sensible (aunque bastante pervertida por fuerzas extranjeras patológicas que usualmente se remontan a Nicaragua, a menudo vía Limón, Guanacaste o Panamá). ¿Quién tiene la razón? Analicemos los hechos.

Primero, tomemos en cuenta lo siguiente. En un período de un año, entre 1990 y 1991, Costa Rica:

- a) hizo que su equipo de fútbol ganara dos de los cuatro partidos en la Copa Mundial, derrotando a potencias internacionales como Escocia y Suecia con un inverosímil conjunto de aficionados que usualmente trabajan

- como policías, instaladores de líneas telefónicas y en otras ocupaciones similares;
- b) experimentó dos terremotos devastadores, prácticamente sin sufrir pérdidas humanas;
 - c) era el lugar óptimo del planeta para observar un eclipse total de sol único;
 - d) todo lo anterior, y más.

¿Coincidencia? Quizás. Pero es probable también que sea la punta de un iceberg de milagros que, desde la aparición original de la Virgen de los Ángeles en 1635, ha hecho que Costa Rica sea el sitio con una densidad especialmente aguda de puntos en el mapa de milagros terrestres. Al menos esto es lo que en broma le digo a la gente cuando me preguntan por qué decidí dedicarme a estudiar este país diminuto, en vez de “uno de los importantes”.

Una de las grandes ironías de nuestro siglo es que, casi al mismo tiempo que los filósofos franceses comenzaron a insistir en que no era significativa la existencia de nadie, los historiadores franceses comenzaron a insistir en que lo era la de todos. Por supuesto, las dos perspectivas no son mutuamente excluyentes y cada una se puede aplicar al tema del valor de estudiar la historia costarricense. No hay ningún lugar que sea más ni menos significativo históricamente que Costa Rica. Es obvio que no dio origen a ninguna de las grandes civilizaciones (aunque, si se les presiona, la mayoría de los académicos serían incapaces de señalar con precisión el lugar de origen, en última instancia localizable, de cualquier civilización). Aun así, Costa Rica es sin duda un punto lejano de la civilización occidental en su variación americana meridional. Sin embargo, también en este punto es interesante e inusual. Si aceptamos la existencia de una sorprendente cantidad de posibles alternativas históricas dentro de los minúsculos límites de autonomía local otorgada por ese orden imperial, entonces estaremos de acuerdo con que los costarricenses de alguna manera han creado una mezcla inusualmente

cohesiva de vida política, cultural y material. Es cierto que no está exenta de errores y horrores, pero muchos de los resultados tienen grandes méritos, en especial si se les compara con otras variaciones locales de un tema imperial que se ha salido por completo del carril y ha caído en abismos grotescos. Tratar de encontrar la forma de explicar convincentemente ese “de alguna manera”, con todo lo polémico que debe y debería ser, se convierte en un rompecabezas fascinante de importancia histórica mundial.

De hecho, supongo que es el sentimiento intuitivo de esta importancia, este triunfo histórico en contra de las adversidades, lo que subyace en la notoria complacencia de los costarricenses en torno a su sociedad, a menudo saturada con un patriotismo atterradoramente ciego. Esperar que en realidad examinen este triunfo y que reflexionen seriamente en torno a él, es pedir demasiado: al igual que cualquier grupo de creyentes más o menos satisfechos con lo que la religión hace por ellos, se niegan a investigar por miedo a que la incertidumbre que inevitablemente surge de ese cuestionamiento destruya el poder real de sus mitos. Quizás tengan razón. Creo que es este mismo sentimiento el que impulsa a muchos historiadores de Costa Rica a resucitar nuevos monumentos que reconfirmen y solidifiquen las bases de esta autosatisfacción acrítica. Se considera con toda razón que los historiadores que vayan más allá de esto tocan los límites de la herejía, aunque raras veces se les persigue. Esto es así por cuanto la cultura dominante, provinciana y estrecha, a pesar del disfraz, es lo suficientemente fuerte como para incorporar esas herejías de forma lenta y firme, succionándoles la vitalidad peligrosa, como un vampiro, y obsesionándose por las almas de aquellos cuya sangre se ha bebido para recobrar las energías.

En diciembre me casé y al llegar el año nuevo mi esposa y yo viajamos juntos a México.

Sexta

Me había llevado a México una copia de *Castigo Divino*, con la intención de leerlo por segunda vez. Nunca lo empecé, pero a las seis de la mañana, mientras esperaba el vuelo de regreso en la sala de abordaje, me encontraba mirando a un caballero excesivamente alto, cuyo rostro suave y triste se perdía en los pensamientos, y reconocí al autor de la novela, Sergio Ramírez. Sobre el Valle de México se extendía un cielo matutino y despejado y el capitán de vuelo siguió un curso sumamente irregular y zigzagueante, de modo que todos pudiéramos disfrutar el paisaje sobrecogedor del cono nevado, apagado y majestuoso del Ixtaccihuatl. Traté de armarme de valor para acercarme al exvicepresidente y lograr que diera fe de la coincidencia mediante un autógrafo y quizás hasta una conversación. Antes de una breve escala en ciudad de Guatemala, el capitán, que estaba de muy buen humor, nos dio otro espectacular primer plano del volcán de Pacaya, por cuyo flanco corría un delgado hilo de neón rojo. Mientras esperábamos despegar, vi un Douglas DC-3 (un avión militar que se parecía mucho al que Jacobo Arbenz abordó por última vez en 1954); por fin, me adelanté para pedir, humilde y torpemente, el reconocimiento de un escritor cuyo trabajo catalogo entre lo mejor que he leído.

Lo saqué de su ensueño y aunque era una intromisión contundente y no deseada, con gentileza firmó mi copia de la novela. Quería decirle que había empezado a investigar una serie de eventos y la textura de una época que tenían un parecido sorprendente con el mundo que había creado en el libro y que, en efecto, se traslapaban parcialmente en el tiempo y el espacio. Él no tenía interés en escucharlo, sin embargo, de modo que me contenté con la firma y el avión despegó de nuevo. Nuestros asientos estaban tan sólo un par de filas detrás del suyo y conforme seguíamos la línea de la costa centroamericana, observé cómo Sergio Ramírez observaba, mientras la cadena de volcanes y lagos nicaragüenses

se hacía visible y luego desaparecía de la vista sin que se moviera, de esa forma esquiva en que se escudriñan los paisajes desde 30.000 pies de altura. Él miraba hacia abajo y simplemente hacía eso, miraba con firmeza.

Durante los días optimistas de la revolución sandinista, cuando aún había combustible utópico para mantener la llama, había ido a Nueva York a escuchar a un importante personero nicaragüense. Él consideraba ridículo sugerir que la revolución buscaba un compromiso social democrático, como tampoco ningún tipo de Estado benefactor. “Si después de todo este sacrificio y esta sangre”, decía, “el resultado no es más que otra Costa Rica, entonces todo habrá sido en vano”. Me pregunto si habría mirado con tanto desdén el “modelo” costarricense en 1992, con la izquierda no sólo derrotada casi en todas partes, sino en una lucha desesperada desde la retaguardia contra el regreso rapaz del canibalismo neoliberal. Me imagino que los compromisos sociales democráticos le habrían parecido bastante buenos.

Por supuesto, el Estado benefactor costarricense a duras penas florecía, y desde que regresé me sorprende encontrarme con periódicos que regresan al discurso de finales del siglo XIX en casi todos los aspectos, aunque esta vez había más cinismo que inocencia. Quienes proclaman que las medidas neoliberales sacarán a Costa Rica, Centroamérica o América Latina de sus crisis sociales son unos charlatanes, a menos que en realidad lo crean, en cuyo caso son unos tontos. ¿Es que no hay nada que recordar? ¿Es necesario repetir nuevamente toda la horrible pesadilla? Parecía como si nadie tuviera la imaginación histórica para evitarlo, y por supuesto, los pocos privilegiados que se beneficiarían de nuevo con esto estaban afilando sus cuchillos avaramente y luchando por su libra de carne. Al ver la nave del Estado destruyéndose a sí misma, al creer que esto era un requisito para llegar a la tierra prometida de la empresa libre y próspera, pensaba en Phileas Fogg desmantelando su propio barco para obtener combustible en ese último destello de locura

para ganarles la apuesta a los banqueros e industriales del imperio. Al leer los informes y editoriales de *La Nación*, en los que se insta al gobierno a acelerar el paso de las amputaciones, me vi robando y distorsionando una imagen de Dalí mediante una explicación poética: la democracia social auto-sodomizada por su propio liberalismo.

Inicialmente tenía el propósito de dedicar el tiempo de mi investigación en Costa Rica a darle seguimiento a mi trabajo doctoral y a examinar lo que le había pasado al nacionalismo una vez que las clases populares comenzaron a organizarse en sindicatos y partidos. Al revisar los *Mensajes presidenciales* noté una nueva ecuación entre la nación y la higiene moral y personal que surgió aproximadamente a principios del siglo XX y que adquirió fuerza en forma sostenida. La Biblioteca Nacional estaba perpetuamente cerrada debido al daño causado por el terremoto, por fortuna para mí en cierto modo, así que me vi más o menos empujado contra mi voluntad hacia el Archivo Nacional. Era la primera vez que en realidad trataba de vérmelas con un archivo desde mi proyecto de verano tantos años antes, y tenía una verdadera fobia que debía superar. No obstante, una vez que empecé fue realmente divertido y muy productivo trabajar en una institución tan bien administrada y atendida. Al poco tiempo, di con unos documentos fascinantes relativos a la persecución que emprendió la Policía de Salud Pública en contra de los artesanos, a finales de los años 20 y principios de los 30, por el amplio consumo de heroína.

Esto era menos que una pieza de “genio” archivístico ni ningún descubrimiento; de hecho, estoy seguro que cientos de personas por lo menos han visto los índices relativos a los casos. Simplemente me llamó la atención y los expedientes estaban llenos de lo que me parecieron diálogos fascinantes y reveladores entre los trabajadores y un Estado benefactor incipiente. Entonces dediqué todas mis energías a descubrir exactamente cómo se había formado este pequeño drama urbano durante la cúspide de la depresión y cómo se había

desarrollado en la forma en que lo hizo. Esta es también la razón por la que leí *Castigo Divino* con tanto interés y por la que quería intercambiar ideas con el autor.

De modo que comencé a jugar con la idea de que ante mí tenía un momento que había condensado muchas de las transformaciones del liberalismo costarricense en una política social inspirada en el positivismo, que ya había sentado las bases del Estado benefactor antes de la Gran Depresión. Si estoy en lo correcto, quizás la precocidad del asunto explica al menos en parte por qué, de nuevo, en nuestros días, Costa Rica parece haber sorteado la tormenta y cruzó los mares tormentosos de la economía internacional de Reagan sin haber tenido una explosión social, al menos hasta ahora. La sociedad sufre muchas pérdidas esta vez, como la ya precaria posición de los sindicatos y los recursos naturales, para nombrar algunos, y los resultados salen dolorosamente a la luz en todas partes, pero no ha habido una Venezuela. Y ver a Junior atormentado por el fantasma de su padre era en realidad una tragicomedia de alto calibre. El “compromiso socialdemócrata”, que también podría llamarse la “hegemonía positivista”, tan sorprendentemente flexible, todavía tenía un poco de vida. Vale la pena explorar sus inicios.

Séptima

Mi séptima y última aproximación tuvo lugar en uno de dos microbuses llenos de historiadores costarricenses. Regresábamos de un largo viaje a Tegucigalpa, en donde habíamos asistido a una conferencia. Al llegar a Peñas Blancas, la gente todavía estaba de buen humor, pero cansada e impaciente por llegar a casa. Desafortunadamente para mis colegas, estaban a punto de aprender de primera mano lo que yo ya había aprendido años antes en mis primeras aproximaciones a su hermosa tierra: los oficiales de aduanas costarricenses son más burocráticos, ineficientes y desgraciados que cualesquiera de los otros policías fronterizos que habíamos

maldecido en silencio durante los diez días anteriores. Después de un papeleo interminable, por fin rociaron los microbuses con un químico que elimina los gérmenes foráneos y nos dejaron libres en el extenso y tórrido tramo de carretera que lleva a Liberia. Ahí fue donde me bajé del microbús, junto con Jussi, mi gran amigo finlandés de ojos azules parpadeantes que tiene su propia historia que contar. Íbamos a descansar unos días en el pueblo donde mi esposa y su familia nos esperaban.

Cuando me enteré de la odisea en microbús para asistir al Primer Congreso Centroamericano de Historia en Honduras, en julio de 1992, tuve desconfianza. Era obvio, a partir de la propuesta, que esto iba a ser un viaje íntimo, lo quisiéramos o no. Algunos de los que irían me eran conocidos, uno o dos hasta eran amigos, pero la mayoría eran personas con quienes había hablado frente a una taza de café sobre asuntos históricos o políticos, y a algunos a duras penas los había visto pasar rápidamente por los corredores de Ciencias Sociales, siempre muy ocupados. ¿Qué iba a pasar con las famosas rivalidades, los celos y los odios presentes en la comunidad de historiadores? Siempre había tratado de llevarme bien con la gente y en realidad no había tenido ninguna mala experiencia con alguno de ellos. Pero me preguntaba qué pasaría si este viaje se convertía en una especie de infierno de los historiadores. Decidí ir con ellos.

Había tenido un año excelente en casi todos los aspectos. Finalmente me había reconciliado con la idea de que sería historiador y hasta me había empezado a gustar. Había tenido el privilegio de recibir solicitudes para devolverles algo a estos historiadores que me habían dado tanto a lo largo de los años y había tratado, quizás demasiado, de cumplir humildemente. Había tenido el honor de que se me pidiera exponer sobre el nacionalismo costarricense, como parte de una serie de conferencias en honor al recordado Carlos Rosés. Se me pidió dar un curso sobre teorías del nacionalismo para el programa de Maestría en Historia en la Universidad de Costa Rica. Se me dio la oportunidad de publicar gran parte de mi trabajo en español, y como parte de una colección maravillosa

de artículos nuevos. Trabajar con Iván Molina en *Héroes al gusto* fue un gran reto, que al final resultó muy gratificante. Todas estas eran cosas difíciles de hacer y cada una de ellas me ponía nervioso. Creo que era un asunto de traducción.

El viaje a Honduras, ya ven, fue realmente excelente, quizás el viaje más satisfactorio que había hecho. Al principio tan solo vi los microbuses llenos de gente y luego, poco a poco, vi que se llenaban con gente que a su manera estaba llena de vida. Caminar por las calles de Granada con ellos, explorar las ruinas de Copán, ver la dedicación y el respeto que mostraban en la conferencia, descubrir que sólo se tomaban en serio en la medida de lo necesario: todas estas fueron experiencias que me hicieron reflexionar sobre las miles de decisiones, grandes y pequeñas, que había tomado a lo largo de los años y que me habían llevado a estar ahí con ellos. Las decisiones habían sido correctas y me sentía afortunado.

Jussi y yo nos despedimos de ellos en Liberia y esperamos cerca de una hora bajo el enorme árbol de Guanacaste. Finalmente pasó un autobús escolar y nos recogió (iba lleno de conversación frívola y alegre), y volamos por la sabana hacia el gran rancho donde comienza el camino de mi nueva familia. Acababa de comenzar la estación lluviosa y todo estaba verde. Mi esposa y sus primos nos recibieron calurosamente en el espaldón de la carretera, y luego tomamos el camino de tierra que conducía al pueblo. La soledad y la paz me invadieron y apreté con fuerza la mano de mi esposa. Nos trasladaríamos a Canadá a los pocos días. Caminamos por el río envenenado con pesticidas y el agua se sentía deliciosamente fría en mis pies. Al otro lado de los algodones, los hombres subempleados del pueblo nos saludaron con la cabeza desde el bar y mi cuñada saludó desde la escuela que tanto necesita una mano de pintura. En el patio, bajo el árbol de mango, mi bella suegra me dio un abrazo tranquilo y nos ofreció a todos algo de beber y de comer.

“All yet seems well; and if it end so meet,
The bitter past, more welcome is the sweet”.

DE UN OFICIO ANTIGUO Y SIN SENTIDO

Iván Molina

El 7 de agosto de 1992, la Academia de Geografía e Historia efectuó una ceremonia pública, en el Museo de Arte Costarricense, para otorgarme el premio “Cleto González Víquez”, correspondiente al año 1991. Mi esposa, excelente fotógrafa e historiadora sagaz, disparó su cámara varias veces, en los instantes cumbres del evento. Días después, bajo el cielo azul de una calurosa tarde de verano en un diminuto pueblo de Estados Unidos, tuve ocasión de ver las fotos; en una, que me hizo evocar otra época, aparezco estrechando efusivamente la mano del profesor Carlos Meléndez Chaverri.

*

La razón por la cual *elegí* la carrera de historia es un poco compleja y tiene que ver con la desorientación vocacional, Tristán Tzara y la poesía automática. El asunto es demasiado extraño para ser convincente, de modo que lo omito. ¿Para qué contar algo que nadie va a creer? Me conformo con señalar que ingresé a la Universidad de Costa Rica en 1978 y, después de aprobar los Estudios Generales y una serie de asignaturas de sociología y economía, en 1979 me convertí en alumno de la Escuela de Historia y Geografía; quince años más tarde, pienso que fue una suerte estar allí en ese tiempo.

El espíritu con el que ingresé a la carrera –forzoso es que lo confiese– era limitado y quizá mercenario: a mis 17 años, mi proyecto de vida era convertirme en un discreto profesor de colegio de una materia fácil de aprender y enseñar, en tanto triunfaba como escritor. El atractivo de este plan, visto desde la década de 1990, quizá sea difícil de entender, pero en 1978, antes que la crisis económica empobreciera al magisterio, el salario docente era, por decir lo menos, aceptable. La docencia en secundaria daba para vivir: entre mis profesores de colegio, no era raro el que tenía casa propia y auto.

La experiencia familiar evidentemente pesó en mis planes, ya que la enseñanza fue la profesión elegida por tres de mis cinco hermanos mayores; sin embargo, mi vocación docente no era muy fuerte: todavía hoy, impartir clases es una actividad que difícilmente me deleita. La importancia de un título profesional era para mí doble: asegurarme la subsistencia, dado que la literatura (y en especial la poesía) casi nunca es una ocupación lucrativa; y evitarme el destino de ciertos escritores muy laureados, pero sin un ingreso fijo, cuya economía familiar dependía del favor de los políticos de turno.

La concepción que tenía de la historia tampoco era muy actualizada. El lastre del colegio, tras un año en la Universidad, seguía conmigo: el contenido lo asociaba con fechas, eventos y personajes, y el método con la memorización en bruto. La única teoría que conocía era el esquema de Stalin de las cinco etapas (comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo), el cual aprendí en un curso de sociología. Preocupado, en el verano de 1979 y para mi cumpleaños, mi hermano me obsequió *La historia como ciencia*, de Ciro Cardoso, pero abortó en la lectura de los lances amorosos del *Tom Jones* de Fielding, dejé el regalo en el olvido.

Los cursos de carrera que llevé en 1979 me transportaron a otra historia, a veces muy lejana de la que yo conocía; con todo, la verdadera sorpresa provino de mis compañeros.

La atmósfera que prevalecía en el cuerpo estudiantil era, sin duda, desafiante: en el aire flotaba un cierto mesianismo, estimulado por la lectura de los escritos de Marc Bloch y Lucian Febvre, en especial de la *Introducción* y los *Combates*; un trasfondo ideológico que iba de progresista a radical; y el convencimiento de que el oficio del historiador comportaba una práctica científica y un compromiso social y político.

El carácter mesiánico se vinculaba a la actualización que experimentaba la carrera desde una década atrás. La difusión de un enfoque nuevo de la historia, iniciada por Luis Fernando Sibaja, Carlos Araya Pochet y Paulino González, se fortaleció con el aporte de un selecto grupo de profesionales extranjeros: Ciro Cardoso, Héctor Pérez, Carolyn Hall, Germán Tjarks y Lowell Gudmundson. El proceso de cambio, que contó con el apoyo de profesores como Rafael Obregón Loría, María Molina de Lines y Hilda Chen Apuy, se consolidó a fines de la década de 1970, con el regreso de casi una decena de becarios, doctorados en universidades de Estados Unidos y Europa.

El relevo del personal se aunó con un importante despliegue institucional: entre 1978 y 1979, se abrió la Maestría en Historia y cristalizó el viejo sueño de Carlos Monge Alfaro de fundar un Centro de Investigaciones Históricas. El proceso de actualización, sin embargo, no careció de conflictos, en particular de tipo ideológico: en la Escuela de Historia y Geografía, todavía era fuerte un sector de profesores devoto de la fecha y el evento, para los cuales el par de palabras teoría y métodos era amenazante, altamente sospechoso y se asociaba sin tardanza con el marxismo.

La vinculación, aunque tenía cierta base, era en esencia prejuiciosa. El interés por los aspectos teóricos y metodológicos prevalecía entre los graduados en Europa y especialmente en Francia, no entre los que se doctoraron en Estados Unidos, cuya historiografía destaca aún por su provincianismo y pobreza conceptual. ¿Se enseñaba marxismo en los cursos de métodos y teoría? El estudiante que fui rara vez

leyó a Marx o a Lenin en las únicas tres asignaturas de metodología del bachillerato en historia, pero sí leí, entre otros, a historiadores marxistas o influidos por tal corriente.

El epíteto de marxista era fácil de colocar sobre los cursos de métodos y teoría por una razón obvia: aunque la actualización de la historia en el siglo XX implicó otros énfasis temáticos, su trasfondo fue un profundo cambio en el utillaje teórico y metodológico. El marxismo, con su visión de síntesis y su rica urdimbre de nociones y problemas, contribuyó decisivamente en tal campo, ya fuera en directo o por vía de las otras ciencias sociales. Pero lo típico en las asignaturas de metodología era, en vez de un énfasis en la economía política, un contenido ecléctico: se veía un poco de todo, de la demografía histórica a las mentalidades colectivas, con los conceptos de estructura y coyuntura como ejes organizadores de la discusión en clase.

La influencia básica, de origen francés y no alemán, provenía de la Escuela de los *Annales*: en la bibliografía de los cursos, figuraban las obras de Labrousse, Braudel, Chaunu, Mauro, Duby, Le Goff y Vilar; casi como excepción, se leía a algún autor estadounidense, y de los historiadores británicos, los más conocidos eran Hobsbawm, Rudé, Dobb, Hilton y Hill, una lista a la que se agregó el sociólogo Perry Anderson. El debate teórico, en el que se privilegiaba el concepto braudeliiano de larga duración, se unía —en lo metodológico— con una evaluación de las ventajas y limitaciones de la cuantificación en historia.

El interés por la estadística, que caracterizó a la investigación histórica en Europa y Estados Unidos después de 1950, fue cultivado por Cardoso y Pérez y, a partir de 1974, sus discípulos empezaron a defender tesis de tema económico (tabaco, cacao, comercio exterior) o demográfico (evolución de bautizos, óbitos y matrimonios en una parroquia específica). La cuantificación utilizada en tales trabajos era artesanal y descriptiva, al servicio de un análisis cuyo utillaje teórico, en vez de proceder de *El Capital*, provenía de la

teoría económica positiva, con su énfasis en los factores de producción y el mercado.

La asociación de teoría y métodos con el marxismo tampoco era avalada desde otras perspectivas: a Hobsbawm y a Rudé, a Vilar y a Anderson, se les leía en asignaturas dictadas por docentes vinculados a Liberación Nacional o a la futura Unidad Social Cristiana; el trasfondo teórico y metodológico de la bibliografía obligatoria se discutía en cursos cuyo énfasis era temático; y de los pocos profesores de la Escuela de Historia y Geografía afiliados con una u otra organización de izquierda, los más comprometidos políticamente eran los menos preocupados por la metodología.

La década de 1980, convulsa y tenebrosa, fue un contexto propicio para que el proceso de actualización de la carrera de historia se ideologizara cada vez más; pero, visto después de quince años, lo que queda claro es que el fantasma del marxismo fue invocado para disfrazar, aparte de eventuales disputas personales, un profundo temor a la modernización de la disciplina. La profesora que (según Paulino González) en 1972 o 1973 aseveraba, al salir de una conferencia impartida por Cardoso, que la única coyuntura que conocía era la de sus piernas, quizá en 1979 descubría, con pesar y desvelo, cuán difícil le sería cumplir con las nuevas exigencias técnicas, teóricas y metodológicas de la historia.

El contraste entre la edad promedio de los partidarios y opositores de los cursos de teoría y métodos develaría, sin demora, la existencia de un desfase generacional; con todo, el conflicto se precisó una vez que un diverso conjunto de docentes interesados en la investigación planteó que era perentorio actualizar el plan de estudios del bachillerato y la licenciatura en historia. La urgencia se derivaba de que, en una y otra carrera, casi el 90 por ciento de los créditos correspondía a asignaturas informativas, en las cuales transmitir el conocimiento ya existente era el único fin de la docencia.

El acento en la simple enseñanza de lo ya conocido se vinculaba a un sesgo en los orígenes: desde que se fundó la

Universidad de Costa Rica en 1940, la función de la historia y la geografía fue producir profesores para satisfacer la expansión de la educación secundaria, no profesionales en un campo y otro. La profesionalización de ambas carreras fue una empresa que se quedó para la década de 1970, pero a diferencia de los geógrafos, entre los cuales el proceso de actualización curricular fue poco conflictivo, entre los historiadores fue lento y escabroso.

La propuesta de los adalides del cambio consistía en dotar a los estudiantes con una serie de destrezas básicas para la investigación. Lo último suponía enseñar técnicas bibliográficas elementales, la utilización de la estadística descriptiva y el aprendizaje de conceptos y teorías de uso corriente entre sociólogos, economistas y antropólogos. El propósito de todo esto era graduar un profesional que fuera solvente en términos teóricos y metodológicos, capaz de competir con los demás científicos sociales y de explotar otras opciones de trabajo, en entidades públicas y en la empresa privada.

*

La composición de los estudiantes de historia y estudios sociales, entre 1978 y 1981, se distinguía por su diversidad: a la luz de su origen económico, existía un grupo selecto de personas procedentes de familias urbanas –de San José y provincias– acaudaladas y distinguidas. El contraste con otro sector de mis compañeros, de extracción obrera y rural, era visible con presteza; en los cursos de carrera, conocí una amplia gama de trabajadores: tipógrafos, dependientes, empleados de construcción, oficinistas, secretarias, cajeras, choferes, enfermeras, camioneros, taxistas y vendedores de puerta en puerta.

La diferenciación económica no fue obstáculo para que el grueso del cuerpo estudiantil –oriundo de capas medias urbanas– adoptara, con fe y entusiasmo, el nuevo enfoque de

la disciplina y se identificara con la actualización curricular. El terreno para esa acogida fue preparado por varias condiciones. La principal fue la radicalización de fines de la década de 1960: en 1979, *ALCOA NO* era un eco distante, pero el espíritu del 24 de abril de 1970 y del Tercer Congreso Universitario persistía en la Facultad de Ciencias Sociales, especialmente entre estudiantes y profesores vinculados a la izquierda.

La Escuela de Historia y Geografía no se exceptuó de tal contexto, pero al igual que pocos profesores pertenecían a partidos de izquierda, tampoco los estudiantes afiliados a esas organizaciones eran la mayoría, y otra vez, salvo uno o dos casos, los más activos no eran los de mejores calificaciones. El liderazgo en las notas, entre mis compañeros de 1979-1981, correspondía a alumnos de tiempo completo: serios, leían cuanto podían y casi nunca faltaban a clase; partidarios de actualizar la carrera, creían en el compromiso social, aunque toda militancia política efectiva les era ajena.

El aporte de los docentes y estudiantes de izquierda fue decisivo en la *praxis*: con valentía y coraje, criticaron el *statu quo*, impulsaron el cambio en la Escuela de Historia y Geografía y participaron en diversas protestas en el *campus* y fuera de él. La pasión que los envolvía siempre vuelve a mí en una imagen colmada de entereza y denuedo: en marzo de 1980, al finalizar la toma del Edificio de Aulas por alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales, vi desfilar a varios de mis compañeros, con los puños en alto y coreando consignas solidarias. El desafío de su gesto se dirigía a la prensa, que los filmaba y fotografiaba: desde que se inició la ocupación, en periódicos, noticieros y televisoras, se exigía la intervención de la policía para desalojarlos por la fuerza.

La radicalización ulterior a 1970, vista a la luz del futuro, fue perjudicial para otras ciencias sociales, en las cuales una verdadera agenda para el desarrollo académico fue desplazada por (o confundida con) estériles disputas ideológicas; un destino del cual se salvó la Escuela de Historia y

Geografía. La efervescencia progresista que predominaba en la Facultad estimuló la actualización de la disciplina histórica; pero sin consumirla: en la más atrasada y conservadora de las carreras, la tarea del día era la variación curricular, con el despliegue de la investigación como soporte básico de la docencia.

El entusiasmo con que el cuerpo estudiantil de historia y estudios sociales acogió el nuevo enfoque de la disciplina fue estimulado por el *esprit* ideológico prevaleciente en la Facultad y por el proselitismo y carisma de ciertos alumnos y profesores. El promedio de calificaciones jamás desveló a Guillermo Rosabal, pero él fue el mejor estudiante de la Escuela entre 1979 y 1981: ávido en sus lecturas y lúcido en sus críticas, siempre aventajaba a sus compañeros; defensor ardiente de un estudio del pasado explicativo y comprometido, el libro novedoso no era inusual entre sus manos o bajo su brazo.

Las figuras más importantes entre los docentes eran Carlos Rosés y Víctor Hugo Acuña. El primero, al impartir *Historia moderna*, difundió el debate acerca de la transición del feudalismo al capitalismo, las crisis de tipo antiguo y la depresión del siglo XVII; y en su curso de *Teoría y métodos de investigación*, privilegió el examen de la protesta social, de la pluralidad del tiempo histórico y de las mentalidades colectivas. La claridad y finura de su exposición, a la par de su vasta cultura literaria y artística –visible al discutir la Reforma, el Renacimiento y la Ilustración–, convertían sus clases en un verdadero *tour de force*.

La docencia de Víctor Hugo Acuña, en óptimo contraste con la de Rosés, se distinguía por un derroche de pasión e imaginación, de desasosiego intelectual y de ironía en la crítica; entre mis compañeros, se decía que era imposible asistir a una clase suya sin ver el pasado de distinta forma. La verdad de esa advertencia se vislumbraría en un futuro cercano: aunque publicó poco entre 1978 y 1981, él contribuyó decididamente a la investigación histórica a través de sus

cursos de *Colonial y Económica y social*; en tales asignaturas, cultivó ideas cuya cosecha dejó a otros, en flagrante desacato del *copyright*.

El cargado cielo ideológico de 1980 y 1981 provocó que la actualización curricular se transformara en un conflicto entre izquierda y derecha. El esfuerzo de los estudiantes y profesores partidarios del cambio cristalizó, entre 1982 y 1983, en un plan de estudios para la licenciatura con énfasis en la investigación, y en variaciones parciales en el bachillerato. Lo más que se hizo fue abrir un par de cursos para discutir la teoría económica y del poder, pero un ajuste completo del currículum, por el cual se batalló tanto desde 1978, se debatía aún en 1991, y únicamente se puso en práctica en 1993.

*

La condición de escritor por descubrir, disfrazado de estudiante en espera de la Fama, tuvo un efecto perverso: ave de paso en la carrera, me mantuve alejado de las actividades de la Escuela, y creo que sólo una vez voté en las elecciones estudiantiles; dado que el círculo de mis amigos se definía por una base geográfica —Alajuela—, mis lazos con mis compañeros de cursos fueron, con una excepción, bastante superficiales, y jamás fui a una de sus fiestas; y aunque solía obtener elevadas calificaciones en mis asignaturas, entre 1979 y 1980 Clío dormía en su cama y yo en la mía.

El principal atractivo que encontré en la carrera fue el espíritu progresista que prevalecía entre los estudiantes; pese a que era un *outsider*, me identifiqué con el cambio curricular y, aunque en la práctica mi participación fue ínfima, me contaba con las fuerzas de la izquierda contra la derecha. Lo otro que me gustó fue la variada composición social de mis compañeros: dado que en Alajuela la segregación clasista era muy inferior a la de San José, la escala de mis conocidos y amistades, durante mi niñez y adolescencia, iba de los

vendedores de lotería a los vástagos de profesionales y empresarios de provincia.

El ingreso a la Universidad en 1978, colocó al promiscuo social en un contexto distinto del que acostumbraba; puesto que tenía un regular promedio de admisión, decidí –junto con mi amigo de siempre– cursar los Estudios Generales en la opción de seminario, y en la mañana. La elección fue acertada en tanto el grupo, coordinado por Raúl Torres, estimuló la creatividad y expresión de los estudiantes, pero el grueso de mis compañeros procedía de colegios privados y tenía un elevado *esprit de corps*. El dinero era, en su perspectiva, la vara de todas las cosas; conservadores en lo político, en su vestuario y lenguaje era visible la admiración por lo *made in USA*.

El aire en historia no era de color fresa y el comportamiento estudiantil carecía de la plasticidad de lo *nice* y lo *beautiful*. Lo cómodo que me sentí aquí se explica porque, a diferencia de otras personas, que se radicalizaron tras ingresar a la Universidad, yo entré ya descarriado. El culpable de esto fue mi hermano: con sus 11 años de más, era inevitable que yo tratara de imitarlo en todo; en el cuarto que compartíamos en la casa familiar, columnas de libros subían por aquí y por allá, y en las paredes se desplegaban afiches contestatarios. Me fascinaba uno en que se veía una plantación de banano, los obreros con sus puños en alto y la policía con garrotes y caras de gorila.

La influencia de él fue decisiva en distintos campos: en literatura, me llevó de los *comics*, a las obras de Verne, Dumas, Salgari, Dickens y Twain, y después a las de Cortázar, Vargas Llosa y García Márquez; en cine, fue por su consejo que asistí a *films* de la *nouvelle vague*, del neorrealismo italiano y de otros célebres directores europeos y estadounidenses; y en lo intelectual, con su sentido común y fe en la ciencia y la razón –por algo es filósofo–, evitó que fuera consumido por las tentaciones místicas, ya que durante mi niñez yo era muy religioso, aspiraba a ser cura y casi fui monaguillo.

La protesta estudiantil contra ALCOA fue clave para mi hermano y, por extensión, para mí. El 24 de abril de 1970, en tanto él estaba en San José, a mis 9 años yo veía el curso de los eventos por televisión. Lo visto no era para mí una imagen distante y borrosa: fastidioso y curioso, no perdía ocasión para asomar las orejas entre los amigos de mi compañero de cuarto; en tales correrías –*strictu sensu*, puesto que se me corría–, aprendí más de una cosa, por ejemplo que él tenía novia (dato que me apresuré a pasar a mi madre) y una versión corregida de la “Patriótica Costarricense”, que decía:

“Costa Rica es mi patria vendida
vergel bello de gringos y yanquis,
cuyo suelo de verdes colores
el gobierno por siempre entregó”.

El grito de *ALCOA NO*, que estremeció al país en 1970, colocó a los estudiantes en la mira policíaca: en 1971 o 1972, fui testigo de una paliza que la ley propinó a varios líderes estudiantiles, a escasas dos cuadras del Parque Juan Santamaría. La Asociación de Estudiantes Universitarios de Alajuela (AEUA), en cuya directiva figuraba mi hermano, enfrentaba a su vez dificultades crecientes para repartir *Universidad*, comunicados y otros impresos: varias veces, los encargados de la distribución fueron detenidos y el material confiscado. ¿Cómo vencer la vigilancia de la policía?

Las estrategias específicas que aplicó la Asociación las desconozco; pero me consta que, en 1970 o 1971, debuté en la repartición vespertina y nocturna de impresos de la AEUA y de *Universidad*. La costumbre de leer el semanario la adquirí en esos años, y casi me cuesta cara: al filo de un atardecer, por ir ojeando lo que debía distribuir, casi me tropiezo de frente con un policía bajito y gordito, quien me ordenó que me detuviera; oírlo y echar a correr todo fue uno, con él detrás mío y, después de una corta persecución que

puso a la ley en peligro de infarto, terminé oculto debajo de un viejo *Ford*, con los ejemplares del periódico apretados contra mi pecho.

La SIP podría considerar premiarme por mi decidida defensa de la libertad de expresión, pero me apresuro a advertir que el móvil de mis andanzas era de origen bastante mundano: la suma variable (el repartidor siempre estaba listo para discutir un aumento) en que vendía mi fuerza de trabajo. La perversión intelectual de un menor, que mi hermano inició con su ejemplo y guía, la completé por mi propia cuenta: en casa, mis padres jamás controlaron lo que sus hijos leían o lo que veían en el cine. Fue una suerte increíble, entre mis 12 y 15 años leí del *Decamerón* a *La mujerzuela respetuosa*, y vi de *2001: Odisea del espacio* a *La dolce vita*.

El contacto con esas y otras piezas literarias y fílmicas fue un constante descubrimiento de mundos de pasión y ternura, belleza e ironía, desesperación y esperanza, locura y sueños. El mal camino que tomé se consolidó un poco más tarde cuando, estimulado por las canciones de Serrat, transité de la prosa al verso, campo en el cual conocía sólo unos cuantos poemas de Darío, Nervo y Bécquer. La exploración que emprendí por lo que Rafael Alberti llama el “...universo libre y sin fin de la poesía”, abarcó a diversos poetas españoles, franceses, catalanes y americanos, entre los cuales destaco a Machado, Hernández, León Felipe, Eluard, Aragon, Espriu, Foix, Whitman y Neruda.

La fama de comunista, que tuve de los 14 años en adelante, se debió –por lo bajo en un 90 por ciento– a tales lecturas: aunque a mis 14 o 15 años leí el *Manifiesto Comunista*, no entendí demasiado y lo encontré aburrido. Lo que sí comprendí fue el grito de ira y esperanza que estalla al final de “El niño yuntero” de Hernández, la metáfora en que Neruda afirma que la bandera de los Estados Unidos está cosida con barras de cárcel y estrellas robadas, y el desvelo de esa piedra de León Felipe por no servir de piso de iglesia, columna de lonja, muro de juzgado o grada de palacio.

La imprudencia de divulgar tales imágenes a los cuatro vientos convenció a compañeros y profesores, de colegio y Universidad, que yo era un comunista empedernido; en mi descargo, y para evitar que la embajada de un país amigo ordene que se intervenga mi teléfono, declaro que sólo una vez pisé el local de una organización de izquierda, para buscar a un conocido. Jamás me convertí en un militante con carné. ¿Por qué? El psicoanalista quizá lo explicaría por el miedo al compromiso; por mi carácter, fuertemente individualista e indisciplinado; y por la profunda desconfianza que me inspira todo tipo de autoridad, un defecto que heredé de mi madre.

La explicación que yo daría, sin excluir otras razones, enfatizaría en la vía por la cual me perdí: la literatura. Lo decisivo no fue la identificación con el socialismo existente y la fe en él, sino el rechazo del capitalismo, una actitud influida por la experiencia económica de mis padres, cuyo universo fue el de la producción mercantil simple. El convencimiento de que el capitalista es un orden opresivo y explotador, que depreda la naturaleza y acrecienta por doquier la desigualdad, persiste en mí con la misma fuerza de ayer, hoy que privatizar es, por obra de tecnócratas sin cultura, el verbo de moda.

La opinión que expongo decepcionó a un viejo y conservador conocido mío: después de años de no verlo, me lo encontré a principios de 1990 y me preguntó si, una vez caído el muro de Berlín, yo aún creía en "...todas esas tonteras...". Le contesté que sí y, por molestarlo, le dije que si la especie humana iba a tener un futuro, este sería de color rojo. Su réplica fue típicamente *tica*: "...seguí durmiendo de ese lado...". La conversación me recordó un pequeño poema que escribí en 1981, titulado "La rama":

"Era un niño soñador:
me encaramaba en la más alta rama
para ver mejor.

El sol me llama
y subo por un rayo de colores
a sus blancos miradores.

Por el camino de la mar
sueño que vendrá un aroma puro,
silencioso andar
de luz sin muro.
Palidecerán las sombras ante su brillo:
luz de la hoz y del martillo”.

La imagen de la hoz y del martillo, cubierta de polvo y telarañas, figura hoy en el desván posperestroiko, al lado de “La Internacional”, las obras de Marx, Engels y Lenin y palabras como utopía y socialismo. El colapso de la antigua Unión Soviética y sus satélites en Europa oriental no significa, sin embargo, el fin de la opción socialista, sino una oportunidad para su reinención, aunque sea bajo otros apelativo y bandera. La urgencia de esto último es evidente en una época en que la destrucción ecológica del planeta, por efecto de la civilizada dinámica del capital, se acerca al punto de no retorno, y cuando el fascismo afila sus armas y toca otra vez a la puerta.

El poeta José Agustín Goytisolo describió, en “Meditación sobre el yesero”, las distintas y prosaicas fases del estucado; al final, asevera que ese trabajador, junto con otros miles como él, constituye la única fuerza capaz de edificar mañana un mundo en libertad. El poema, publicado en 1968, invoca un porvenir que parece tan lejano casi 30 años después, pero la lógica de esos versos está más allá del espacio siempre virtual de las ideologías. *El principito* deshollinaba su volcán extinto porque “¡uno nunca sabe!”; lo evoco porque tampoco sé: a veces, a los hijos de este planeta les da por barrer el jardín, podar las rosas, reparar el techo, subir a los viejos desvanes y sacudir el polvo.

*

El plan de vida con que inicié mi experiencia universitaria empezó a variar entre 1980 y 1981. El obstáculo básico fue que, tras dos años en carrera, me percaté que la de historia difería de la de estudios sociales, y que para titularme en la última, debía aprobar varias asignaturas de geografía y pedagogía. El atraso que suponía cursar los créditos adicionales se complicaba porque la cartografía me gusta, pero la didáctica no. Mi disgusto era reforzado por una persistente tradición oral entre profesores y estudiantes que dibujaba con los peores colores el tránsito por una facultad vecina.

La fuerza de la inercia me hizo seguir en historia, decisión que comportaba otra escogencia en el corto plazo: ¿cursar la licenciatura o ingresar a la maestría? La opinión unánime de los especialistas que consulté fue que, aunque el posgrado no me aseguraba nada, ampliaba mis opciones de conseguir empleo. El asunto del trabajo me preocupó poco entre 1978 y 1980, época en la que mis gastos corrían por cuenta de mi familia, pero en 1981, para mí era claro que un financiamiento de este tipo no podía ser perenne, y que tarde o temprano, debía ir al mercado a vender los mundos de mi cerebro.

El ingreso a la maestría, sin embargo, se explica por otra razón: poco a poco, me identifiqué con el difícil oficio del historiador, proceso facilitado por un trasfondo familiar, literario y romántico. Lo último alude, para usar palabras corrientes en las cartas de los suicidas, a cierta decepción amorosa, que ocurrió en 1980 y tuvo un efecto positivo en mi carrera. El descalabro de mis sueños, cuyos detalles sentimentales guardo para una eventual entrevista en *Perfil*, lo encaré con la técnica del avestruz, con la diferencia de que no escondí la cabeza en la tierra, sino en las obras de historia.

¿Fue apropiada la terapia? La aconsejo, aunque no carece de imprevistos y alucinantes efectos secundarios; en mi caso, quedé convencido de que una corta distancia separa la disciplina histórica de la poesía. El estudio del pasado exige

el despliegue de cierta sensibilidad: es una práctica científica, que implica el uso de técnicas, métodos y conceptos; y a la vez, un arte, ya que sin imaginación ni comprensión, lo único que se extrae de los documentos es polvo. La historia espera al que la investiga con encrucijadas y desvíos, con voces que callan y silencios sonoros, con mentalidades y usos extraños, cuyo sentido es siempre una hipótesis, no una certidumbre.

El aprendizaje en el taller del historiador me abrió la puerta para tratar de entender mejor la época a que pertenezco, a mi país y, de mayor importancia para mí, a mis padres. La brecha generacional tuvo en mi caso un significado especial: nacido en 1961, crecí con la televisión, en una Costa Rica cada vez más urbana, cuyo mercado interno se diversificaba, fruto de la política económica del Partido Liberación Nacional. El porvenir de las clases medias, que parecía garantizado por la expansión del Estado y de los programas de salud y educación, se asociaba con un frenesí consumista, un culto cuyos adeptos convirtieron a Panamá, México, San Andrés y Miami en tierra santa.

El impacto de la cultura popular estadounidense era visible en mi círculo de amigos: admiradores de *Batman* y *Superman*, perder un capítulo de *Perdidos en el espacio* era peor que faltar a misa; y aunque cada uno tenía sus caricaturas predilectas, todos éramos fieles espectadores de las películas de Disney. La locura compartida por *Los Picapiedra*, *Viaje al fondo del mar* y *Combate*, se aunó con el deslumbramiento provocado por la juguetería extranjera, de los aviones para armar y los trenes eléctricos a las bicicletas. El brillo de los escaparates, con su concierto de maravillas, precipitó una temprana revelación: en contraste con los míos, los padres de mis amistades eran más jóvenes y abiertos al consumo.

El origen de esta última diferencia era más ideológico que económico. Mi padre, procedente de una familia de artesanos y agricultores del centro de Alajuela, nació en 1906, y a los diez años, tras el óbito y la ruina de mi abuelo,

emigró (no del todo voluntariamente) a Vara Blanca, a trabajar en la finca de unos parientes. Poco después, regresó a su lugar natal, tuvo diversas ocupaciones y logró un cierto éxito en el comercio al por menor, con un puesto en el mercado municipal. La actividad mercantil la combinó esporádicamente con la compra y venta de bienes raíces y la construcción de casas, y con el cultivo de un pequeño terreno en las afueras del casco alajuelense.

La carrera de mi madre fue distinta: nació en Grecia en 1914 y a los cinco años, con sus hermanas y mi abuela, emigró al centro de Alajuela; asistió 6 meses a la escuela, y durante los próximos tres lustros, fue obrera en una purería, un trabajo que dejó al conocer a su futuro esposo. La vida doméstica, sin embargo, fue para ella más que cuidar de sus hijos y su casa: se las ingenió para construir una economía paralela, que incluía la crianza de aves de corral y cerdos, el cultivo y la venta de flores, y otras actividades. Esta fuerte vocación empresarial se basó en una aguda inteligencia y visión, visibles a la vez en el énfasis que puso en la educación de su progenie.

La descripción anterior es lineal, carece de matices y oculta los altibajos del quehacer familiar, pero evidencia que el país donde les tocó crecer a mis padres era muy distinto del mío. El entorno de sus vidas era un universo dominado por el trabajo duro y la incertidumbre: sin un sueldo garantizado a fin de cada mes y sin vacaciones, toda seguridad social les era extraña. El presente, con el beneficio en función directa del esfuerzo, era precario. El alza salarial periódica no existía. El porvenir, encarado sin compensación por accidentes o enfermedades, era un completo enigma y carecía del alivio de una pensión cualquiera. La fortuna era tan variable como impredecible.

La Costa Rica de mis padres, aldeana y campesina, es la que palpita en los *Cuentos de mi tía Panchita*; con todo el rigor de su belleza, era un mundo fértil en pícaros, al estilo de *Tío Conejo*, no en corruptos de la peor calaña, amparados

por el poder y el derecho. La mía –en contraste– es la que se transforma con la expansión publicitaria posterior a 1960: un equipo de especialistas la somete a cirugía plástica, le estira las cejas, le pinta las uñas, la peina y maquilla, la viste con un voluptuoso traje de baño y la exhibe, bajo las brillantes luces de un casino de lujo que corona una colina abierta al mar, con un *whisky*, un cigarrillo y la boca ofreciendo un beso.

El vínculo de parentesco entre mis padres y yo servía para disfrazar que éramos de planetas distintos: a sus ojos, quizás fui tan extraño como un selenita. La distancia cultural que nos separaba se visibilizó desde temprano: creían que se podía vivir sin televisión y jamás entendieron por qué el último de sus hijos, en agravio del frondoso limonero que vivía en el patio, prefería una bebida gaseosa a un delicioso fresco natural. La solicitud que elevé a mis 7 años (cuando se me autorizó a ir solo) para asistir al cine más de una vez por semana, tampoco fue acogida ni financiada.

La única vía para satisfacer mis caprichos (cine, aviones para armar y otras excentricidades) era –en palabras de mi madre– trabajar, y lo hice. Fui, a partir de mis 8 años, un dependiente ocasional en el tramo paterno; aparte de eso, jalé bolsas en el mercado, desyerbé jardines, limpié vidrios, recogí periódicos viejos, vendí esporádicamente lotería y, agente al servicio secreto de mi *roommate*, fui cómplice en la difusión de ideas exóticas. La otra fuente de ingreso que exploté se derivó de mi afición por los *comics*: de los siete a los doce años, todos los domingos de la una a las tres de la tarde, se me localizaba en el Parque Central de Alajuela, enfrente del Teatro Milán; en ese sitio, bajo la amplia sombra de los mangos y junto a otros colegas de edades parecidas a la mía, compraba, cambiaba y vendía revistas, en especial de *El Conejo de la Suerte*.

¿Por qué evoco todo esto? Me conviene que conste: quizá dentro de poco, en virtud de un tiquísimo portillo legal, pueda acreditar como tiempo servido el que dediqué a tan diversas ocupaciones y pensionarme extrajuvenilmente. Por

ahora, destaco que la precoz incorporación a la vida en la calle pesó en extremo en mi temprana educación sentimental. El que fui se desprendió de la mano que lo conducía y empezó a ver el mundo por sí solo, en todo su misterio y sin sentido; en el curso de esta experiencia iniciática, me topé con la diferenciación social. El que se cruzó en mi camino no fue un frío y lejano concepto sociológico, sino –presagio de mi futuro oficio– la evidencia empírica que lo sustenta.

El círculo de mis amistades y conocidos se amplió y diversificó velozmente, con el ingreso de limpiabotas, chanceros, vendedores de cajetas y empanadas y otros por el estilo. La escuela, con su énfasis en el uniforme, disfrazaba contrastes que la calle exponía: oriundos de la Alajuela pobre, descalzos o con zapatos rotos, el trabajo no era para esos niños un juego ocasional del que salían cuando querían, sino un destino. La sensibilización que derivé de esta enseñanza, en la cual aprendí más que malas palabras, facilitó mi ulterior extravío ideológico, pero en lo inmediato, cristalizó en una virulenta animadversión por todo exclusivismo social, empezando por la educación privada.

La cultura de la calle, que me contaminó a tan corta edad, tuvo otra ventaja en el largo plazo. El profesor universitario que me toca ser hoy, a veces se siente un poco incómodo y solitario en esa posición, en especial cuando está obligado a comportarse muy académicamente. La expresión seria y grave que uso en tal caso es sólo un disfraz para cubrir mi fuga: sin que nadie se percate, escapo con discreción, subo en mi máquina del tiempo y vuelvo a 1969. El aire convoca viejos olores, el Cine Alajuela se levanta de su tumba y en una esquina del Parque Central, distingo las caras de los que me esperan y me llaman a gritos, con una sonrisa que empieza a perder su inocencia.

La disciplina histórica, con su aspiración de ciencia, veta la nostalgia; sin embargo, me sería muy difícil estudiar el pasado sin un impulso de este tipo. El desvelo de mis padres por criarme con los parámetros de 1930 me desadaptó para

vivir en el presente. El mal fue agravado por mi madre: con sus destrezas de cuentacuentos, capturaba mi imaginación con las evocadoras correrías de su niñez y de sus andanzas con su abuela, una partera y curandera rural, famosa en toda Grecia. La soberbia figura de esta señora, alta, puntual, severa e infalible, fue la base de mi fe en la terapéutica natural y de mi profunda e infundada desconfianza en la farmacología del siglo XX.

La pintura idílica, aplicada a la Costa Rica de 1914-1948, se evapora cada vez que se les da voz a sus fuentes históricas, pero cómo me gustaría crecer con el siglo, prepararme en un trepidante tranvía que ya no existe —¿adónde me conduciría?—, vivir en un país menos corrupto, burocratizado y mercantil, caminar por un San José poco contaminado y ruidoso, y oír a lo lejos cadencias conocidas, procedentes de viejos y curiosos radios de tubos. Lo crítico de mi caso es tal que preferiría estar en la Suiza de Centroamérica, con los cafetos siempre a punto de invadir las urbes, y no en el Miami del istmo, con su paisaje roto por la transnacionalización de la economía y la cultura.

*

El filón literario de la historia empecé a divisarlo durante mi convalecencia sentimental. Mucho de lo que leí, en especial lo escrito por estadounidenses, era interesante y didáctico, pero carecía de encanto y a veces concitaba el bostezo. El contraste era visible con las obras de autores europeos, sobre todo de franceses y británicos. El rigor del análisis se unía con un cuidadoso estilo: una fina ironía, un vocabulario escogido, la cita precisa en el lugar correcto, el ejemplo útil para entender un proceso complejo, el adjetivo que define a una época, la metáfora explicativa y a la vez sugerente.

Los textos cuyo acabado me fascinó más fueron, entre otros, *Bandidos y Rebeldes primitivos*, dos libros en los que Eric Hobsbawm analiza ciertos tipos de protesta social

preindustrial; “El tiempo del Quijote”, un ensayo en el cual Pierre Vilar discute la decadencia española del siglo XVII y la vincula a la célebre novela de Cervantes; “El protestantismo y el desarrollo del capitalismo”, en el que Christopher Hill estudia un tema formulado previamente por Max Weber; y de Georges Duby, “Historia social e ideología de las sociedades”, un artículo teórico, y *Guerreros y campesinos*, un volumen sobre la Europa medieval que comienza con un llamado a la conjetura.

El desigual aliento literario de las obras históricas lo corroboré, para el caso costarricense, a partir de 1982, cuando empecé a preparar mi tesis de posgrado. La crítica teórica y metodológica a que uno podía someter sus libros quizá fuera parecida, pero era evidente que Eugenio Rodríguez, en tanto escritor, superaba a Carlos Meléndez y a Carlos Monge. Lo mismo se aplica a Rafael Obregón Loría, cuyo estilo jamás alcanzó las cimas de Manuel de Jesús Jiménez o de Ricardo Fernández Guardia, dos finos prosistas que al estudiar el pasado cruzaron los umbrales de la historia y la literatura.

El gusto por lo histórico se despertó al filo de mi niñez, cuando leí varios textos clásicos de Dumas, en particular *Los tres mosqueteros* y su secuela, y los fascinantes cuentos ucranianos de Gogol. El placer que me deparó ese tipo de obras lo confirmé en mi adolescencia, al leer *El llano en llamas* de Rulfo, varias novelas de Carpentier y *La educación sentimental* de Flaubert. Lo novedoso para mí —¡a la altura de 1980!— fue descubrir que una disciplina científica, en este caso la historia, es un género literario con una larga tradición que incluye a Herodoto y a Braudel; y que en el concierto de las ciencias sociales, es la única que dispone de musa.

La exploración del potencial literario de mi disciplina me condujo de unos títulos a otros y, en ese ir y venir, leí las obras de Edward Thompson, sin duda uno de los historiadores más importantes del siglo XX. El énfasis de su investigación

es la Inglaterra del siglo XVIII, con sus patricios y plebeyos, *charivaris* y ventas de esposas, delitos de anonimato y variados tipos de protesta preindustrial. La lucidez teórica que prevalece en sus escritos se basa en una diestra utilización de diversas fuentes, entre las cuales figuran novelas y poemas; y sin atender a la objetividad científicista, abre espacios en el texto para expresar sus propias opiniones, de carácter político y estético.

El paralelismo entre la historia y la literatura no equivale a una completa identificación; en efecto, se trata de prácticas distintas: por más destreza literaria que posea un historiador, la misma no basta para ejecutar eficazmente el oficio. El estudioso del pasado es ciertamente el que elige lo que quiere investigar, en qué fuentes basar su trabajo y cuáles técnicas, métodos y conceptos emplear. El fruto de su esfuerzo es siempre una interpretación de las realidades pretéritas, la cual comporta preferencias de diverso tipo —explícitas o tácitas— y será, más temprano que tarde, complementada y cuestionada.

El investigador, sin embargo, no inventa los hechos con que edifica su obra y, gracias a la crítica documental, es capaz de precisar el grado de confiabilidad de las fuentes que utiliza, creadas con o sin intención y pese a su diferencial carga ideológica y peso retórico. Las realidades presentes y pasadas no son una simple construcción textual o mental. El conjunto de teóricos que afirma esto último cae en el error de equiparar la producción histórica con la ficción y de transmutar al historiador en un novelista vergonzante; en esta óptica, el trabajo científico sería únicamente otro ejercicio literario.

La construcción del conocimiento histórico involucra las preferencias y la imaginación del investigador, pero constreñidas por la evidencia en que se basa y el utillaje que utiliza. La validez de sus afirmaciones se puede confrontar en variados planos: el apoyo de las fuentes, las ventajas y los límites de las técnicas y los métodos empleados y la pertinencia de

los conceptos y las teorías con que dio sentido a su trabajo. El producto final encontrará sus críticos más competentes entre los propios historiadores y otros científicos sociales; en contraste, en la literatura y el arte la crítica profesional o aficionada no es ejercida por los creadores, sino por una comunidad aparte y distinta.

El carácter científico de las obras históricas está condicionado por las fuentes explotadas, el enfoque empleado y la forma cómo se formuló y circunscribió la investigación. El conocimiento así producido, al igual que el elaborado por otras disciplinas científicas, será siempre provisional e incompleto y jamás se exceptúa de contenidos políticos e ideológicos. La objetividad del quehacer historiográfico, que el positivismo defendió en el siglo XIX, tiene otro sentido actualmente: no eliminar los juicios valorativos de los textos de historia, sino desplegar un amplio y apropiado espíritu crítico.

El conocimiento histórico jamás podrá ser objetivo, dadas las connotaciones ideológicas y políticas que vehicula, pero sí puede y debe ser crítico. Lo que esta advertencia significa es que el investigador admite que el producto de su esfuerzo es preliminar y limitado, que contiene sus específicas y diversas preferencias y que sirve para justificar variados propósitos. La práctica de explicitar las propias opiniones, al estilo de Thompson y otros, en vez de transgredir la objetividad de la obra histórica, precisa los límites en que lo es y los términos en que se establece el vínculo entre el pasado y el presente.

La definición que se podría avanzar de la historia, al filo del siglo XX, es que se trata de un tipo de narrativa, con un soporte descriptivo y cronológico, pero orientada por un principio analítico y cuantitativo. El producto final, aunque carezca de cuadros y gráficos, se elabora sin desatender la representatividad de los fenómenos estudiados y su importancia social. El énfasis en esto último se deriva de que el propósito básico de las obras históricas es explicar complejos

procesos de cambio, cuya causalidad es incompatible con esquemas simples del tipo causa y efecto o base y superestructura.

¿Para qué sirve la historia? Pierre Vilar, en su *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, un libro que estuvo de moda entre 1980 y 1981, asevera que comprender el pasado es esencial para conocer el presente. Esta afirmación, aunque enteramente válida, es deudora de un enfoque utilitario de la ciencia, cuya importancia se considera solo en el corto plazo y vinculada al diseño y la ejecución de políticas actuales. Lo cierto es que, sin opacar sus eventuales usos prácticos, la función básica del conocimiento histórico consiste en que contribuye a humanizar a la especie humana; un afán compartido por la literatura y el arte.

La historia, en tanto disciplina científica y género literario, confronta dos lógicas distintas. La construcción del conocimiento es una empresa colectiva, en la cual el producto individual, pese a su relevancia, tiende a desactualizarse, no a la consagración. La pertinencia de una obra histórica depende de la importancia del tema que trata y de la rigurosidad con que fue investigado; términos en los cuales siempre será superada. Lo único que le puede asegurar cierta permanencia es su calidad literaria. El enfoque del pasado, que prevalece en los escritos de Jiménez y Fernández Guardia, es hoy inaceptable; pero sus piezas figuran entre los clásicos de la literatura costarricense.

La exposición que precede quizá sirva para apreciar una tendencia que se perfila en el último lustro: en Costa Rica, al igual que en otros países, las obras históricas están alcanzando un conjunto de lectores cada vez más amplio y variado. La razón para esta expansión del mercado quizá obedezca a un cierto desinterés por la ficción, asociado con la crisis de la novela y el gusto por lecturas que instruyen al tiempo que recrean. El cambio es visible en la industria editorial que, desde 1980, enfatiza en la producción de textos científicos, en especial de ciencias sociales; en este contexto, destaca la

buena venta de las colecciones *Historia de Costa Rica* y *Nuestra Historia*.

El éxito mercantil, sin embargo, es solo la fachada de lo que verdaderamente importa y que será vislumbrado en un próximo futuro: pese a la miopía de los medios de comunicación, la historiografía que emerge a partir de 1970, pasará a la historia como uno de los principales fenómenos culturales de la Costa Rica de fines del siglo XX. El pasado costarricense, visto a la luz de las últimas investigaciones, difiere bastante del que esbozaron sus primeros estudiosos; es preciso variar imágenes y creencias, desplazar lugares comunes y abrir espacio para oír otras voces, del zapatero comunista y la obrera de purería al campesino alborotador y el artesano vicioso.

*

El día en que se incorporó al Colegio de Francia, Georges Duby ofreció una brillante síntesis de la evolución de la Europa medieval, de la caída del Imperio Romano a la crisis de los siglos XIV y XV; y con ironía, destacó el caso de los cistercienses, quienes al esforzarse por vivir pobre y frugalmente, se hicieron ricos. La historia siempre se burla de las esperanzas y los esfuerzos humanos. La izquierda tica se afanó, durante varias décadas y con poco éxito, por movilizar a distintos trabajadores. Esta tarea fue cumplida más eficazmente por la canalla de tecnócratas neoliberales: con su torpeza política e insensibilidad consiguió, aparte de agudizar la protesta social, el saqueo del comercio de San José, en una límpida mañana de julio de 1991.

El historiador por inercia tampoco escapó de una burla parecida, ya que al tiempo que descubría sus posibilidades literarias, Clío empezó a seducirme con discreción: un examen que en 1981 escribí para un curso, en 1982 se publicó en la colección *Cuadernos de Historia*; ese mismo año, obtuve el mejor promedio de la Universidad de Costa Rica, y se me

premió en una ceremonia a la que asistí con una camiseta vieja, mis peores *tenis* y mis *jeans* más desteñidos; y en 1983, con el encargo de impartir cursos de teoría económica, debuté en la docencia a una y otra orilla del Pirro.

La literatura –en contraste– me volvía la espalda: en acato del *Manual para ser escritor*, empecé a versificar a mis 10 años, bajo la influencia de Darío y Neruo; 2 años después, me trasladé a la prosa, fascinado por las novelas de Verne, y entre mis 12 y 14 años el impulso creativo fue tal que exterminé, para escándalo de mi familia, la máquina de escribir Smith-Corona que mi padre compró a principios de la década de 1950. El desastre, que me valió una tunda, se inició una tarde en que la tecla C ya no funcionó; en mi desesperación por arreglar el daño, desarmé completamente el aparato y, aunque lo volví a armar, ya no se levantó y anduvo.

El volumen de mi producción, en el campo de la prosa, ascendió en el bienio 1973-1974 a una veintena de cuentos y a varias novelas cortas. La primera, de unas 50 cuartillas y amplia influencia verniana, trataba de un viaje al centro de la Luna; pero casi no recuerdo la trama. La segunda, de similar extensión e inspirada en el *Nils Olgerson* de Lagerlöff, describía el viaje maravilloso de unos niños y unos patos por una geografía insólita, llena de cataratas y pirámides. La tercera, que nunca terminé, se iniciaba en Chinandega y su ambiente era la Nicaragua de los años de Walker (1855-1857). La cuarta y más extensa (de casi 150 páginas) se verificaba en la selva amazónica, con una partida de aventureros en busca de un avión estrellado que transportaba un tesoro.

El esfuerzo que más me satisfizo fue un relato de unas 70 cuartillas, cuyo contexto era la inmigración europea en el siglo XVII; en alguna parte leí el caso de un barco cargado con nobles exiliados y sus sirvientes, el cual zozobró en las costas de Canadá y, aunque los pasajeros sobrevivieron al naufragio, después perecieron de hambre. La trama de mi

novela era similar, pero con un final feliz, ya que el capitán —un inglés— era un tipo muy competente y evitaba la tragedia. Este personaje era una copia del Rivière de *Vuelo Nocturno*, un libro de Saint-Exupéry que por esta época me fascinaba.

El ímpetu creativo fue insuficiente para superar la condición de inédito; pese a que envié mis obras a concursos por toda América Latina y España, jamás quedé de finalista y no obtuve siquiera un simple accésit. El grueso de mis escritos, excepto por un caso, sirvió únicamente para torturar a mi familia, en cuyo seno encontré a mis primeros y forzados lectores. ¿Fue tiempo perdido el que pasé junto a la difunta Smith-Corona? El FMI quizá diría que sí, pero durante mi febril actividad mejoré mi ortografía y una vez mi hermano me felicitó por uno de mis cuentos, que trataba de la destrucción de Alajuela por una inundación, el cual le pareció original y bien escrito.

La excepción a que aludí antes fue una novela erótica, de unas 15 cuartillas a espacio sencillo, la cual escribí —original y 3 copias— en 1973, durante un permiso sin goce de salario de mi ángel de la guarda. La inspiración procedía de Chaucer, Boccaccio, la *Moll Flanders* de Defoe y una película inglesa dirigida por Jerzy Skolinowski y titulada *La muchacha del baño público*. La trama de mi atrevido relato la olvidé, pero lo cito porque, no apto para el mercado familiar, precisaba de otra audiencia de lectores, y la lancé entre mis compañeros de colegio, de cuyo favor gozó. Esta ficción, cuya lectura alquilaba por 50 céntimos, me deparó mis iniciales derechos de autor y es mi único éxito de librería.

El ciclo de producción literaria intensiva acabó a fines de 1974: en una tarde clara, reuní mis obras completas en el patio y las convertí en cenizas, en un fuego purificador que casi incendia mi casa; a partir de 1975, escribí poco, tendí a concentrarme en la poesía y dejé de participar en certámenes. Lo único que publiqué entre ese año y 1977, fueron unas breves piezas en el periódico del colegio, fácil hazaña dado que yo era uno de los editores. La carrera literaria la volví a

asumir seriamente en 1979, fecha cuando preparé una antología poética y la presenté a una casa editora que se demoró casi 9 meses en rechazarla.

El desánimo inicial no me venció; en 1980 y bajo la influencia de Espriu, Foix y Villon, escribí un ambicioso poemario, compuesto de 39 sonetos de rima libre y titulado *La noche iluminada*. El libro, escrito en la época en que se inició la *reaganomics*, estalló la crisis económica en Costa Rica y empezó a agravarse la guerra en el resto del istmo, tenía por eje la incertidumbre del futuro, en especial para la clase media tica. La confrontación entre el ser y el deber ser, central en la obra, expresaba la angustia por el eventual colapso de la democracia, una profecía avanzada por varios científicos sociales, quienes creían que Costa Rica iba por el camino de Uruguay y Chile.

La presencia de lo histórico en mi quehacer literario es visible en varias de mis cortas y destruidas novelas, y en algunos cuentos, cuya trama se desplegaba en épocas clave: en 1821, en la década de 1880 y durante la dictadura de los Tinoco (1917-1919). *La noche iluminada*, sin embargo, fue mi primera obra poética con un tema específico y, por decirlo así, más civil que sentimental; en el fondo, se trata de la reflexión –torpe y críptica, según la adjetivó uno de los dictaminadores del manuscrito– de un joven e imberbe ciudadano acerca del virtual porvenir de su país. Lo interesante del caso es que el poemario es deudor de “El tiempo del Quijote”.

El artículo de Vilar, al analizar la crisis española del siglo XVII, enfatizaba en el irrealismo que carcomía a la sociedad de Felipe III, un mal atacado por un ejército de arbitristas y base del sueño insular de Sancho Panza. La experiencia de Costa Rica, en la década de 1970, fue similar: con la expansión del Estado, el alza en los precios del café en 1976 y 1977, el crecimiento del consumo y la promesa de que en el año 2000 Tiquicia sería otra Suecia, el país entero se embriagó de sueños y quimeras. Esta irrealidad, destruida

después al ritmo de devaluaciones, inflación y PAEs, fue lo que traté de captar en mi poemario, cuyo espíritu se visibiliza en el soneto 12:

“¿Conciliarás lo que ves con lo que oyes?
Escuchas que vives en el mejor
de los mundos posibles y descubres
que no es así. Llovió claridad

esta mañana y en un vasto sótano,
uncidas al carro de la miseria,
miles de familias, cuyas espaldas
palacios de oro sostenían, viste.

Mas, ¿cómo aceptar que creíste en sueños
sin raíces, en flores que existían
solo en tus ojos, en vientos inmóviles?

¿Cómo aceptar que a veces el mar
no es el mar, que a veces el día
es solo una noche iluminada?”

La noche iluminada corrió igual suerte que su predecesor, con el agravante de que, aunque se me planteó la opción de elegir varios de los poemas para una antología de poesía joven, esta no se concretó; en tales circunstancias, decidí olvidarme de la vocación literaria. La firmeza con que ejecuté esa directriz no fue demasiado estricta, ya que volví al vicio a los pocos días, pero dejé de participar en concursos y desistí de publicar mi prosa y mis versos. La práctica de mi oficio afianzó este curso de acción, dado que a partir de 1985 superé la condición de inédito a lomos de mis artículos de historia.

*

La composición de breves piezas literarias no se degradó a pasatiempo de domingo; sin embargo, de 1982 en adelante,

procuré concentrarme en mi carrera académica, contexto en el cual comencé a preparar mi tesis de posgrado. El tema original de mi disertación era político y se ordenaba según el esquema de la *longue durée* avanzado por Braudel. La investigación se dividiría en tres partes: en la primera, caracterizaría la economía del Valle Central entre 1750 y 1821; en la segunda, estudiaría la sociedad de ese período; y en la última y principal, explicaría por qué se libró la Batalla de Ochomogo en 1823.

El objetivo básico de mi tesis era develar las causas profundas —económicas y sociales— de un evento político; un proyecto cuyo fracaso evitó que figurara en la lista negra de los partidarios del individualismo metodológico, la teoría de los juegos y el *rational choice*. El producto final fue un extenso y pesado volumen, escrito con cierta pedantería cientificista y algo de ingenuidad veinteañera; de sus casi quinientas cuartillas, en las cuales metáforas y símiles compiten con cuadros y gráficos, únicamente en cinco se discute, con escaso detalle, la coyuntura política que culminó en la escaramuza de 1823.

La disertación trata en esencia acerca de la economía y la sociedad del Valle Central en los años 1800-1824. El cambio de énfasis obedeció a dos razones, una práctica y otra, por decirlo así, científica. Lo último se vincula a la tesis doctoral de Lowell Gudmundson, defendida en 1982: pese a que prometía ser una pieza clave sobre la Costa Rica previa a la expansión del café, su investigación, excelente en la crítica del concepto de democracia rural, es bastante limitada. La obra no profundiza en el estudio de la estructura agraria, presta poco interés al capital comercial y depende en exceso de una fuente cualitativamente pobre: el censo de 1843-1844.

La investigación de Gudmundson, dados sus vacíos y su énfasis en los datos de la década de 1840, era poco útil para basar una caracterización económica y social del Valle Central en 1821. La vía que tenía por delante era clara: con el fin

de sustentar cabalmente las dos primeras partes de mi tesis, pasé el año 1983 en el Archivo Nacional, en consulta con diversas fuentes, en particular escrituras de compraventas, préstamos e inventarios sucesorios. La escasa experiencia con que empecé mi viaje provocó que, más de una vez, debiera devolverme al puerto para calafatear la barca y evitar el naufragio.

El viento frío de diciembre de 1983 me encontró con tres problemas: una infección en la garganta; un balance preliminar de los datos que no descubriría diferencias económicas y sociales significativas entre los imperialistas de Cartago y Heredia y los republicanos de San José y Alajuela; y un centenar de cuadros y gráficos con los que no sabía qué hacer. La luz vino con el Año Nuevo, aunque todavía ignoro cómo: una tarde de enero comencé escribir y dos meses después tuve listo el borrador de mi tesis. El catalizador de tal esfuerzo fue la urgencia por asegurar mi empleo, en asocio con la tentación de casarme, que empezaba a visitar mi cabeza.

Los meses posteriores fueron cansados y tensos y casi corrió la sangre; por fortuna, la paciencia de mis lectores y director se agotó primero, y en un día de octubre de 1984, tras tres horas de acalorado debate, defendí mi tesis. El resto del año me dediqué a preparar varios artículos, con base en capítulos de la disertación o en información que extraje y no utilicé (un defecto común en el oficio). El paso decisivo lo di en 1985, fecha en que me incorporé al equipo de profesionales del Centro de Investigaciones Históricas, con un proyecto sobre la economía del Valle Central entre 1825 y 1850.

La plaza en el Centro fue vital, sin este apoyo, ir más allá de mi tesis hubiera sido en extremo difícil. Este alero me facilitó proseguir con mi investigación y tratar diversos tópicos, cuya importancia vislumbré durante mi época de tesario: el préstamo de dinero a interés, el financiamiento de los caficultores, la compra y venta de tierras y la protesta de las comunidades campesinas por la privatización del suelo comunal. Lo

que enlaza esos dispares temas es el desvelo por entender las variadas formas cómo campesinos y artesanos resistieron y se adaptaron a la capitalización del agro, y cómo la presión desde abajo coadyuvó a fijar los límites y opciones de tal proceso.

La microfama de historiador económico, con que cargué a partir de 1984, fue avalada por el carácter de mi tesis de posgrado, el uso de técnicas estadísticas básicas en mis artículos y mi docencia en el Departamento de Economía de la Universidad Nacional. El adjetivo siempre me molestó, ya que la especialización en historia es un absurdo; ciertamente, uno siempre conoce mejor ciertos temas, épocas y espacios, pero valerse de esta excusa para eludir el análisis de la sociedad y sus cambios es traicionar el oficio. La visión totalizadora de lo social, avanzada por el Renacimiento y la Ilustración, es la que conviene a los historiadores, no la del especialista en una partícula de aire.

El calificativo de “económico” tampoco me gustó por impreciso; en lo que publiqué a partir de 1985, se entrevé ya un creciente interés por diversos aspectos sociales y culturales. El estudio del crédito y del comercio no evitó la dispersión de mis inquietudes; en mi desorden operativo, fui de un tópico a otro, de la composición de las bibliotecas privadas al papel cumplido por el derecho, y de la difusión de nuevas organizaciones empresariales a la visión de mundo implícita en la protesta campesina. La investigación de la economía y la sociedad del Valle Central, entre 1750 y 1850, elevaba preguntas cuya índole exigía desvíos por el territorio de la cultura.

El subrepticio desplazamiento de lo económico a las *mentalités* se oficializó en 1990, cuando empecé a dirigir un proyecto sobre vida cotidiana, y cristalizó en una obra colectiva, que edité con Steven Palmer en 1992 y fue galardonada, en enero de 1993, con el premio “Áncora” de *La Nación*; aspiración secreta de todo intelectual orgánico. La distinción otorgada por este diario es la tercera que se me concede, en

un proceso que se inició en 1992, cuando *Costa Rica (1800-1850)* obtuvo un “Aguileo Echeverría”, dotado con la considerable suma de 35 dólares, que todavía no recojo.

¿Fui devorado por la cultura oficial? Tal vez, y como Jonás a oscuras, soy incapaz de distinguir el vientre en donde moro, pero solicito el beneficio de la duda. El poeta Salvador Espriu decía que él detestaba los premios literarios. Lo adscribo, aunque acojo cuantos vengan, y añado que en Costa Rica, país diminuto y sin peso, los galardones culturales, fabricados con pura irrelevancia reciclada, sirven para tres fines básicos: alegrar a los amigos, amargar a los enemigos e inflacionar el currículum; y a veces, en asocio con la conjunción de los astros, contribuyen a que la obra escogida se venda.

El *affair* de la cultura y de los premios correspondientes se enfoca casi siempre de tres formas distintas y complementarias, pero superficiales: que vale más, en cuanto a dinero y prestigio, ventear el trasero en un certamen de belleza o ser un deportista, que crear una obra de arte o científica; que la concesión de los galardones suele basarse en el amiguismo y la politiquería; y que la producción cultural tica es tan limitada, estadística y cualitativamente, que se debería premiar por lustro y no por año. El pedazo de verdad (y de amargura) contenido en todo lo que precede no lo discuto.

Lo único que cabe es exiliarse o aceptar las reglas del juego; en Costa Rica prevalece la extendida creencia de que la cultura es gratis y superflua, dogma no aplicable a los centros educativos privados, de las guarderías a las universidades. La creación artística y científica es un proceso que, en contraste con los eventos deportivos, atrae poco a las masas y a la prensa, lo cual limita su explotación electoral y económica; y los políticos y empresarios ven con desinterés todo lo que no sirve para cazar votos, elevar utilidades o evadir impuestos. La “...tacañería de los ricachos ramplones...”, denunciada por Vicente Sáenz en 1935, practica aeróbicos y goza todavía de excelente condición física.

La burguesía tica, al frente del Estado o de sus empresas, concibe su vínculo con científicos, intelectuales y artistas, en términos de subordinación, deferencia, servicio y utilidad; en el fondo, se trata de una versión actualizada del esquema de la República liberal de 1884. El disidente, por osado que sea, perecerá siempre, ajusticiado por una descarga de silencio, o enloquecerá, torturado en la torre de la indiferencia. Por eso, vale más ser educado y servicial, callar lo desagradable, jamás alzar la voz, adular a los que mandan, defender sus bienes y libertades, adosar sus mentiras, creer en sus promesas y brindar con su vino.

El científico o el intelectual, con plaza en una universidad pública, quizá un día alcance su trozo de gloria oficial, pero entre tanto, y todavía después de la ceremonia de premiación, se debe conformar con uno de los salarios profesionales más bajos, y arriesgarse a que cualquier imbécil, con espíritu de déspota y elevado a titular de Hacienda, le atrase su giro, se burle de su alarma y lo desprecie con altivez. ¿Existe una vía para escapar de esto? Sí, y deslumbra con sus botijas colmadas de billetes, cada vez más aromados por el suavizante, pero el peaje de tránsito exige más que emular a Fausto: vender el alma y amurallar el corazón.

*

La actitud que tuve a partir de 1982, dadas las divergentes curvas de mis esfuerzos literarios e historiográficos, fue cada vez más consecuente con la lógica de mi oficio. El porvenir me abría la opción de trabajar profesionalmente en el campo de la historia, una expectativa que me tomé con toda seriedad, tanto que empecé a corregir mi plan de vida. Lo importante ya no era aprender a volar con las musas, sino terminar mi tesis de posgrado, superar el interinazgo y asegurar mi plaza en la Universidad de Costa Rica, e irme con una beca a doctorar al exterior, preferiblemente a Europa.

El plan no era original y tenía por base la experiencia de los colegas que viajaron a Francia en la década de 1970, pero

no funcionó, ya que la adquisición de mi estabilidad laboral se prolongó entre 1985 y 1987. El proceso, desgastante y amargo, fue una brillante lección acerca de la mezquindad, el personalismo y la tontería que permean el siempre aldeano, y a veces miope y bilioso, mundillo intelectual costarricense. La excelencia académica, el juicio analítico, el espíritu crítico, el interés institucional y otros lemas por el estilo, cuando los convoqué, se degradaron a pura fraseología vana.

El conflicto, al final resuelto a la tica, tuvo varios efectos positivos: perdí la fe en los planes de vida; consolidé la amistad de los pocos colegas que, en los días más duros del proceso, estuvieron junto a mí sin quejarse, bajo una lluvia de agravios y mentiras; y durante unas tres semanas, a raíz de un escándalo que se conoció con el código clave de *Ivángate* en los pasillos de Ciencias Sociales de la UNA y la UCR, se me consideró altamente peligroso para los intereses tácticos de una diminuta organización de izquierda, de cuya existencia, trayectoria y elevados fines yo vivía ignorante.

El desencanto académico que se derivó de tales vicisitudes cristalizó en una disposición de ánimo más pragmática; en adelante, me propuse distinguir lo que es esencial en la vida universitaria (actualización constante del conocimiento, libertad de cátedra y crítica de la sociedad) de lo que es pompa y parafernalia (títulos, blasones y apellidos). El efecto más visible de esta separación de la paja del grano fue que perdí todo interés en el doctorado, lo cual enfadó a varios colegas y me valió el calificativo de arrogante; de paso, se profetizó que heredaría la mitra de un prominente historiador de Villa Vieja.

La opción de irme a doctorar en un prestigioso claustro de Estados Unidos o Europa perdió sentido por otra razón; al despertar del sueño académico que forjé a partir de 1982, encontré que mis viejas ilusiones, lejos de dejarme por un mejor prospecto, me esperaban fieles y tentadoras, trepadas en la barandilla de mi casa. ¿Fue una simple vuelta al pasado lo que ocurrió en 1987? Sería más exacto decir que el historiador

se convirtió en un escritor, que produce diversas piezas (cuentos de ciencia-ficción, capítulos de novelas, versos sueltos), pero se limita a publicar las de historia.

La esperanza de editar mis trabajos literarios no la pierdo, aunque ya no me obsesiona; en el peor de los casos, y en el supuesto de que no se desinflen los globos en que viajo por gracia de la cultura oficial, quizá (en el planeta de insectos y robots del 2050), alguien o algo los publique póstumamente. La edad enseña a ser paciente y la conexión entre literatura e historia es de por sí un estímulo. La deuda de *La noche iluminada* con “El tiempo del Quijote” ejemplifica un tipo de contacto que no es unilateral. La influencia de una práctica en la otra es recíproca, y “1889” lo evidencia.

La designación de 1989 como el año del “Centenario de la democracia” me irritó. La propaganda oficial, cargada de chauvinismo y culto a la personalidad, desempolvó la vieja y desteñida obra de José María Pinaud y, en una flagrante tergiversación del levantamiento del 7 de noviembre de 1889, lo convirtió en el evento fundador de las prácticas democráticas en Tiquicia. El escaso entusiasmo con que los historiadores tradicionales avalaron la posición historiográfica del gobierno es indicador del tamaño del desatino, el cual fue criticado en un debate que organizó la *Revista de Historia*.

El artículo que presenté en ese foro, basado en la crónica de Pinaud, sostiene que lo acaecido en San José en 1889 fue un peculiar golpe de Estado: una oposición diversa, liderada por Rafael Iglesias y con el apoyo de la plebe artesana y campesina, forzó la caída de Soto y el exilio de Esquivel. El desafío del ejército y la policía por un pueblo colmado de fervor cívico y armado de palos y piedras, es una imagen falsa; y tampoco tiene base una explicación de la agitación popular que exagera la capacidad movilizadora de la Iglesia. Las chaquetas no eran tristes túteres de las levitas y las sotanas, y sus objetivos diferían de los que ventiló en la campaña electoral la cúpula opositora.

La versión que propuse del levantamiento del 7 de noviembre fue acogida con agrado, en especial por su epílogo; sin embargo, en ese ensayo casi no se ve la indignación que me consumía. El poder, con su fiesta oficial, afirmaba su derecho a crear mitos a diestra y siniestra, con un absoluto desprecio por el pasado y el presente. El carácter sobrio del artículo contrasta con su origen, un poema que titulé simplemente “1889”:

“Democracia
por decreto:
gracia
y parapeto.

Centenario:
invento
protocolario,
cuento.

Historia
adulterada:
ajuar de gloria;
debajo, nada.

Maroma
ejecutiva:
tracoma
en carne viva.

Ira
por un ayer sin suerte;
mentira
al aguafuerte

1889:
embestida
de la plebe;
¿perdida?”

*

La democracia costarricense, cuyo pronto colapso se profetizó en 1981, defraudó tal pronóstico. La transformación de la economía y el Estado, conducida por los tecnócratas neoliberales y dictada por el FMI y el BM, no supuso el fin de las prácticas electorales ni un profundo trastorno social. El carácter gradual del proceso facilitó la ejecución de los cambios y el reacomodo de los distintos grupos involucrados, pero ya es claro el porvenir que nos espera. El país, puesto a dieta con los PAEs, estiliza su figura al precio de desfinanciar, privatizar y destruir todo lo que es importante.

El ocaso del siglo XX se topa con una Costa Rica de pobreza creciente y una desigualdad mayor, con escasas opciones de ascenso social y cada vez más clasista, violenta, corrupta y deshumanizada. La nación, cuya invención en las décadas de 1880 y 1890 coronó el universo de los cafetaleros, es un modelo ya agotado, y la burguesía actual lo sabe: falta de escrúpulos, está dispuesta a arrasar con todo. La evasión de impuestos es un pecado venial a la par de otros que no cito, pero cuyo estigma se asoma bajo el dorado brillo de los palacios. El *jet set* tico (para utilizar una vieja imagen de Marx) transpira, por todos sus poros, pus y porquería.

La República, que el gobierno de José María Castro fundó en 1848, agoniza en la década de 1990. Quizá dentro de poco, en un veloz *tour* histórico-urbano, un guía les dirá en un idioma extranjero a los turistas a su cargo: “aquí estuvo la CCSS, allí el ICE, allá el INS”; y con suerte los visitantes volverán a ver con tedio, a través de las grises ventanas de un bus con aire acondicionado. El país, degradado a plataforma de exportación, mercado de consumo *and resort*, “¿necesita acaso de banca nacionalizada, museos,

bibliotecas y universidades públicas? ¿Dónde están las bolsas de basura?”

La voz que preguntó no es la mía, por supuesto, sino la de un ejecutivo vestido impecablemente, tal vez funcionario de un organismo financiero externo o uno de sus socios locales. La suposición la baso en que lo veo colocar letreros de *For sale* por todo mi país. Él se va, sonriente; yo me quedo, un poco preocupado, con la sensación de ser ciudadano de “El país de paja”:

“El país de paja
grava su futuro
alhaja tras alhaja.

Hipoteca cielos,
ríos y mares,
tierras y anhelos.

Privatiza piedras,
caminos y aromas,
veranos y yedras.

Mide y cotiza
lluvias y trenes,
tardes y brisa.

Baja el aforo
de leyes y normas,
vergüenza y decoro.

Deshecho en lisonjas,
barato se ofrece
en plazas y lonjas:

paz, sufragio y un clima
de ola en primavera;
a plazos, sin prima.

¿Y su orgullo? Posa
con él, sonríte,
tose y lo endosa”.

La protesta popular, en los últimos 15 años, puso límites a la aplicación de las políticas neoliberales: de la movilización comunal, con el bloqueo de vías, a los desfiles de campesinos, brutalmente apaleados en 1986; y de las huelgas y paros de los trabajadores públicos, a las marchas universitarias. La presión desde abajo, capaz de suavizar o demorar el proceso de cambio, carece de suficiente fuerza para impugnarlo con éxito. La *miamización* de la Suiza de Centroamérica avanza por un cielo despejado de utopías, en alas de una juventud dichosa, que al volar bate las tristes cenizas de la izquierda.

El consejo de “no confíes en nadie de más de 30 años”, acuñado en la década de 1960, 30 años después exige ser actualizado, y esto significa aplicarlo al revés. El desvelo por transformar el mundo o la vida fue desplazado por el afán por el dinero, sin importar la ética, únicamente la cantidad. El otro día, de paso por el pretil de Estudios Generales en la Universidad de Costa Rica, oí a dos encantadoras jovencitas discutir sobre el futuro económico del país y de sus carreras, y una le dijo a la otra: “mae, a mí lo que me importa es la plata, y los pobres que se jodan.” La frase, aunque poco musical, es una de las que define el espíritu de una época.

La izquierda tica fue otra víctima de tal *esprit*: fragmentada y dogmática, empezó a desvanecerse en la década de 1980. La desilusión por una radicalización popular que jamás ocurrió, en el contexto de una severa crisis económica y de disputas partidarias sin fin, provocó que numerosos intelectuales se alejaran de las organizaciones. El abandono de las viejas creencias y esperanzas se convirtió a veces en un evento público, cuando destacados líderes abjuraron de su fe; en otros casos, una deserción silenciosa fue el prefacio de discretos paseos por las cúpulas del poder, al acecho de cualquier puerta entornada.

La radicalización de los intelectuales, en vísperas de *ALCOA NO*, no fue obra de la izquierda, pero después de abril de 1970, esta última promovió y se aprovechó de ese radicalismo, y al final lo despilfarró. El compromiso de sectores universitarios con las aspiraciones populares y en actitud de denuncia del orden capitalista, fue un *intermezzo* que duró escasos 20 años. La revolución terminó en restauración; a un siglo de las reformas liberales, la burguesía puede ufanarse de tener en su corral a la *intelligentsia* tica, pese a las ovejas negras cimarronas que vagan descarriadas allá afuera.

El proceso de reinserción de los intelectuales “...en el mejor de los mundos posibles...”, se verificó a partir de 1981, entre el desencanto y la amenaza de la proletarianización. La crisis económica, al agravar el crónico desfinanciamiento de la educación superior, supuso una abrupta caída en los salarios universitarios. El profesor cuyo ingreso ascendía a 1.000 dólares en 1980 pasó, en cuestión de días, a devengar un tercio de esa suma. La recuperación salarial posterior fue incapaz de compensar tal deterioro, y los afectados se vieron obligados a emplear variadas estrategias de sobrevivencia.

El expediente usual fue trabajar tiempo completo en una universidad y una jornada adicional en otra institución, empresa u ocupación. La fuga de cerebros total o parcial difícilmente fue un contexto estimulante, y menos para los artistas, científicos o intelectuales, cuya vida se definía por el compromiso social, puesto en duda por la crisis de la izquierda. El lado personal de todo esto lo palpé una tarde de 1989, en un bohemio bar josefino, en el cual —al calor de las cervezas— un colega de ciencias sociales, de brava militancia en la década de 1970, se permitió una confesión breve e imprevista.

La elección de su carrera se basó en un claro compromiso social: a sus veinte años, creía que era su deber servir a la causa de su pueblo, se afilió a una organización de izquierda, participó activamente en protestas y elecciones, e incluso cotizaba para el partido. Él se oponía a considerar perdidos

los años de lucha que siguieron, pero con las crisis del socialismo y el destierro de la utopía, cada día era más notorio que, a pesar de su brillantez y capacidad, era doctor en una profesión económicamente mediocre, un error que todos se lo señalaban, en especial su familia.

Lo que oí me impresionó profundamente: el sin sentido de una ocupación que siempre se vinculó a un porvenir por el que valía la pena batallar, en una época sin esperanza, en la cual el éxito y el fracaso se miden en términos estrictamente monetarios. Con un sentimiento difícil de definir, empecé a escribir un artículo que titulé “El vacío posterior al compromiso”, el cual a mitad de camino se transmutó en “Pájaro en vuelo”:

“Sí, quizá aciertes, todo lo tuve
para ascender: brillantez y fortuna;
en cambio, convencí a una nube
de enseñarme el idioma de la luna.

Aseguras que fue por cobardía
que deserté de un futuro de plata;
pero el cielo que cubre mi día
es un pájaro en vuelo, y escarlata.

Juzgas que mi vida es un fracaso
porque mi afán no es el beneficio
y me fui sin siquiera ver la veta.

¿Cómo decirte que en un ocase
de piel marina encontré el oficio
antiguo y sin sentido del poeta?”

El oficio de historiador, como el del poeta, es también antiguo y sin sentido, y para iniciarse en él, es preciso formular votos de pobreza, al igual que los cistercienses del siglo XI, aunque sin su posterior éxito económico. La subasta

privada de las universidades públicas quizá no esté muy lejos, pero entretanto, uno puede seguir en la orilla equivocada, la opuesta a la del poder y los poderosos, y de vez en cuando tirar una piedra al otro lado, para estremecer el tejado de vidrio de los palacios. Y al ver salir a sus ocupantes asustados, sin maquillaje y con las vergüenzas al aire, dando voces de alarma e indignación, me orinaré de risa, mientras (en palabras de J. V. Foix) “...em veig gepic al bassal de sota l’era”.

*

El epílogo provisional de estas copiosas irrelevancias y pocas irreverencias es que, después de mis 30 años, fumé la paz con la historia y la literatura: en mi bigamia personal, de vez en cuando me toca cumplir el papel del Magister don fulano de tal, profesor de, especialista en, con derecho a voz y voto, pero como lo dicen mis amigos, soy apenas un mae de la Liga, que bretea en la U y siempre anda a pata y sin corbata. La descripción es justa y lo único que agregaría es que, en tanto *academicus*, espero no ser uno de esos especímenes de los cuales hay (en los cautos versos de Benedetti) que “...defender la alegría”.

BIBLIOGRAFÍA

- Abrams, Philip. *Historical Sociology*. Ithaca, Cornell University Press, 1982.
- Acuña, Víctor Hugo e Iván Molina. *El desarrollo económico y social de Costa Rica: de la Colonia a la crisis de 1930*. San José, Editorial Alma Máter, 1986.
- _____. *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*. San José, Editorial Porvenir, 1991.
- Althusser, Louis y Étienne Balibar. *Reading Capital*. London, New Left Books, 1970.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origen and Spread of Nationalism*. London, Verso, 1983.
- Bell, John Patrick. *Crisis in Costa Rica. The 1948 Revolution*. Austin University of Texas Press, 1971.
- Berríos, Rubén y Marc Edelman. “Hacia la diversificación de la dependencia. Los vínculos económicos de Nicaragua con los países socialistas”. *Comercio Exterior*. México, 35: 10 (octubre, 1985), pp. 998-1006.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Bourne, Richard. *Political Leaders of Latin America*. London, Penguin, 1970.
- Cabezas, Omar. *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. La Habana, Casa de las Américas, 1982.
- Cañas, Alberto. *Uvieta*. San José, Editorial Costa Rica, 1981.
- Cardoso, Ciro F. S. “La formación de la hacienda cafetalera costarricense en el siglo XIX”. Florescano, E., comp. *Haciendas, latifundios*

- y plantaciones en América Latina. México, Siglo XXI, 1975a, pp. 635-667.
- _____. "Historia económica del café en Centroamérica (siglo XIX): estudio comparativo". *Estudios Sociales Centroamericanos*. 10 (1975b), pp. 9-55.
- _____. *La historia como ciencia*. San José, EDUCA, 1975.
- Cersósimo Guzmán, Gaetano. *Los estereotipos del costarricense*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1978.
- Clifford, James y George E. Marcus, comps. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, University of California Press, 1986.
- Darnton, Robert. *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*. New York, Basic Books, 1984.
- Duby, George. *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1976.
- _____. "Las sociedades medievales. Una aproximación de conjunto". *Hombres y estructuras de la Edad Media*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1977.
- _____. "Historia social e ideología de las sociedades". Le Goff, Jacques y Pierre Nora, eds., *Hacer la historia*, t. III. Barcelona, Laia, 1979, pp. 157-177.
- Edelman, Marc. "Agricultural Modernization in Smallholding Areas of Mexico: A Case Study in the Sierra Norte de Puebla". *Latin American Perspectives*. 7: 4 (1980), pp. 29-49.
- _____. "Apuntes sobre la consolidación de las haciendas en Guanacaste". *Avances de Investigación del Instituto de Investigaciones Sociales*. San José, 44 (1981).
- _____. "Siete décadas de relaciones soviético-latinoamericanas". *Estudios del Centro Latinoamericano de Estudios Estratégicos*. México, n° EST-008-87, 1987a.
- _____. "EEUU-Nicaragua-URSS: un triángulo explosivo". *Nueva Sociedad*. 88 (Marzo-Abril, 1987b), pp. 59-75.
- _____. "El distrito de riego de Guanacaste (Costa Rica) y la política del agua". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 13: 1 (1987c), pp. 95-111.
- _____. "La cultura política de una protesta campesina contra el ajuste estructural económico en Guanacaste, Costa Rica, 1988". *Revista de Historia*. 23 (1991), pp. 145-190.
- _____. "Arrendamiento ilegal de tierras de la reforma agraria: estudio de caso de Costa Rica". Glade, William y Charles A. Reilly,

- comps. *Investigaciones sobre el desarrollo de base*. Washington, Fundación Interamericana, 1993, pp. 91-111.
- _____. "Un Estado dentro de otro: Las propiedades de los Somoza en el norte de Costa Rica". *Revista de Ciencias Sociales*. 66 (diciembre, 1994a), pp. 21-28
- _____. "Don Chico y el diablo: dimensiones de etnia, clase y género en las narrativas campesinas guanacastecas del siglo XX". Molina, Iván y Steven Palmer, eds. *El paso del cometa: Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)*. San José, Editorial Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1994b, pp. 105-144.
- _____. "Rethinking the Hamburger Thesis: Deforestation and the Crisis of Central America's Beef Exports". Durham, William y Michael Painter, comps. *The Social Causes of Environmental Destruction in Latin America*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995, pp. 25-62.
- _____. "Reconceptualizing and Reconstituting Peasant Struggles: A New Social Movement in Central America". *Radical History Review*. 65 (Spring, 1996a), pp. 26-47.
- _____. "Devil, Not-Quite-White, Rootless Cosmopolitan: *Tsuris* in Latin America, the Bronx, and the USSR". Bochner, Arthur P. y Carolyn Ellis, comps. *Composing Ethnography: Alternatives Forms of Qualitative Writing*. Walnut Creek, California, AltaMira Press-Sage Publications, 1996b, pp. 267-300.
- _____. *La lógica del latifundio: las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde finales del siglo XIX*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997.
- _____. y Rodolfo Monge Oviedo. "Costa Rica: The Non-Market Roots of Market Success". *NACLA Report on the Americas*. 26: 4 (February, 1993), pp. 22-29 y 43-44.
- _____. y Mitchell A. Seligson. "La desigualdad en la tenencia de la tierra: una comparación de los datos de los censos y de los registros de propiedad en el sur de Costa Rica en el siglo XX". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 20: 1 (1994), pp. 65-113.
- Febvre, Lucien. *Combates por la historia*, 4a. edición. Barcelona, Ariel, 1975.
- Franco, Jean. *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*. New York, Columbia University Press, 1989.
- Gerassi, John. *The Great Fear in Latin America*. New York: Collier Books, 1965.

- González, Paulino. "Las luchas estudiantiles en Centroamérica 1970-1983". Camacho, Daniel y Rafael Menjívar, comps. *Movimientos populares en Centroamérica*. San José, EDUCA, 1985, pp. 238-292.
- Gudmundson, Lowell. *Costa Rica antes del café: sociedad y economía en vísperas del boom exportador*. San José, Editorial Costa Rica, 1990.
- Hale, Charles A. *The Transformation of Liberalism in Late-Nineteenth-Century*. Mexico. Princeton, Princeton University Press, 1990.
- Harvey, David. *The Condition of Postmodernity*. London, Basil Blackwell, 1989.
- Hill, Christopher. "Protestantism and the Rise of Capitalism". *Change and Continuity in Seventeenth-Century England*. London, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 81-102.
- Hobsbawm, Eric. *Rebeldes primitivos*, 2da. edición. Barcelona, Ariel, 1974.
- _____. *Bandidos*. Barcelona, Ariel, 1976.
- Kuhn, Thomas S. *The Structure of Scientific Revolutions*, 2d. ed., Chicago, University of Chicago Press, 1970.
- Lancaster, Roger N. *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. Berkeley, University of California Press, 1992.
- Láscaris, Constantino. *El costarricense*. San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1975.
- Lehoucq, Fabrice. "Explicando los orígenes de los regímenes democráticos: Costa Rica bajo una perspectiva teórica". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 16: 1 (1990), pp. 7-29.
- _____. "The Origins of Democracy in Costa Rica in Comparative Perspective". Ph.D. Thesis, Duke University, 1992.
- _____. "Class Conflict, Political Crisis and the Breakdown of Democratic Practices in Costa Rica: Reassessing the Origins of the 1948 Civil War". *Journal of Latin American Studies*. 23: 1 (February 1991), pp. 37-60 [versión española en *Revista de Historia*. San José, 25 (enero-junio de 1992), pp. 65-96].
- _____. "Política, democracia y guerra civil en Costa Rica". *Reflexiones*. 14 (septiembre, 1993), pp. 11-16.
- _____. "La dinámica política institucional y la construcción de un régimen democrático: Costa Rica en perspectiva latinoamericana". Taracena, Arturo y Jean Piel, comps. *Identidades nacionales*

- y *Estado moderno en Centroamérica*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1995, pp. 151-164.
- _____. "The Institutional Foundations of Democratic Cooperation in Costa Rica". *Journal of Latin American Studies*. 28: 2 (May 1996), pp. 329-355.
- _____. *Lucha electoral y sistema político en Costa Rica (1948-1998)*. San José, Editorial Porvenir, 1997.
- _____. *Instituciones democráticas y conflictos políticos en Costa Rica*. Heredia, Editorial Universidad Nacional, en prensa.
- _____ y Bruce Wilson. "Politics and Government". Hudson, Rexford, ed. *Costa Rica: A Country Study*. Washington, Library of Congress (en prensa).
- _____ e Iván Molina. *Fraud, Electoral Reform and Democracy: Costa Rica in Comparative Perspective* (en prensa).
- Lenin, V. I. *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Obras escogidas*. Moscú, Progreso, 1972.
- Lynd, Robert S. *Knowledge for What? The Place of Social Science in American Culture*. Princeton, Princeton University Press, 1939.
- Lyra, Carmen. *Cuentos de mi tía Panchita*, 6a. edición. San José, Litografía e imprenta Costa Rica, 1970.
- Marcus, George E. y Michael M. J. Fischer. *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*. Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- Meléndez, Carlos, comp. *Mensajes presidenciales*. San José, Academia de Geografía e Historia, 1980-1991.
- Molina, Iván. "Independencia y transición al capitalismo dependiente (el caso de Costa Rica)". *Cuadernos de Historia*. San José, Escuela de Historia y Geografía, UCR, 41 (1982), pp. 1-22.
- _____. "El capital comercial en un valle de labriegos sencillos (1800-1824). Análisis del legado colonial del Valle Central de Costa Rica". Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1984.
- _____. *La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1988.
- _____. "El 89 de Costa Rica: otra interpretación del levantamiento del 7 de noviembre". *Revista de Historia*. San José, No. 20 (julio-diciembre de 1989), pp. 175-192.
- _____. *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1991.

- _____. *Comercio y comerciantes en Costa Rica (1750-1840)*. San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1991.
- _____. *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Nacional, 1995.
- _____ y Steven Palmer. *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*. San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1992.
- _____. *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1990)*. San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1994.
- _____. *La voluntad radiante. Cultura impresa, magia y medicina en Costa Rica (1897-1932)*. San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1996.
- _____. *Costa Rica (1930-1996). Historia de una sociedad*. San José, Editorial Porvenir, 1997.
- _____. *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1997.
- _____. *The History of Costa Rica. Brief, Up-to-Date and Illustrated*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1997.
- _____ y Patricia Fumero. *La sonora libertad del viento. Sociedad y cultura en Costa Rica y Nicaragua (1821-1914)*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1997.
- Munro, D. G. *The Five Republics of Central America*. Oxford, Oxford University Press, 1918.
- _____. "A Student in Central America, 1914-1916". Middle American Research Institute. Tulane University. 51 (1983).
- Muñoz, Mercedes. *El Estado y la abolición del ejército en Costa Rica, 1914-1949*. San José, Editorial Porvenir, 1990.
- Murphy, Robert F. *The Dialectics of Social Life*. New York, Basic Books, 1971.
- _____. "The Dialectics of Deeds and Words: Or Anti-the Antis (and the Anti-Antis)". *Cultural Anthropology*. 5: 3 (1990), pp. 331-37.
- _____. "Anthropology at Columbia: A Reminiscence". *Dialectical Anthropology*. 16 (1991), pp. 65-81.
- Myrdal, Gunnar. *Objectivity in Social Research*. New York, Pantheon, 1969.
- Palmer, Bryan D. *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*. Philadelphia, Temple University Press, 1990.

- Palmer, Steven. "Carlos Fonseca Amador and the Construction of Sandinismo in Nicaragua". *Latin American Research Review*. 21: 1 (1988), pp. 91-109.
- _____. "A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica, 1870-1900". Ph.D. Thesis, Columbia University, 1990.
- _____. "Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica (1848-1900)". Molina, Iván y Steven Palmer, eds. *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*. San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1992, pp. 169-205.
- _____. "Getting to Know the Unknown Soldier: Official Nationalism in Liberal Costa Rica, 1880-1900", *Journal of Latin American Studies*. 25: 1 (1993), pp. 45-72.
- _____. "Central American Union or Guatemalan Republic? The National Question in Liberal Guatemala, 1871-1885", *The Americas*. XLIX: 4 (April, 1993), pp. 513-530.
- _____. "Pánico en San José. El consumo de heroína, la cultura plebeya y la política social en 1929". Molina, Iván y Steven Palmer, eds. *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1850)*. San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1994, pp. 191-224.
- _____. "Hacia la 'Auto-inmigración': El Nacionalismo Oficial en Costa Rica, 1870-1930". Taracena A, Arturo. y Jean Piel, comps., *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1995, pp. 75-85.
- _____. "Prolegómenos a toda historia futura de San José. Costa Rica". *Mesoamérica*. 31 (junio de 1996), pp. 181-213.
- _____. "Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920". *Mesoamérica*. 31 (junio de 1996), pp. 99-121.
- _____. "Confinement, Policing, and the Emergence of Social Policy in Costa Rica, 1880-1935". Salvatore, Ricardo and Carlos Aguirre, eds. *The Birth of the Penitentiary in Latin America. Essays on Criminology, Prison Reform, and Social Control, 1830-1940*. Austin, University of Texas Press, 1996, pp. 224-253.
- _____. *The Social Clinic. Moral Policing, Popular Medicine and Heroin Panic in Costa Rica, 1900-1940* (en prensa).
- _____ y Gladys Rojas. "Educating Señorita: Teacher Training, Social Mobility and the Birth of Costa Rican Feminism, 1885-1925". *Hispanic American Historical Review* (en prensa).

- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Ramírez, Sergio. *Castigo divino*. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1988.
- Riding, Alan. *Distant Neighbors: A Portrait of the Mexicans*. New York, Knopf, 1985.
- Román, Ana Cecilia. "Las finanzas públicas de Costa Rica: metodología y fuentes (1870-1948)". *Trabajos de Metodología*. Centro de Investigaciones Históricas de América Central. Universidad de Costa Rica. 3 (1995), pp. 1-100.
- Salazar, Jorge Mario. *Crisis liberal y Estado reformista. Análisis político-electoral 1914-1949*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1995.
- Salazar, Orlando. *El apogeo de la república liberal en Costa Rica 1870-1914*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1990.
- Sáenz, Vicente. "Comentario sin trascendencia sobre descomposición social y otros tópicos". *Ensayos escogidos*. San José, Editorial Costa Rica, 1983, pp. 79-83.
- Sangren, P. Steven. "Rhetoric and the Authority of Ethnography: 'Postmodernism' and the Social Reproduction of Texts". *Current Anthropology*. 29: 3 (1988), pp. 405-435.
- Stone, Samuel. *La dinastía de los conquistadores*. San José, EDUCA, 1975.
- Thompson, E. P. *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, 2da. edición. Barcelona, Editorial Crítica, 1984.
- _____. *The Poverty of Theory and Other Essays*. New York, Monthly Review Press, 1978.
- Torres-Rivas, Edelberto. *Interpretación del desarrollo social centroamericano*. San José, EDUCA, 1971.
- Valenzuela, Arturo y J. Samuel. "Los orígenes de la democracia: reflexiones teóricas sobre el caso de Chile". *Estudios Públicos*. Santiago, No. 13 (1983).
- Valenzuela, J. Samuel. *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile*. Buenos Aires, IDES, 1985.
- Vargas, Claudio. *El liberalismo, la Iglesia y el Estado en Costa Rica*. San José, Guayacán y Alma Máter, 1991.
- Vega Carballo, José Luis. "El nacimiento de un régimen de burguesía dependiente: el caso de Costa Rica (I)". *Estudios Sociales Centroamericanos*. 5 (1975a), pp. 157-185.

- _____. “El nacimiento de un régimen de burguesía dependiente: el caso de Costa Rica (II)”. *Estudios Sociales Centroamericanos*. 6 (1975b), pp. 83-118.
- Vilar, Pierre. “El tiempo del Quijote”. *Crecimiento y desarrollo*, 3a. edición. Barcelona, Editorial Ariel, 1976, pp. 332-346.
- _____. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, 2da. edición. Barcelona, Editorial Crítica, 1980.
- Vonnegut, Kurt. *Cat's Cradle*. New York, Holt, Rinehart and Winston, 1963.
- White, Leslie. “The Social Organization of Ethnological Theory,” *Rice University Studies*. 52 (1966), pp. 1-66.

ÍNDICE

- Abrams, Philip, 8
Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, 97
Acuña Ortega, Víctor Hugo, 1-3, 45, 75, 104
Alajuela, 105, 112, 113, 114, 115, 123, 127; Aeropuerto Internacional Juan Santamaría, 77; Asociación de Estudiantes Universitarios de Alajuela (AEUA), 10; Cine Alajuela, 115; Grecia, 113, 116; Liga, 139; Parque Central, 114; Parque Juan Santamaría, 107; Poás, volcán, 84; San Ramón, 20; Teatro Milán, 114; Vara Blanca, 113
Alberti, Rafael, 108
ALCOA NO, 103, 107, 137
Althusser, Louis, 21
América Central, 11, 34, 67; del Norte, 65; Latina, 9, 10, 15, 21, 24, 32, 38, 64, 66, 67, 70, 91, 123; véase también: Latinoamérica, Norteamérica, Sur América
“Áncora”, premio, 128
Anderson, Benedict, 76
Anderson, Perry, 100-101
Andes, 14
Ángeles, virgen de los, 88
“Aquileo Echeverría”, premio, 129
Aragon, Louis, 108
Araya Pochet, Carlos, 99
Arbenz, Jacobo, 90
Argentina, 74
Arias Sánchez, Óscar, 30, 50
Asignaciones Familiares, 32
B. C. Sugar Company, 66
Balibar, Étienne, 21
Banco Mundial (BM), 42, 134
Bandidos, 116
Batalla de Ochomogo, 126
“Batman”, 112
Bécquer, Gustavo Adolfo, 108
Belice, 15
Bell, John Patrick, 71, 74
Benedetti, Mario, 139
Berlín, 109
Bloch, Marc, 99
Bocaccio, G., 123
Bourne, Richard, 12
Brasil, 7, 34, 64, 74; Amazonas, río, 14
Braudel, Fernand, 100, 117, 126
Breslin, Jimmy, 14
Burton, Julianne, 67
Bush, George, 33, 41
Cabezas, Omar, 68
Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS), 52-53, 134
Calderón Fournier, Rafael Ángel (“Junior”), 93
Calderón Guardia, Rafael Ángel, 47, 49
Canadá, 12, 59, 67, 86, 95, 122; Café Madeleine, 65; Columbia Británica, 61; Montreal, 61, 64; Newfoundland, 65; Quebec, 61; Saint John’s, 2, 61.

- 76, 80; Shawinigan, 64; Universidad de Columbia Británica, 65; Vancouver, 61, 63, 67
- Canal de Suez, 64
- Cañas, Alberto, 18
- Carballo, Carmen, 23-24
- Cardoso, Ciro F. S., 16, 98, 99-101
- Caribe, 57
- Carpentier, Alejo, 117
- Cartago, 127
- Castigo Divino*, 90, 93
- Castro Cervantes, Fernando, 48
- Castro, José María, 134
- Cat's Cradle*, 18
- "Centenario de la democracia costarricense", 50, 132
- Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, 48
- Centroamérica, 2, 10, 11, 12, 16, 21, 27, 29, 39, 41, 65, 72, 73, 74, 82, 86, 91
- Cersósimo Guzmán, Gaetano, 25
- Cervantes Saavedra, Miguel de, 117
- Chaucer, G., 123
- Chaunu, Pierre, 100
- Chayanov, A. V., 21
- Chen Apuy, Hilda, 99
- Chile, 11, 37, 39, 124
- Clachar, David, 22-24
- "Cleto González Víquez", premio, 97
- Clifford, James, 5
- Clío, 105, 121
- "Coca Cola", mercado, 14
- Colombia, 39; Bogotá, 14; Cartagena, 14; San Andrés, 14, 112
- "Combate", 112
- Combates por la historia*, 99
- Compañía Marconi, 64
- Copa Mundial de Fútbol, Italia 90, 87
- Cortázar, Julio, 106
- Cortés Castro, León, 48
- Costa Rica (1800-1850)*, 129
- Coto Brus, 33
- Cruz Roja Costarricense, 77
- Cuadernos de Historia*, 121
- Cuba, 83; Sierra Maestra, 83
- Cuentos de mi tía Panchita*, 113
- Dalí, Salvador, 92
- Darío, Rubén, 68, 108, 122
- Darnton, Robert, 18
- Davis, Miles, 65
- Decamerón*, 108
- Defoe, Daniel, 123
- Diario de Costa Rica*, 49
- Dickens, Charles, 106
- Dickey, Lawrence, 71
- Disney, Walt, 112
- Dobb, Maurice, 100
- "2001: Odisea del espacio", 108
- Duby, Georges, 100, 117, 121
- Dumas, A., 106, 117
- Ecuador, 63, 64; Quito, 68, 85
- Edelman, Marc, 1-3, 15, 23, 29, 31, 33
- El Capital*, 100
- "El Conejo de la Suerte", 114
- El imperialismo, fase superior del capitalismo*, 21
- El laberinto de la soledad*, 7
- El llano en llamas*, 117
- El maravilloso viaje de Nils Olgerson*, 122
- "El niño yuntero", 108
- "El país de paja", 135
- El principito*, 110
- El protestantismo y el desarrollo del capitalismo", 117
- El Salvador, 16, 72, 74-75
- El tiempo del Quijote", 117, 124, 132
- Electra, 83
- Eluard, Paul, 108
- Engels, F., 110
- Escocia, 87
- España, 123; Sevilla, 70
- Espriu, Salvador, 108, 124, 129
- Esquivel Ibarra, Ascensión, 132
- Estados Unidos, 8, 10-11, 14-15, 17-18, 22, 26-29, 32-34, 37-41, 56, 59, 63, 65-67, 69-70, 72-73, 82, 85-86, 97, 99-100, 106, 132; Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), 42; Bloomington (Indiana), 2; Bronx, 29; Carolina del Norte, 37; Casa Blanca, 72; Chapel Hill, 40; Chicago, 11; Consejo Nacional de Seguridad, 72-73; Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia, 15; Departamento de Estado, 74; Embajada de los Estados

- Unidos en Guatemala, 11-12; Escuela de Arquitectura de la Universidad de Cornell, 10; Fordham University, 29; Greenwich Village, 9; Iowa, 81-83; Ley de Libertad de Información de los Estados Unidos, 28; Miami, 83, 112, 116; Newport News (Virginia), 2; North American Congress on Latin America (NACLA), 29, 73; Nueva Orleans, 1; Nueva York, 2, 9-11, 24, 29, 32, 34, 64, 67-68, 70-71, 79, 91; San Francisco, 67; Social Science Research Council, 39-40; Tratado de Paz de París, 14; Universidad de Carolina del Norte, 40; de Chicago, 10; de Columbia, 15, 20, 67; de Cornell, 10; de Duke, 37; de Iowa, 80; Washington, 34; Watergate, 64
- Europa, 21, 67, 82, 99-100, 131-132; medieval, 117, 121; occidental, 70; oriental, 110
- Fama, 105
- Febvre, Lucian, 99
- Federación Sindical Agraria Nacional (FESIAN), 31
- Felipe III, 124
- Fernández Guardia, Ricardo, 117, 120
- Fielding, Henry, 98
- Figueres Ferrer, José (“don Pepe”), 42, 47-48
- Fischer, Michael M. J., 5
- Flaubert, G., 117
- Fogg, Phileas, 91
- Foix, J. V., 108, 124, 139
- Fondo Monetario Internacional (FMI), 42, 123, 134
- Fonseca Amador, Carlos, 67
- Fonseca, Elizabeth, 55
- Francia, 99, 131; Colegio de Francia, 121; Escuela de los *Annales*, 100; París, 9, 56
- Franco, Jean, 67, 71
- Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), 74
- Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), 67
- Fundación Tinker, 15
- Furtado, Celso, 15
- García Márquez, Gabriel, 106
- Gerassi, John, 10
- Gogol, N., 117
- González Flores, Alfredo, 51
- González Víquez, Cleto, 51
- González, Paulino, 9, 99, 101
- Goytisolo, José Agustín, 110
- Gran Depresión, 93
- Guanacaste, 17, 19, 21-22, 24-25, 30, 32, 51, 59, 87, 95; Bolsón, 23; Fildelfia, 34; “Hacienda El Viejo”, 23; Liberia, 13, 94-95; Peñas Blancas, 69, 93; Playas del Coco, 13, 22; Santa Cruz, 20, 23, 30-31; “Take It Easy”, 22
- Guardia Civil, 41; de Asistencia Rural, 41
- Guardia Gutiérrez, Tomás, 44
- Guatemala, 11, 13-14, 16, 39-40, 74-75, 78-79, 86; Antigua, 78; Biblioteca César Brañas, 79; ciudad de Guatemala, 79, 90; Hemeroteca Nacional, 78; Pacaya, volcán, 90; Panajachel, 12; Policía Nacional, 12, 79
- Gudmundson, Lowell, 99, 126
- Guerra Fría, 29
- Guerreros y campesinos*, 117
- Guevara, Ernesto, “Che”, 12
- “Gulf Petrochemicals”, 64
- Hale, Charles, 80, 82-83
- Hall, Carolyn, 99
- Harvey, David, 5
- Heredia, 127; Pirro, río, 122;
- Hernández, Miguel, 108
- Herodoto, 117
- Héroes al gusto*, 95
- Hill, Christopher, 100, 117
- Hilton, Rodney, 100
- “Historia social e ideología de las sociedades”, 117
- Hobsbawm, Eric, 100-101, 116
- Honduras, 12, 16, 34, 94, 95; Copán, 95; Tegucigalpa, 14, 93
- Iglesia Católica, 45, 50, 132
- Iglesias Castro, Rafael, 51, 132
- Ilustración, 104, 128

- Imagined Communities*, 75
 Imperio Romano, 121
 Inglaterra, 13, 61, 118; *véase también*:
 Reino Unido
*Iniciación al vocabulario del análisis his-
 tórico*, 120
 Instituto Costarricense de Electricidad
 (ICE), 85, 134
 Instituto Nacional de Seguros (INS), 134
Introducción a la historia, 99
 Islas Vírgenes, 9-10
 "Ivángate", 132

 Jamaica, 77
 James, C. L. R., 84
 Jiménez de la Guardia, Manuel, 19
 Jiménez Ortiz, Manuel Francisco, 48
 Jiménez Rojas, Ezequiel, 3
 Jiménez Pacheco, Julio, 3
 Jiménez, Manuel de Jesús, 117, 120
 Juana, huracán, 77

 Kautsky, Karl, 21
 Kissinger, Henry, 14
 Klein, Herbert, 67
 Kuhn, Thomas, 5

La dinastía de los conquistadores, 19
 "La dulce vida", 108
La educación sentimental, 117
La Gaceta, 47
La historia como ciencia, 98
 "La Internacional", 110
*La montaña es algo más que una inmensa
 estepa verde*, 68
 "La muchacha del baño público", 123
La mujerzuela respetuosa, 108
La Nación, 42, 92, 128
La noche iluminada, 124-125, 132
 "La patada", 78
La Prensa Libre, 42, 47-49
 "La rama", 109
La República, 42
La Tribuna, 49
 Labrousse, E., 100
 Lagerlöff, S., 122
 Lancaster, Roger N., 8
 Láscaris, Constantino, 25
Latin American Handbook, 69

 Latinoamérica, 18, 26, 34, 37, 38, 39, 40,
 83, 87
 Le Goff, Jacques, 100
 Legrand, Catherine, 65-67
 Lehoucq, Fabrice E., 1-3
 Lenin, V. I., 21, 100, 110
 León Felipe, 108
 Lévi-Strauss, C., 20
 Liberación Nacional, partido, 31, 42, 48,
 101, 112
Life is Hard, 8
 Limón, 77, 87
 "Los Picapiedra", 112
Los tres mosqueteros, 117
 Lynd, Robert S., 6

 Machado, Antonio, 108
 Malinche, 87
Manifiesto Comunista, 108
 Moreno Fragnals, Manuel, 15
 Mar Caspio, 56
 Marcus, George E., 5
 Marx, K., 100, 110, 134
 Mauro, F., 100
 McGovern, George, 11
 "Meditación sobre el yesero", 110
 Meléndez Chaverri, Carlos, 97, 117
Mensajes presidenciales, 92
 Meseta Central, 25
 México, 7, 9-10, 14-16, 21, 34, 74, 89,
 112; Chiapas, 10; ciudad de México,
 9, 10, 11, 15, 16; Cuernavaca, 11;
 Ixtaccihuatl, volcán, 90; Oaxaca, 10;
 Tlatelolco, 10; Valle de México, 90;
 véase también: Nueva España
 1948, 45-48
 "1889", 132, 133
 Molina de Lines, María, 99
 Molina, Iván, 1, 2, 95
Moll Flanders, 123
 Monge Alfaro, Carlos, 117
 Monge, Rodolfo, 33
 Mora Valverde, Manuel, 47, 49
 Morse, Richard, 67
 Muñoz, Mercedes, 45
 Munro, Dana Gardner, 37
 Murphy, Robert F., 6-7, 15
 Myrdal, G., 6

- Neruda, Pablo, 108
 Nervo, Amado, 108, 122
 Nicaragua, 12, 16, 34, 39, 41, 64-68, 72-73, 75, 77, 87, 122; Bluefields, 77; Chinandega, 122; Granada, 95; León, 68; Managua, 8, 13-14, 62-63, 68; PoneLOYa, playa, 68; San Juan del Sur, 68
 Nixon, Richard, 11
 Norteamérica, 21, 82
 "Nuestra Historia", 121
 Nueva España, 71
- Obregón Loría, Rafael, 99, 117
- Pacífico, océano, 34, 57-58
 "Pájaro en vuelo", 138
 Pakkasvirta, Jussi, 94-95
 Palmer, Bryan, 5
 Palmer, Harley, 64
 Palmer, Steven, 1-3, 79-82, 128
 Panamá, 64, 68, 70, 87, 112; ciudad de Panamá, 62; San Blas, 63
 Parker, Charlie, 65
 "Patriótica Costarricense", 107
 Paz, Octavio, 7, 87
 "Perdidos en el espacio", 112
 Pérez, Héctor, 99-100
Perfil, 111
 Perón, J. D., 13
 Perú, 14, 71, 74; Ucayali, río, 14
 Picado Michalski, Teodoro, 48-49
 Pinaud, José María, 132
Political Leaders of Latin America, 12
 Praga, 9
 Primer Congreso Centroamericano de Historia, 94
 Programas de Ajuste Estructural (PAEs), 125, 134
 Puerto Rico, 9
 Puntarenas, 58; Golfito, 69; Manuel Antonio, playa, 14, 58-59; Quepos, 14
- Quijano, Aníbal, 15
- Ramírez, Sergio, 90
 Reagan, Ronald, 32-33, 41, 93
 "reaganomics", 32, 124
Rebeldes primitivos, 116
- Reforma, 104
 Reino Unido, 38
 Renacimiento, 104, 128
Report on the Americas, 73
 República Dominicana, 66
Revista de Historia, 132
 Riding, Alan, 7
 Rivière, 123
 Rodríguez Vega, Eugenio, 75, 117
 Rodríguez Zeledón, José Joaquín, 50
 Román Trigo, Ana Cecilia, 45
 Rosabal, Guillermo, 104
 Rosés Alvarado, Carlos, 94, 104
 Rudé, George, 100-101
 Rulfo, Juan, 117
- Sáenz, Vicente, 129
 Saint-Exupéry, A., 123
 Sala Cuarta, 54
 Salazar Mora, Jorge Mario, 45-46
 Salazar Mora, Orlando, 45-46
 Salgari, Emilio, 106
 San José, 13, 16-17, 40, 44, 57-58, 62-63, 69, 71, 76, 80, 102, 105, 107, 116, 127, 132; San Pedro, 34, 76, 79; Archivo de la Curia Metropolitana, 49; Archivo Nacional, 47, 86, 92, 127; Asamblea Legislativa, 45, 47; Avenida Segunda, 58; Biblioteca Nacional, 47, 49, 50, 79, 86, 92; Chelles, 62; Cine Palace, 14, 18; Museo de Arte Costarricense, 97; Parque Central, 115; Parque Nacional, 77; Paseo Colón, 58; Policía de Salud Pública, 92; Santa Ana, 79; Teatro Nacional, 69
 Sancho Panza, 124
 Sangren, P. Steven, 5
 Schoultz, Lars, 40
 Seligson, M., 33
 Serrat, Joan Manuel, 108
 Sibaja Chacón, Luis Fernando, 99
 7 de noviembre de 1889, 45, 50, 132-133
 Skolinowski, Jerzy, 123
 Smith, Carol, 79
 Social Demócrata, partido, 48
 Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), 108
 Somoza Debayle, Anastasio, 12, 23

- Soto Alfaro, Bernardo, 50, 132
 Spivak, Gayatri, 86
 Stalin, J., 98
 Stone, Samuel, 19
 Stroessner, A., 13
 Suecia, 12, 87, 124
 “Suiza de Centroamérica”, 116, 136
 “Superman”, 112
 Sur América, 10
- Teletica Canal 7, 77
 Tercer Mundo, 7, 34, 58, 65-66, 85-86
 “The Gang That Couldn’t Shoot Straight”, 14
The Great Cat Massacre, 18
The Great Fear in Latin America, 10
 Thompson, E. P., 21, 117, 119
 Ticabús, 62, 68
Time, 65
 Tinoco Granados, Federico, 45, 50-51, 124
 Tío Conejo, 113
 Tiquicia, 34, 40, 124, 132
 Titicaca, lago, 14
 Tjarks, Germán, 99
 Tokio, 9
Tom Jones, 98
 Torres, Raúl, 106
 Torres-Rivas, Edelberto, 16
Transformation of Liberalism, 82
 Trujillo, R. L., 66
 Tuchman, Barbara, 84
 Twain, M., 106
 Tzara, Tristán, 97
- Ulate Blanco, Otilio, 48-49
 Umaña Aguiar, Jeanina, 3
 Unidad Social Cristiana, partido, 101
 Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), 29-30-34, 110; Chernobyl, 29
 Unión Revolucionaria Nacional de Guatemala (URNG), 74
 Universidad de Costa Rica (UCR), 3, 45-46, 53-54, 81, 84, 97-98, 102, 106-107, 109, 121, 130; Centro de Investigaciones Históricas, 45-46, 78, 99, 127; “Colección Historia de Costa Rica”, 46, 121; Edificio de Aulas, 103; Escuela de Historia y Geografía, 97, 99, 101, 103-105; Estudios Generales, 97, 106, 136; Facultad de Bellas Artes, 18; Facultad de Ciencias Sociales, 94, 103-104, 131; “Historia colonial de Costa Rica, 105; “Historia económica y social de Costa Rica”, 105; “Historia moderna”, 104; Maestría en Historia, 53, 55, 94, 99; Sistema de Estudios de Posgrado (SEP), 53, 55; “Teoría y métodos de investigación histórica”, 104; Tercer Congreso Universitario, 103
 Universidad Nacional (UNA), 3, 46; Departamento de Economía, 128; Facultad de Ciencias Sociales, 131
 Uruguay, 39, 124
 Uvieta, 18
- Valenzuela, Arturo, 37, 39
 Valenzuela, J. Samuel, 39
 Valle Central, 84, 126-128
 Vargas Llosa, Mario, 106
 Vargas, Claudio, 45
 Vega Carballo, José Luis, 16
 24 de abril de 1970, 103, 107
 Venezuela, 93
 Verne, Julio, 106, 122
 “Viaje al fondo del mar”, 112
 Vico, 79
 Vietnam, 11-12, 14
 Vilar, Pierre, 100, 101, 117, 120, 124
 Villa Vieja, 132; *véase también*: Heredia
 Villon, F., 124
 Volio, Jorge, 19
 Vonnegut, Kurt, 18-19
Vuelo Nocturno, 123
- Walker, William, 122
 Warman, Arturo, 15
 Weber, Max, 117
 White, Leslie, 5
 Whitman, Walt, 108
 Williams, Raymond, 84
- Yucatán, 10

Impreso en San José, Costa Rica por:



EDITORAMA
EDITORIALES • IMPRIMERÍA

Tel.: (506) 255-0202 • Fax: (506) 222-7878

Los cuatro ensayos que conforman este libro, aparte de su carácter autobiográfico y emotivo, exploran los vínculos entre Costa Rica y los otros países de Centroamérica; discuten los avances y las limitaciones de las Ciencias Sociales en el istmo; evidencian el trasfondo teórico y metodológico de toda construcción de conocimiento; colocan las relaciones Norte-Sur en el terreno en extremo visible de las experiencias vividas; y evalúan las actuales políticas económicas y sus efectos en la dinámica social y en la cultura.

Marc Edelman. Estadounidense. Antropólogo. Profesor Asociado, Ph. D. Program in Anthropology y Hunter College, ambos de la City University of New York (CUNY). Autor de *La lógica del latifundio*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, en prensa.

Fabrice Lehoucq. Estadounidense. Politólogo. Investigador en el Center for the Study of Institutions, Population and Environmental Change (CIPEC), Indiana University, Bloomington. Autor de *Instituciones democráticas y conflictos políticos en Costa Rica*. Heredia, Editorial Universidad Nacional, en prensa.

Steven Palmer. Canadiense. Historiador. Comentarista en la Canadian Broadcasting Corporation. Autor de *The Social Clinic. Moral Policing, Popular Medicine and Heroin Panic in Costa Rica, 1900-1940* (en prensa).

Iván Molina. Costarricense. Historiador. Profesor de la Universidad de Costa Rica. Autor de *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Nacional, 1995.



Editorial Universidad de Costa Rica



Editorial Universidad Nacional